



Orison Swett Marden

Carlos Mejías

LA VIDA OPTIMISTA

OBRA DESTINADA A INFUNDIR EN LA JUVENTUD LA
CONFIANZA EN EL PORVENIR POR MEDIO DEL TRABAJO
Y LA PERSEVERANCIA EN SUS NOBLES ASPIRACIONES.

—
ESCRITA EN INGLÉS

—
POR

ORISON SWETT MARDEN

—
TRADUCIDA DIRECTAMENTE AL ESPAÑOL

—
POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

—
LIBRERÍA PARERA DE ANTONIO ROCH

—
OFICINAS Y TALLERES: ARAGÓN, 118.—BARCELONA
(ESPAÑA)



ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR	II
CAPÍTULO I	
ALIENTO Y ESPERANZA	17
CAPÍTULO II	
RECREOS Y DIVERSIONES	37
CAPÍTULO III	
EL PODER DE LA AMABILIDAD	51
CAPÍTULO IV	
LA VIDA INTERNA Y LA BELLEZA EXTERNA. . .	81
CAPÍTULO V	
EL VALOR DE LA AMISTAD	95
CAPÍTULO VI	
INMORTALIDAD	117
CAPÍTULO VII	
MINUCIAS.	129
CAPÍTULO VIII	
LA ESTRUCTURA DE LA VIDA	141

CAPÍTULO IX

ENERGÍAS MENTALES 167

CAPÍTULO X

EL ARTE DE HABLAR 183

CAPÍTULO XI

EL ARTE DE ESCRIBIR. 195

CAPÍTULO XII

VENCIMIENTO DE LAS DIFICULTADES. 221

CAPÍTULO XIII

LA HONRADEZ EN LOS NEGOCIOS 243

CAPÍTULO XIV

EL TRIUNFO EN LA DERROTA 273

CAPÍTULO XV

CONSERVACIÓN DE LA ENERGÍA 289

CAPÍTULO XVI

EL DOMINIO DE SÍ MISMO 309

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Quienes además de leer, mediten los pasajes de esta nueva obra de Marden que mayormente atraigan su atención, acaso concluyan definiendo en conciencia la vida optimista, o lo que tanto vale, el optimismo de la vida, como una de las diversas condiciones en que se apoya la antiquísima y hoy rejuvenecida teoría de la relatividad, aplicada a la psicología experimental.

Porque si lo que a unos agrada a otros repugna, si éstos celebran lo que aquéllos vituperan sin más fundamento que su particular juicio o prejuicio, y si en nada estamos absolutamente conformes todos los individuos de la desavenida familia humana, sino que cada cual ve las cosas de este mundo teñidas del color de sus iris, no será desatinada la opinión de que el optimismo práctico es más bien subjetivo que objetivo, pues no depende tan directamente de las circunstancias como de la actitud mental en que respecto a ellas nos coloquemos.

La sabiduría antigua, brotada a raudales de las límpidas fuentes de la India en que bebieron los filósofos griegos cuyas doctrinas han revestido con nuevos ropajes las escuelas modernas, distin-

guió hace millares de años entre lo absoluto o inmanifestado, y por lo tanto inasequible al humano conocimiento, y lo relativo o manifestado en el universo que Dios entregó a las disputas de los hombres.

Si referimos a nuestra propia experiencia cuanto expone Marden en los siguientes capítulos, advertirán cuantos sobre lo leído reflexionen, que también nuestra personalidad es relativa, entendiendo por personalidad no sólo nuestro organismo corporal con las facciones y gestos del semblante, el timbre de voz, la expresión fisonómica y demás características que sellan al individuo, distinguiéndolo inconfundiblemente de sus semejantes, sino también las emociones, ideas, anhelos y pensamientos, tan variables como las partículas del cuerpo físico en el transcurso de la vida.

Es evidente que la salud corporal depende del régimen establecido por cada individuo en la alimentación, ejercicio, recreo y descanso; que la fortaleza y vigor de la mente están subordinados al régimen de vida intelectual; y que la rectitud de conducta deriva de la bondad del régimen de vida moral. En estos tres aspectos se echa de ver una relación continuada entre la personalidad y el ambiente en que actúa.

Pero si nos vamos observando en el transcurso de nuestra existencia, fácilmente advertiremos que

en la pubertad desdeñamos lo que nos embelesaba en la niñez; en la juventud nos reímos de las frivolidades que fueron nuestro encanto en la pubertad; en plena hombría deploramos los devaneos de la juventud; y en la vejez nos arrepentimos de los errores cometidos en la virilidad. En cada época de la vida se alteran, mudan y a veces cambian radicalmente nuestros pensamientos, anhelos, deseos, inclinaciones, sentimientos, gustos, ideas y emociones hasta el punto de olvidar con entera indiferencia lo que un tiempo creímos indesligable de nuestra vida.

Sin embargo, entre esta incesante mudanza de las características de la personalidad, subsiste inalterable algo anterior y superior a los deseos, pensamientos y emociones. Es la conciencia del yo soy yo, nuestra individualidad, el verdadero ser de por sí independiente de toda relación y cuyo capital atributo es la voluntad, de que proceden el conocimiento y la actividad.

De aquí la esencialísima eficacia que reconoce Marden y con él todos los psicólogos antiguos y modernos en la voluntad para la formación de un entero y firme carácter con que prevalecer contra las circunstancias adversas, aprovechar las favorables y aun provocarlas si se muestran reacias a nuestros anhelos de éxito feliz, hasta llegar a dominarlas y henchir de optimismo la vida.

Conviene, por otra parte, tener en cuenta que este optimismo ha de ser práctico, sin confundirlo con las morbosas excitaciones de la fantasía y los falaces espejismos de la quimera. Es indispensable que la magnitud del empeño esté en proporción de las fuerzas de que disponemos para realizarlo con seguridad de triunfo, y por lo mismo señala Marden tanto peligro en la timidez como en la temeridad, en la desconfianza como en el engreimiento. Además, tampoco hemos de incurrir en la insensatez de creer que la vida optimista consiste en la eliminación forzosa de los sinsabores, inquietudes, ansiedades y contratiempos inherentes a la condición humana, sino en no rendirnos a su empuje ni capitular vergonzosamente con el infortunio, antes al contrario, poner como la filosofía popular nos enseña a mal tiempo buena cara, recibiendo lo que de pronto diputamos por desdicha, cual una prueba que intensifica la voluntad y con ella todas las facultades de la mente y todas las fuerzas del ánimo cuya magnitud ignorábamos en circunstancias ordinarias.

Ni mucho menos es el optimismo práctico de la vida la indiferencia con disfraz estoico del que toma las cosas según vienen y por las vicisitudes se deja llevar como tronco arrastrado por las aguas. El optimismo requiere previsión, cautela, mirar cien pasos adelante en el camino y almacenar en

las invisibles trojes del mundo interior las energías que como movilizadas reservas sean capaces de afrontar toda siniestra contingencia.

Nadie hay, por afortunado que parezca, sin contrariedades en cuyo vencimiento ejercer su voluntad, ni tampoco hay nadie, por desdichado que se crea, sin la posibilidad de disfrutar de los bienes de naturaleza en que realmente consiste el optimismo de la vida.

El multimillonario con todas sus riquezas no es capaz de intensificar el goce de la vida en medida superior a la receptividad de su cuerpo y de su mente y de su ánimo. Las bellezas de la vida espiritual, el amor, la ternura, la benevolencia, la amistad, el júbilo son propias del corazón y no del bolsillo. El refrigerio del aire, los esplendores de la luz, el calor del sol, la amenidad de los campos, la imperiosa majestad de los mares, la inefable hermosura del estrellado cielo no le dan al opulento ni un ápice más de gozo que al indigente, y aun muchas veces los sentidos del opulento están embotados por exceso de goces y no perciben los encantos que a sus hijos todos muestra recatadamente la madre naturaleza.

No es, por lo tanto, extraño que prosiguiendo Marden la exposición de su tema fundamental de que son variaciones cada una de sus obras, nos ofrezca en ésta otro de sus diversos aspectos y una

diferente modalidad de sus enseñanzas que no son ni pretenden ser una panacea para los males del alma, sino que les basta la más modesta pero positiva eficacia de reconfortativa moral que alentando a los desanimados y sacudiendo de su monotonía a los abúlicos contribuyan a formar una generación dispuesta a enmendar los yerros de las pasadas, aprovecharse de sus aciertos y abrir nuevos caminos de prosperidad, paz, dicha y amor a las generaciones venideras.

Así es que también y acaso con mayor motivo y más fundada esperanza de provecho conviene la lectura de esta obra a los jóvenes de temperamento pesimista. El pesimismo no es ni más ni menos que el optimismo invertido, porque cuando se temen males y la cerrazón cubre los horizontes de la vida obscureciendo el porvenir, cuando la tormenta se desata sobre nuestras cabezas con fulminante estallido de adversidades, entonces nuestro verdadero ser, el Yo superior, que no está fatalmente sujeto a condiciones de relatividad, despliega sus fuerzas y con las armas del conocimiento y la voluntad revierte el pesimismo en optimismo, la derrota en victoria y en éxito el fracaso.

FEDERICO CLIMENT TERRER.

Barcelona, 15 de Diciembre de 1921.

I. ALIENTO Y ESPERANZA.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

I. ALIENTO Y ESPERANZA.

Engaño hay en el corazón de los que piensan males; mas a los que tratan consejos de paz, les sigue la alegría.



HACE treinta siglos que se escribieron estas palabras y todavía son tan verdaderas como cuando el pensamiento que encierran brotó de la mente de su autor. Pero acaso necesiten una explicación que demuestre su perfecta coincidencia con la moderna filosofía optimista.

Los que piensan males son los pesimistas, los que siempre auguran catástrofes, desolaciones, calamidades, y como nunca se quitan las gafas ahumadas, todo lo ven negro y les parece que el mundo está envuelto en perpetuas sombras de dolor y muerte sin esperanza de lograr jamás la dicha. En el corazón de estos que piensan males, o digamos de los pesimistas, hay engaño, es decir, que forzosamente han de estar siempre tan tristes y malhumorados como los pensamientos que alimentan; y no pueden disfrutar de la alegría de la vida, porque su ánimo está abatido por la melancolía.

Por otra parte, a los que tratan consejos de paz, a los que piensan bienes, esto es, a los optimistas, les sigue la alegría, el gozo, el contentamiento y

la interna dicha resultante de la placentera actitud mental en que se colocan aun en medio de las más adversas circunstancias. La filosofía optimista nos da excelentes máximas de moral práctica, acomodadas a todos los estados y condiciones de la vida, pues distingue entre las instrucciones generales a propósito para la generalidad de las gentes y las enseñanzas de orden superior que convienen más particularmente a quienes han transpuesto el ínfimo aspecto de su naturaleza.

La condición esencial de la vida optimista consiste en el estricto cumplimiento de los deberes materiales y morales de nuestro estado y profesión social. Sin este previo cumplimiento de nada servirán los buenos propósitos ni las elevadas aspiraciones y nobles anhelos que se queden en anhelo y aspiración.

Para alcanzar en toda su plenitud la vida optimista es muy torcido procedimiento pretender lograrla de una vez y con sólo el *quiero* fugaz de un momento de entusiasmo cuya vehemencia es incompatible con la perseverancia. Por el contrario, hay que sujetarse para ello a las reglas de la metodología moral, tan rigurosa y necesaria como la científica. Es una gimnasia psíquica con emociones por movimientos y modalidades mentales por actitudes, que como la gimnasia corporal requiere la prioridad de unos ejercicios respecto de otros con

sujeción al carácter de cada individuo, porque no a todos puede convenir igualmente un mismo método de perfeccionamiento.

Sin embargo, hay principios comunes a todo ser humano, entre los cuales sobresale en primer término el ya citado del cumplimiento del deber y de las obligaciones voluntariamente contraídas. En segundo lugar, también es requisito indispensable para alcanzar la vida optimista, no desalentarnos por ninguna contrariedad, sino reflexionar sobre lo sucedido para enmendar nuestra conducta si anduvimos equivocados y no reincidir en el error, porque en la vida optimista las adversidades sirven de estímulo para movernos a reflexionar sobre sus causas y hacer examen de conciencia cuyo resultado sea la enmienda de nuestra conducta de modo que no se reproduzca por nuestra culpa la adversidad.

Quien ama la corrección ama la ciencia, pero necio es quien aborrece las reprensiones. Los infortunios, desgracias, quebrantos y contratiempos son lecciones que nos da la experiencia, tan docta maestra de la vida individual como la Historia lo es de la vida colectiva. Si tenemos suficiente discernimiento para estudiar y aprender la lección recibida adquiriremos sabiduría experimental, conoceremos las cosas no por lo que otros digan o enseñen, sino por lo que individualmente hayamos

experimentado nosotros mismos, formando de esta suerte un íntimo convencimiento que ningún sofisma logrará quebrantar.

En cambio, si al sobrevenir la adversidad nos debatimos desesperadamente contra ella dando coques contra el aguijón, sin detenernos a reflexionar sobre sus causas, no podremos aprovecharnos de la lección que encierra y persistiendo en la viciosa conducta de que dimanó el mal suceso, mantendremos latentes sus causas, que se pondrán nuevamente en actividad en cuanto hallen favorable ocasión para ello.

El cumplimiento del deber mantendrá constantemente nuestro ánimo bañado en un ambiente de aliento y esperanza cuyo fruto sea la optimista alegría de la vida.

Pero conviene ir con mucho cuidado en no tergiversar los conceptos, pues como todas las emociones, la alegría tiene su anverso y su reverso. La alegría en su luminoso aspecto es el gozo y en su tenebroso aspecto es el goce. Hay alegrías pasionales y pasajeras que como llama de virutas sólo duran mientras se va consumiendo el objeto que los sentidos alegra. Pero la alegría de la vida es la satisfacción interior, el contento dimanante de la tranquilidad de conciencia, del absoluto convencimiento de que contribuimos en la medida de nuestras fuerzas a la paz y no a la discordia del mundo.

Cuando Edith Wyatt estaba en el colegio de Bryn Macor, todas sus compañeras la llamaban el ángel auxiliador. Si una colegiala externa caía enferma, no dejaba Edith de ir a visitarla ni un solo día y gustosa se quedaba en vela por las noches junto a su cabecera. Si alguna tropezaba con dificultades para comprender las lecciones, allí acudía Edith a su lado para esclarecer el punto dudoso. Todas las colegialas solicitaban de ella una palabra de aliento, una voz de estímulo y siempre estaba dispuesta a acceder a la solicitud, porque despedía júbilo por todos sus poros. No tenía enemigas ni la envidia pudo jamás clavar sus brutales dentelladas en el alma siempre riente y amorosa de la joven, abroquelada por la tierna y delicada simpatía hacia cuantos con ella se relacionaban.

En este humanitario oficio de prestar aliento y esperanza a los desanimados y abatidos hay dilatado campo de acción para quienes conscientes de la verdadera finalidad de la vida se han sobrepuesto a los espantajos del temor y el pesimismo. Mayor utilidad prestarán con ello al mundo que en el estricto ejercicio de su ordinaria profesión.

Sin embargo, mucha es la diferencia entre los caracteres jubilosos y los chocarreros. Conviene no confundir la frivolidad con el buen ánimo ni el atolondramiento con la alegría. Hemos de colo-

carnos en el punto equidistante de los extremos viciosos sin tomar la vida a broma ni tampoco caer en la hipocondría.

El júbilo es un don peculiar de las almas delicadas, pero que todos podemos cultivar, como cualquiera otra cualidad del carácter, y es deber nuestro cultivarlo, porque sirve de eficacísima medicina mental y de poderoso lubricante de la voluntad.

Con moderación, prudencia y templanza se pueden disfrutar todos los placeres lícitos que dulcifican la vida humana. No es el júbilo la indiferencia del que toma las cosas según vienen, sino la armónica disposición de ánimo del que se prepara a recibirlas de modo que le benefician en vez de perjudicarle.

Crimen de lesa humanidad sería sofocar la natural inclinación de la infancia a la inocente y bulliciosa alegría, porque siempre que se intenta sofocarla se invierte en siniestra turbulencia. Un niño serio, grave, en cuyos labios jamás apareciese una sonrisa, denotaría que hay en él alguna deficiencia muy honda o acaso una morbosa anormalidad. Como niños jubilosos y alegres deberíamos ser también los hombres, si comprendiéramos el verdadero significado de aquellas palabras del divino Maestro: "En verdad os digo que si no os volviéreis como niños no entraréis en el reino de los cielos." No hemos de volvernos niños en la

edad, sino en el júbilo que inunda el ánimo del niño, cuya absoluta confianza en su padre le libra de todo temor y preocupación respecto del porvenir. De la propia suerte, si cumplimos con los deberes de nuestro estado y profesión, nunca nos faltarán alientos y esperanzas para disfrutar las posibles dichas de la vida.

Hay quienes mientras les van bien los negocios y todo les sale a pedir de boca, se muestran campechanos y decidores, como si estuvieran encantados de la vida y en el mejor de los mundos posibles; pero a la menor contrariedad se les convierte la carcajada en lamento, el chiste en maldición y la estrepitosa alegría en honda tristeza. No son ecuanímes. No tienen elasticidad de ánimo y así no rebotan contra el choque del infortunio. Para ellos el buen humor es cosa de gente baja e informal, una frivolidad sin consistencia e incompatible con la decente conducta. Dicen que la vida se ha de tomar en serio y que bastantes males afligen al mundo para pensar en majaderías. No comprenden que haya nadie capaz de tener un tan ligero y casquivano concepto de la vida que malgaste el tiempo en diversiones. Se figuran que si no fuese por ellos cesaría de funcionar la máquina del universo. Van por doquiera con aire taciturno y huraño, como si el mundo descansara sobre sus hombros.

Lo más contrario a la vida optimista es el temor, hijo natural del egoísmo y de la desconfianza. Si la ociosidad es madre de todos los vicios, el temor es padre de todos los males, porque a todos los atrae con el solo pensamiento de temerlos.

Cuando se nos exhorta a no acongojarnos por la satisfacción de las necesidades materiales, parece como si la exhortación contradijera las reglas de la economía política y doméstica, porque tomada al pie de la letra excita la pasividad y la indiferencia, se opone a la previsión y el ahorro, aparta el pensamiento del día de mañana y da la razón a los holgazanes y viciosos para quienes todo trabajo es forzado, sin tener en cuenta que la exhortación se contrae a no *acongojarnos*, es decir, a no ser pesimistas, pero con el deber de emplear provechosamente nuestra actividad en el trabajo honrado.

Verdad es que las aves no siembran ni siegan ni allegan en alfolíes, pero nadie les pone el alimento en el pico, sino que se han de tomar ellas el trabajo de irlo a buscar cotidianamente, y aun la naturaleza las dotó de buche para almacenar en él parte del alimento en *previsión* de si no les fuera posible encontrarlo al día siguiente.

En el consejo que se nos da de no acongojarnos por el día de mañana, se encierra todo el secreto de la vida optimista, porque no hay mayor placer que emplear útilmente nuestras facultades y man-

tenernos con el fruto de nuestro trabajo, reservando en el buche del ahorro la porción sobrante después de satisfechas las necesidades propias y contribuido a la satisfacción de las de los menesterosos. Pero no hemos de acongojarnos por el temor de que algún día nos veamos en penuria, mientras no malgastemos ni un ápice de nuestros materiales recursos ni una dina de nuestras individuales energías. Esta es condición indispensable, porque quien malgasta, dilapida y derrocha no busca sino que menosprecio y se aparta de la justicia.

Tampoco hemos de confiar demasiado en los recursos acumulados por el ahorro ni en los capitales depositados en los Bancos o invertidos en valores bursátiles, porque cabe la contingencia de que un transtorno social, una conmoción política, una vicisitud económica provoquen una de esas catástrofes que quiebran en añicos los más recios Bancos, y convierten en papel de estraza los más acreditados valores.

La tónica de la vida optimista consiste en trabajar de firme, pero sin fatiga; en distribuir acertadamente el fruto del trabajo contando los céntimos como si fueran granos de oro y los minutos como si puntas de diamantes, pero sin sombra de avaricia; en conservar las energías físicas y mentales para darles provechoso empleo cuando la oca-

sión lo demande; en prevenir, pero no anticipar el día de mañana; en una palabra, en mantener el ánimo jubiloso por medio del cumplimiento de todos nuestros deberes y del ejercicio de la hermosa virtud de la templanza que, como dijo Franklin, pone combustible en el hogar, harina en la artesa, dinero en el bolsillo, crédito en las gentes, contento en el ánimo, paz en la casa, abrigo en las espaldas y vigor en el cuerpo.

No puede tener el ánimo tranquilo y mostrarse siempre alegre y optimista quien en un punto u otro quebranta las leyes de la vida, que es lo mismo que si las quebrantara en todos. El júbilo es el efecto. La obediencia a la ley es la causa.

Si comparamos el cuerpo humano con una máquina, bien podremos equiparar el júbilo al lubricante, sin el cual no podría funcionar regularmente la mejor ajustada máquina. El lubricante no sólo da buena marcha aminorando los rozamientos, sino que evita las composturas del cuerpo al evitar las enfermedades y disminuir los rozamientos del ánimo, o sean los disgustos, ansiedades, temores, celos y sinsabores que más todavía que los achaques acortan la vida.

Aunque muchas veces lo han repetido los filósofos y pensadores de toda época, la mayoría de las gentes no se dan cuenta de que la conducta individual no es ni más ni menos que la manifestación

pública de la vida interna. "La boca del justo producirá sabiduría; pero la boca del malvado tornará la ciudad, porque aguas profundas son las palabras de la boca del hombre." ¿Qué significan las aguas profundas? La palabra expresa el pensamiento que a su vez resulta de los sentimientos y emociones que permanecerían ocultos en las profundidades de la conciencia si no los revelase la palabra o no los diese a entender el gesto y la expresión del semblante que para el caso pueden considerarse como mímico lenguaje.

Sin embargo, nada permanece oculto durante mucho tiempo. Lo interior ha de salir forzosamente al exterior. Tardará más o menos según la magnitud e intensidad de su energía, pero al fin brotará tan irremediabilmente como germina la semilla. La conducta del hombre es forzosa consecuencia de los sucesivos estados de su ánimo, de modo que todo pensamiento vigorosamente sostenido acaba por concretarse en acto en cuanto se le depara oportunidad, y la reiteración de los actos constituyen hábitos o costumbres que determinan la índole del carácter y por lo tanto la condición de la vida.

Todavía desconocen la generalidad de las gentes la importancia que en las acciones tiene el pensamiento. Cuando vemos un árbol cargado de fruto, no nos acordamos de la semilla o el vástago que lo engendró, ni en presencia de una obra buena o

mala advertimos que tuvo por semilla un pensamiento. Pero los pensamientos son vibraciones de la mente provocadas por los objetos de sensación, y el alma puede variar la intensidad y amplitud de esas vibraciones y aun anularlas si la deprimen o acrecentarlas si la enaltecen. Por lo tanto, la voluntad, cuando debidamente educada, es capaz de dominar los pensamientos y orientarlos en la dirección y sentido del optimismo, del júbilo, de la esperanza y del aliento. Porque la tristeza y la alegría, el gozo y la pena, el temor y la esperanza, el amor y el odio, el optimismo y el pesimismo no proceden del exterior, sino que dimanen de la actitud mental en que nos colocamos respecto de cuanto nos rodea. Si nuestros pensamientos son placenteros, forzosamente habrán de ser de la misma índole las palabras y las acciones. Mas para que nuestros pensamientos sean placenteros es indispensable que acertemos a ver el alma de las cosas y mirarlas por su aspecto luminoso, por el anverso y nunca por el reverso. Hemos de colgar de las ventanas de nuestra vida diáfanos prismas de cristal para que al quebrarse en ellos la luz irise nuestro ánimo con los colores de las siete virtudes capitales. Vale más la sana alegría en la honrada pobreza que todos los tesoros de un tedioso y aburrido multimillonario hastiado de placeres.

Algunos dirán: ¿Cómo es posible estar alegre y

mantenerse ecuaníme en los quebrantos de fortuna, en la pérdida de los seres amados, en la traición de los amigos, en las contrariedades amorosas, en los dolores de la enfermedad, en los incesantes tormentos de una dolencia crónica, en el repentino desvanecimiento de las mejor fundadas esperanzas? ¿No hay motivo para hundirse en el pesimismo al ver que muchas veces el vicio y la maldad prosperan y la virtud y la bondad fracasan?

Sin embargo, conviene recordar que hasta el fin nadie es dichoso, y no suele ser duradera la prosperidad de quienes por reprobados medios amontonan riquezas. El júbilo, el contento del ánimo es una cualidad tan susceptible de educación cual las demás del carácter, y en la vida práctica más útil que la cultura estrictamente intelectual sin ella. Es una riqueza que todos podemos acumular. Por dura que sea vuestra suerte y por sombrío que os parezca el día, si con buen humor tomáis las cosas, no resultará monótona la vida. La actitud triste, huraña y tediosa no sólo os hará antipáticos a los demás, sino que apesadumbrará vuestra carga.

Aun inconscientemente, propenden la mayoría de las gentes a neutralizar con el júbilo las penalidades de la vida. Vemos a los soldados en campaña entonar alegres las canciones del terruño como si de un momento a otro no tuvieran que dar en rostro a la muerte. Las músicas, tambores y

cornetas militares levantan con sus alentadoras vibraciones el ánimo de las tropas, desvanecen el temor del pusilánime y acrecientan los bríos del valiente.

En uno de los regimientos que pelearon en la última guerra, se distinguió por su carácter alegre, animoso, aun frente a los mayores peligros, un joven oficial, de infantil ingenuidad, que en las horas libres de servicio amenizaba la vida de campamento tocando el acordeón con tanta tranquilidad como si no estuviera de continuo a dos pasos de la muerte. Cayó el oficial gravemente herido en un combate y durante su convalecencia en el hospital, en vez de lamentarse de su suerte, alentaba con palabras de consuelo y graciosos donaires a sus compañeros, sin dejar de tañer el acordeón que parecía formar parte indisoluble de su persona. Todos le conocían por el apodo de "el oficial del acordeón", y a tanto llegó su placentera conformidad con la suerte, que las enfermeras, admiradas de su candoroso carácter, le regalaron un precioso sonajero como símbolo de la jubilosa infatigabilidad de su alma. Sin embargo, aquel oficial no conocía el miedo ante el enemigo, y en cuanto el coronel de su regimiento daba la señal de ataque, el niño se convertía en héroe, asombrando a todos por sus denodados bríos despreciadores de la muerte.

La costurera en el obrador, el minero en el pozo, la modista en el taller, el labriego en el campo, el operario en la fábrica, hasta la humilde sirvienta en la cocina, amenizan con sus cantos las tareas de su oficio que así les resultan mucho más llevaderas, aunque ignoren las causas de este fenómeno psicológico. Por el contrario, los que se entristecen al pensar en la posibilidad de que les sobrevenga una desgracia, agravan la pena de daño con la de sentido, pues la mohina disposición de ánimo en que se colocan debilita sus fuerzas y acaba por sumirlos en la desesperación.

El mundo exterior es como un espejo del alma. Si sonreímos nos sonríe. Si fruncimos el ceño se enoja.

Los dependientes de una tienda, en hora de poco trabajo, se entretenían en preguntarse unos a otros cómo preferirían morir. Uno dijo que de repente, otro que en el campo de batalla, otro que rodeado de su familia y otro dijo que quisiera morir riendo porque no hay mayor prueba de tranquilidad de conciencia cuando la risa es placentera.

Cuentan los historiadores que entre los antiguos teutones había una ley contra el buen humor, porque en opinión del monarca que la promulgó, desviaba de la guerra a los soldados. Así también parece que hoy día las ordenanzas municipales de las ciudades populosas prohíben la risa con tanto

rigor literal como prohíben la blasfemia, porque al pasar por las calles apenas se ve un rostro radiante de júbilo, un semblante en el que se refleje la alegría de la vida, la interior satisfacción del conformado con su suerte sin acongojarse por el día de mañana, aunque previendo en cuanto cabe las contingencias del porvenir.

En el mundo de los negocios también abundan los semblantes sombríos. Quienes sólo se preocupan del lucro material sin reparar en los medios, no saben reír de buena gana. Les parece indecorosa destemplanza y todo lo más se aventuran a poner un poquitín más cerca de las orejas las comisuras de los labios.

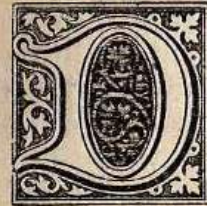
Sin embargo, el pesimista suele desaprovechar por temor o recelo toda ocasión de iniciarse en los negocios o de emprender otros nuevos, al paso que el animoso, el esperanzado y alegre, con la sana alegría de un corazón limpio de codicia, ve el éxito donde otros el fracaso y la luz donde otros tempestad y tinieblas.

Si bien es verdad que a veces es mejor el enojo que la risa, porque con la tristeza del rostro se enmienda el corazón, valga advertir que no se alude con ello a la risa jubilosa ni a la alegría de la conciencia tranquila, sino a la risa del necio chocarrero que suena como estrépito de cencerada, porque no hay calamidad mayor que la del

necio presumido de gracioso, cargado de chistes indecorosos u ofensivos y de pullas semejantes a saetas disparadas contra el prójimo. Ni por asomo tratamos de encomiar esa risa mefistofélica, esa siniestra alegría, semejante a lívida llama de alcohol, que al menor contratiempo se trueca en quejido. Por el contrario, es la risa apacible y gozosa del mártir en el potro, del héroe ante el peligro, del investigador ante el enigma, del santo en la adversidad.

Lo necesario es no transponer los límites del gozo moral que está en contigüidad del goce material y a veces se entrefunde con los placeres lícitos y las diversiones honestas como se entrefunde el alma con el cuerpo.

II. RECREOS Y DIVERSIONES.



De modo que para ti la vida optimista es una continua carcajada?

—No digo tanto, aunque prefiero las risas a las lágrimas de los que lloran de rabia.

—Pues yo me figuraba que tus máximas sobre la vida optimista tenían por fundamento aquella tan jacarandosa que parece nuevecita a pesar de sus veinticinco siglos de fecha, y dice así letra más o menos: “Anda, y come tu pan con gozo y bebe tu vino con alegre corazón. Goza de la vida de tu vanidad, porque esta es tu parte en la vida y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol.”

—Todo eso estaría muy bien dicho si no te hubieses olvidado de un parrafito que dice: “porque tus obras son justas”. Si no mandas lo contrario, esto significa que si cumplimos con nuestro deber no tendremos motivo de estar tristes y nuestra favorita diversión, nuestro preferido solaz será la contemplación de la naturaleza.

—Bien se conoce que naciste y te criaste en la ciudad, cuándo tanto encomias la vida del campo.

—No confundas los términos ni la vida del campo con la vida en el campo.

—Para el caso es lo mismo. A ti te encanta la

naturaleza porque sólo la visitas de cuando en cuando, y te sucede lo que suele suceder en las visitas de cumplido.

—No sé qué tenga que ver una cosa con otra.

—Sí, hombre, sí. Considera que cuando vamos a una visita de cumplido nos presentamos en actitud correctísima, como si fuésemos superhombres incapaces de dar un mal paso. Pero en la intimidad ¡que si quieres! No hay más que escuchar las sabrosas revelaciones de los ayudados de cámara.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Pues que también la naturaleza, cuando la visitamos por cumplido, hartos del pestilente resuello de las ciudades, nos ofrece el siempre nuevo espectáculo de sus mares rumorosos, de sus melódicas florestas, de sus misteriosas soledades. Pero estate un año de visita y verás como también tiene sus arrechuchos mi señora naturaleza. Heladas, tempestades, inundaciones, granizo, plagas que a veces remedan a las de Egipto, y por añadidura el sol que abrasa en verano y no calienta en invierno.

—Contra todas esas inconveniencias va defendiéndose valerosamente el ingenio humano, y cada triunfo que alcanza sobre los elementos acrecienta sus posibilidades de disfrutar gozosamente de la vida.

—Veo que eres un enamorado de la naturaleza; pero ¿por qué hemos de menospreciar el arte?

—¡El buen sentido me libre de semejante despropósito! Precisamente el arte es la perfección de la naturaleza por obra del pensamiento del hombre.

—Pues entonces ¿cómo abominas del teatro, del cine, de los deportes y de cuantos espectáculos brinda el arte para solaz del fatigado ánimo? ¿No son acaso diversiones honestas? ¿O es que pretendes convertir el mundo en un cenobio?

—No me atribuyas malas intenciones. Me contento con no llamar arte a la chapucería ni artistas a los chapuceros. Nunca reconoció el arte por suyos esos espectáculos que por ojos y oídos ponen incentivos al deseo, ni pueden servir de solaz más que a las gentes de temperamento pasional cuya falta de educación o de experiencia no les consiente sacar el alma del cuerpo y apetecen transitorios goces en el deleite de los sentidos.

—Ya tenemos en campaña al moralista, en porfía con el diablo predicador.

—Descuida que no tengo vocación de misionero ni tampoco intento convertir a nadie. Sé que los gustos y aficiones delatan el carácter del individuo, y cada quién come, viste y se divierte como quien es. Medita un poco sobre el particular y descubrirás ciertas analogías entre el alimento corporal y el pasto de la mente, pues así como el cuerpo es débil o fuerte, sano o enfermizo según el régimen de

alimentación, así el ánimo se inclina al bien o al mal, a la armonía o a la discordia según el alimento de que se nutre. Como el suelo, la planta; como el manjar, el cuerpo; como el pensamiento, la acción.

—Ya te entiendo; y si no lo tomas a mal, completaré el simil.

—Veamos.

—Tu tema es que si para excitar el apetito se inventaron las salsas y aderezos cuyos ingredientes son recreo del paladar y tormento del estómago, también para mover los apetitos y llenar de algún modo la oquedad de ciertos engendros teatrales, se inventaron las aparatosidades escenográficas y los excesos de dicción que halagando vista y oído pervierten gusto y ánimo.

—Celebro que me hayas entendido. Así es como dices. Unas mismas leyes dinámicas rigen el mundo físico y el psíquico. Como se mueven los átomos se mueven los soles y como los soles las almas. Todo en el universo gravita en torno de su centro de atracción. El hombre se recrea según sus inclinaciones, y por ello cada género de espectáculos tiene su público especial, sus aficionados y devotos.

—Claro está. Así hay quienes se desviven por los conciertos; otros por la ópera con mucho gorgorito de tiples y calderones de tenor; cuáles prefieren la zarzuela de género grande; tales las ame-

nas frivolidades del género chico, y algunos las insulseces del ínfimo; quiénes gustan del truculento melodrama y la mayoría son partidarios de la novísima astracanada. Ha de haber para todas las aficiones.

—No estoy conforme. Debieran contrariarse las aficiones morbosas.

—¿Y cuáles son? Lo que a ti te parezca lascivo, otros lo diputarán por inocente. Todo es cuestión de temperamento. Cuanto más falto esté de educación moral, aunque sea un dechado de urbanidad, tanto más propenderá el hombre a los espectáculos de licenciosa acción que encienden la sangre, en los que cada frase es una provocación y cada gesto un incentivo.

—¿Y qué remedio? ¿Vas a resucitar la censura?

—Si se ejerciera con buen criterio, ¿por qué no? Ya sé que pondrían el grito en las nubes quienes en nombre de la libertad no reparan en consentir todo linaje de excesos; pero con censura nació, creció y tuvo esplendorosa vida el más copioso teatro de Europa y con censura pudieron salir decorosamente a escena cuantos tipos encarnan la infinita variedad de sentimientos, pasiones y acciones humanas, como espejo y no como corrupción de costumbres.

—Permíteme un reparo. Si la censura no se ejerce con ese buen criterio que dices, da entrada

libre a la arbitrariedad y deja al particular juicio de un solo hombre la definición de lo lícito e ilícito, de lo obsceno y de lo honesto. Así me parece bien que tan importantísimo aspecto de la vida social como son las diversiones públicas esté regulado por la ley, en espera de que automáticamente lo regule la mejora de las costumbres, determinando el radio de acción de las autoridades gubernativas para evitar que de las exageraciones libertinas caigamos en mogigatas restricciones.

—Pero ahora me toca preguntarte que quién es capaz de fijar la línea, escurridiza como anguila, que separa la decencia de la obscenidad.

—Desde luego que entre la luz y la sombra está la penumbra. Por lo tanto, dejemos en la penumbra los espectáculos picarescos en que la frase ingeniosa y el retruécano feliz sirven de hoja de parra a la intención, y no toleremos, siquiera por decoro de la especie humana, las descocadas obscenidades que saltan brutalmente de la palabra a la acción. Ya que no es posible evitar lo picaresco, como no les fué posible evitarlo a los censores inquisitoriales, según demuestran las novelas españolas del siglo de oro, a lo menos evitemos lo notoriamente pornográfico.

—Sin embargo, la eficacia de la ley en este punto es muy débil, y la intervención de la autoridad sólo consigue aliviar el mal que recrudece en cuanto se

descuida el tratamiento o por repetido uso pierde la medicina sus propiedades terapéuticas, porque estos sarpullidos herpéticos, esta lepra moral, provienen de vicio de la sangre, de enfermedad de la célula que en el organismo social es la familia. En la reconstitución de la familia está la base de la regeneración de la sociedad. A células enfermizas, organismos anémicos; a familias relajadas, sociedades disolutas.

—¿Y qué hacer con la libertad? ¿La derrocaremos del pedestal a donde la encaramaron los puritanos para iluminar al mundo con la linterna de Diógenes?

—La libertad es la doble máscara de la tiranía y de la licencia cuando no tiene por gemela a la justicia. La libertad escénica, como todas cuantas afianzan la manifestación del pensamiento, ha de tener por límite la dignidad de ese mismo pensamiento, para que no lo degraden las brutales pasiones, porque sólo es libre el pensamiento cuando en alas de la ciencia y del arte se remonta en busca de verdad, bondad y belleza.

—Y ¿quién te parece que tiene la culpa de todo eso? ¿Las autoridades? ¿los empresarios? ¿el público? ¿los autores? ¿los actores?

—Todos son eslabones de la misma cadena, pero unos de mayor calibre que otros.

—A mí me parece que si el público se retrajera

de los espectáculos obscenos no habría empresario tan necio que los escenografiara por el capricho de perder dinero.

—Y si no hubiese empresarios tan inescrupulosos que sin empacho excitan las pasiones, no sería el público quien se amotinase en petición de semejantes espectáculos.

—Nos hemos metido en un círculo vicioso.

—Ya saldremos de él aunque sea escapándonos por la tangente. El teatro es sin duda alguna un deleitoso recreo cuando se mantiene en la esfera del arte; pero no le toca al público mantenerlo, sino a quienes lo toman por negocio.

—A mi pregunta vuelves. Porque si el teatro es un negocio y el empresario un negociante, en su interés estará valerse de todos los recursos que encuentre a mano para lucrar en el negocio.

—Tienes razón, sin otro reparo que casi siempre echan mano los empresarios de malas artes para lucrar en el negocio con menosprecio del verdadero arte. Créeme. Del largo reinado de la grosería vodevilesca no tiene el público más culpa que el tanto que caberle pueda en las modas de trajes y sombreros, que sin saber quién las inventa cunden como epidemia contra los fueros del sentido común. Dijo hace siglos el eximio dramaturgo español Lope de Vega que el vulgo es necio y pues que paga es justo hablarle en necio para darle

gusto; pero con todo el respeto que merece la gloriosa memoria del Fenix de los ingenios españoles, valga oponer a su opinión la moraleja con que un insigne fabulista quiso dar a entender la ductilidad del público al decir que si le dan paja come paja y si le dan grano come grano.

—También creo yo lo mismo, y no sin fundamento, porque muy sólido me lo da la observación de la psicología del público, que a pesar de todo prefiere las manifestaciones genuinas del arte escénico a las mamarrachadas cuyo único aliciente es la incitante exhibición de carnes femeninas. Y si no, ahí van dos ejemplos. Actuaba en una ciudad de la costa mediterránea una compañía de ópera veraniega cuyo repertorio no iba más allá del acostumbrado. Era el teatro muy espacioso, pero sólo se llenaban cada noche las seis o siete primeras filas de butacas y las delanteras del piso alto, cuando al empresario se le ocurrió poner en escena el *Don Juan* de Mozart, y ¡oh! maravilla, aquella noche estuvo el teatro de bote en bote sin que quedara por despachar ni la más arrinconada localidad. El público acudió ansioso del excelente grano musical que en la incomparable partitura del sublime maestro se le daba.

Más recientemente, otro empresario que por lo visto está versado en la psicología de las multitudes, formó una compañía de zarzuela con las me-

jores voces que iban desperdigadas por los escenarios, presentando un conjunto de veras artístico que atrajo cada noche rebosantes llenos. El público aplaudió sin refuerzo de alabarderos las hermosas obras de Bretón, Chapí, Caballero, Barbieri, Arrieta, Gaztambide, Oudrid y otros maestros de la música española que por torpeza de los empresarios parecían sepultados en eterno olvido.

—Eso te demostrará que no está la culpa en el educando, sino en el educador, y de aquí mi tema, que acaso parezca de loco, sobre la importancia de la educación para el mejoramiento de las costumbres y la depuración del gusto.

—No te quejes, que si ahora se queda alguien analfabeto es porque quiere.

—Pero con tanta escuela y tantos instrumentos de cultura, todavía no sabemos enseñar al niño a divertirse. En cuanto se muestra alegre, risueño y bullicioso le metemos la risa en el cuerpo, forzándole a estar en los bancos como si fueran académicos en noche de recepción. La disciplina escolar al uso sofoca la espontaneidad del júbilo, y así no es extraño que al verse libres de su férula se desborde su naturaleza pasional durante tanto tiempo comprimida por el régimen de la severidad que no supo ni pudo convertirla cual debiera en naturaleza armónica.

—Verdaderamente es un dolor lo que estamos

haciendo con la infancia. La mayor parte de sus virtudes quedan latentes por falta de una mano hábil que las eduzca del fondo de su ser. En cambio, la mayor parte de los vicios o las deficiencias de carácter que más tarde se petrifican en el adulto suelen ser la estampa de los vicios y deficiencias del educador.

—Les enseñamos a leer, escribir, contar, muchas lecciones de memoria de las asignaturas del programa. Les enseñamos a comer, andar, vestirse y desnudarse; pero no les enseñamos a divertirse y solazarse.

III. EL PODER DE LA AMABILIDAD.



L silente rayo de sol, la callada gota de rocío, el inaudible proceso químico de la naturaleza que desenvuelve los gérmenes de magnas posibilidades futuras son infinitamente más eficaces y beneficiosos en sus últimos resultados que el ciclón y el rayo.

Así la más poderosa fuerza del mundo es la silente virtud del amor. La mujer regañosa que siempre está señalando con el dedo las faltas ajenas, no tiene en el hogar ni sobre su marido la décima parte de la prestigiosa influencia que aquella otra cuyo apacible temperamento, dilatada paciencia y profundo amor transmutan en virtudes los vicios de una familia.

La mujer alborotadora, amiga de rencillas y de ánimo rencoroso no sólo es capaz de transtornar su casa, sino toda una vecindad. A su lado es muy difícil sentir el optimismo de la vida.

Si alguien hay en el mundo digno de lástima es un carácter impulsivo, arrebatado y violento; pero cuando estas siniestras circunstancias concurren en una mujer, más digno de lástima es el hombre que con ella se case, como el mismo sentimiento merece la mujer que caiga en manos de un marido irasci-

ble. En la violencia de carácter está la causa de todos sin dejar uno de los dramas conyugales que con deplorable frecuencia nutren la crónica tenebrosa de los periódicos.

Mil veces preferible es para esposa la joven de carácter dulce, sin caer en la sosería ni menos en la abulia, hábil en toda clase de menesteres domésticos, aunque carezca de prendas externas, que la hermosa de rostro, de apostura gallarda, con muchos primores y monerías de trato social, pero con un genio de doscientos mil demonios.

La amabilidad equivale a armonía en el hogar, en sociedad, en todas partes; y armonía es salud, dicha y larga vida. Saben los médicos que la irascibilidad de los temperamentos tumultuosos no sólo cercena muchos años de vida, sino que no tarda en estigmatizar el rostro, surcándolo de arrugas denotadoras, para quien acierta a descifrarlas, de la incesante irritación del ánimo.

No en balde dijeron los antiguos y confirma a cada punto la experiencia que el rostro es el espejo del alma y no sólo está la edad en la cara, sino también las huellas del ánimo. Sobre todo las mujeres han de ir con mucho cuidado en ceder a la cólera, porque los arrebatos de esta pasión les transmutan siniestramente el semblante y, si a menudo se repiten, acaban por afeor la más espléndida hermosura. Es muy posible que a consecuencia de un

solo acceso de ira envejezca una mujer en pocos días más rápidamente que en todo un año.

Por supuesto que las mismas razones son aplicables a los hombres, aunque el estrago se advierte mayormente en la mujer, porque parecen en ella mucho más naturales la belleza y la amabilidad. La mujer antepone a toda otra cosa su juventud y su hermosura, pero no siempre echa de ver que cada vez que cede a la ira, al rencor, la venganza, la murmuración o el cáustico sarcasmo, ahonda las arrugas que publicarán mientras viva la causa de haberse marchitado la lozanía de su rostro.

Médicos y fisiólogos coinciden en afirmar que en el semblante se reflejan con preferencia las perturbaciones y crispaduras del sistema nervioso; y que se malgasta gran cantidad de energía nerviosa en los arrechuchos de ira. Así lo demuestra el relampagueo de los ojos, el temblor de los labios y la distensión de los músculos mientras dura el acceso, y la opacidad de la mirada y flacidez del cuerpo todo al sobrevenir el aplanamiento.

El mayor bien moral es la tranquilidad de conciencia, la armonía de cuerpo y mente, la paz del hogar, y un temperamento iracundo que estalle a la menor excitación es más peligroso para la familia que la contigüidad de un depósito de explosivos.

Pero la psicología humana tiene también sus misterios que en vano intentan escrutar los inves-

tigadores por los métodos tradicionales de la metafísica especulación. Es necesario para llegar a penetrarlos, convertir la psicología en una ciencia tan experimental y de observación como la misma fisiología y disecar el alma con el escalpelo de la meditación perseverantemente sostenida sobre los fenómenos observados.

Así sucede que, si bien miramos, hay dos modalidades de irascibilidad, una inofensiva y otra peligrosa. La primera es propia de aquellos temperamentos que a quienes no están con ellos familiarizados les parecen tremebundos, porque por cualquier contrariedad se ponen hechos una furia y vociferan como energúmenos, pero que son incapaces de pasar de la palabra al hecho y en cuanto se apaciguan quedan más suaves que un guante, cediendo abúlicamente a lo mismo contra lo cual poco antes se encolerizaban. Estos caracteres suelen replicar con altanería y muchos manotazos cuando les contradicen. Quien no los conoce los califica de orgullosos, y como, aunque momentáneamente, están dominados por el orgullo y la ira, que se manifiestan en sus actitudes, levantan en el ánimo del contendiente las mismas vibraciones a cuyo choque con las del otro estalla la reyerta salpicada de injurias, sarcasmos, réplicas, burlas y golpes.

Sin embargo, los que ya le conocen el genio al

que lo tiene como la pólvora inflamada en el aire, lejos de colocarse en el mismo diapasón de ánimo, permanecen tranquilos en espera de que les pase el arrechucho, evitando con esta actitud conflictos personales que conturban por muchos días la paz del hogar si surgen entre individuos de una misma familia, o quebrantan la armonía entre los vecinos o los compañeros de profesión o de trabajo e imposibilitan el optimismo de la vida.

Dice un adagio con mucha verdad que no es tan fiero el león como lo pintan, y en efecto, enseña la experiencia que cuando uno no quiere, dos no riñen, dando a entender con ello, no precisamente el encomio de la cobardía o de la pasividad, sino la prudencia exenta de miedo que debe presidir nuestra conducta para colocarnos en el plano del práctico optimismo de la vida. Por lo tanto, la primera condición para ello es no encolerizarnos aunque se encolerice quien contienda con nosotros. Oponer a la ira la paciencia, pero no en su bastarda modalidad de servil aguante con el rencor almacenado en espera de venganza o desquite, sino como invulnerable broquel donde se quiebren las saetas de la ajena ira.

Por una parte, bien pudiera ser que la persona con quien tratamos fuese uno de esos genios pólvoras enteramente inofensivos como gozquejo que ladra y no muerde, y en tal caso nos airaríamos sin

otros resultados que los perjudiciales para cuerpo y mente.

Por otra parte, aunque el temperamento del contendiente sea de los que se *enfadan de veras* y descargan el golpe sin que preceda la amenaza, hemos de mantenernos ecuanímenes para no añadir leña al fuego, pues más ganaremos en todos conceptos con la amabilidad, que perseverantemente sostenida desarmará la ira del contrario.

Portándonos de este modo lograremos transmutar las más sombrías manchas en espléndidos matices, y nuestra presencia será un auxilio en vez de una carga para el prójimo, como la salida del sol después de una prolongadísima noche ártica. Irradiaremos júbilo y armonía. Nuestra sonrisa influirá mágicamente en los demás, disipando las nieblas del desaliento. Elevaremos la virilidad o la feminidad a su máxima potencia.

Por el contrario, el rencoroso e iracundo, siempre pronto a sacar las uñas del estuche, deprime con su presencia y provoca un sudor frío en los pusilánimes que al recibir su siniestra influencia experimentan un instintivo sentimiento de repulsión.

"El necio luego al punto da a conocer su ira; mas cuerdo es quien disimula la injuria." Según el mundo y el falso concepto del honor que tienen los mundanos, es cobarde quien disimula la inju-

ria; pero esto sólo es admisible cuando el injuriado está en impotente inferioridad respecto del injuriador, porque en circunstancias inversas, transciende los términos de la valentía y llega al heroísmo quien responde con la amabilidad al enojo y con el perdón al agravio.

"El que tarde se aira es grande de entendimiento; mas el corto de espíritu engrandece el desatino." Cuanto mayor es la cultura moral, menor es la propensión a la ira, porque el hombre equilibrado refrena sus impulsos, como el domador al potro, y sabe que la respuesta suave aplaca la ira y que la palabra áspera acrecienta el furor.

El poder de la amabilidad no se contrae al mundo moral. Se extiende al mundo físico, hasta el punto de embellecer la fealdad. La observación psicológica nos da de ello numerosas pruebas. Por regla general, sin detenernos en las excepciones, toda mujer es maestra en el no aprendido arte de aquilatar sus prendas personales. Antes de que nadie se los señale nota instintivamente sus cualidades y defectos físicos, y adivina qué estilo de tocado y qué hechuras y colores de atavío sientan mejor a su semblante. Nunca la fea presumirá de hermosa ni jamás la hermosa será inconsciente de su belleza. Pero la hermosa suele mostrarse altiva, exigente, desdeñosa o por lo menos reservada, como si justipreciera los favores que le concedió

naturaleza, al paso que la fea procura compensar sus antiestéticas imperfecciones fisonómicas con la dulzura de carácter, la amabilidad de trato y la nobleza de sentimientos, que sin sombra de coquetería ponen en olvido su fealdad, disimulada por el irresistible atractivo de la gracia.

Muchas veces al mirar con ojos honestos a una mujer hermosa, sólo descubrimos en ella una escultura de carne, un rostro impecablemente artístico, pero sin la expresión, sin el fulgor, sin la vida que únicamente puede infundirle la belleza del alma, la amabilidad de carácter.

En cambio habrá rostro femenino que no resista al análisis estético por tener la boca grande, la nariz achatada, la frente estrecha, la color mortecina y sin embargo rendir el ánimo y despertar las simpatías de quienes escuchan la armonía de su voz que resuena en acordes perfectos, de quienes reciben los efluvios de su alma, siempre amable, siempre cariñosa, siempre henchida de gracia y de verdad.

Esta es la positiva belleza que no marchitan los años. Es la antítesis afortunada de la belleza friamente corporal que al ajarse deja las heces de la altanería y la irascibilidad. No se desvanece con el tiempo ni es efímera como la belleza física y lograrla puede aun la más zafia aldeana. Es una belleza que toda mujer es capaz de conservar hasta

la vejez, o por mejor decir, que retarda la vejez, porque poca familiaridad tiene la vejez con un corazón luminoso y un ánimo siempre alegre y esperanzado. Es una manifestación del alma que el tiempo no puede empañar ni desvanecer. Es una belleza que enaltece a cuantos la admiran y celebran.

Dice un autor:

Santa Juana Fremyot, en el mundo baronesa de Chantal y abuela de Madame Sevigné, era mujer de claro entendimiento, enemiga de conversaciones ociosas y afectaciones soberbias, de carácter lo bastante firme para hablar a todos con sincera franqueza y dulzura. En cierta ocasión en que la reconvenían por demasiado suave respondió: "¿Quiénes son esos espíritus tímidos a quienes les parece que no conviene mostrarse afectuosa en las palabras? No comparto en modo alguno su opinión." En el convento tomaba parte la santa en los recreos de las jóvenes religiosas, y a una monja cuyos escrúpulos la mantenían recelosa con temor de que fuese pecado reírse, la amonestó diciendo que San Francisco de Sales, el cofundador de la orden de la Visitación, se reía de muy buena gana siempre que hallaba honesto motivo de jubilosa risa.

¡Oh! y quién podrá estimar la verdadera valía de un carácter amable, de un temperamento armónico, de una conducta que por doquiera difunda el exquisito perfume de la simpatía, que esparza gozo y alegría doquiera esté y comunique su interna dicha a quienquiera que con él se relacione!

Estos amables caracteres llevan consigo la luz del sol espiritual. Ni la melancolía ni el desaliento pueden permanecer en su presencia. Todo lo grosero y brutal huye ante ellos como se deshacen las tinieblas entre los rosados dedos de la aurora. La mayor bendición que pueden recibir los mortales es el dulce optimismo de la vida que irradia de un alma exquisitamente amable. Su contacto es semejante al de una varilla mágica que nos diera amistad, influencia y poderío.

Oigamos al rey sabio:

Echa tu pan sobre las aguas, que después de muchos días lo hallarás. Reparte a siete, y aun a ocho; porque no sabes el mal que vendrá sobre la tierra. El que al viento mira, no sembrará, y el que mira las nubes, no segará.

No quiere esto decir, como parece tomado al pie de la letra, que hayamos de echar el pan a un río, a un arroyo o al mar, como si diésemos de comer a los peces. Las aguas en simbología bíblica significan las gentes, y así echar el pan sobre las aguas equivale simbólicamente a prestar en la medida de nuestras fuerzas cuanto auxilio podamos al próximo, por el poder de la amabilidad, con la segura esperanza de que algún día recibiremos centuplicada la recompensa del prestado auxilio.

Pero aún llega a mucho más lejanos extremos el poder de la amabilidad, pues si meritorias son

las buenas obras que cumplamos en favor del necesitado, aunque el propósito que a cumplirlas nos mueva sea el de recibir la recompensa proporcionada a su mérito, mayores son todavía las cumplidas renunciando de antemano a toda recompensa y atendiendo únicamente a su intrínseca virtud.

Sin embargo, es posible irnos acercando a esta difícil perfección, comenzando por el persistente ejercicio de la amabilidad hasta incorporar definitivamente esta virtud a nuestro carácter, de modo que no seamos amables tan sólo con las personas cuyo favor, simpatía o protección deseemos obtener, sino con todo el mundo, tanto con los superiores como con los inferiores e iguales en categoría y condición social, es decir, que seamos amables con tan espontánea naturalidad como es manso el cordero, y que la amabilidad de nuestras palabras esté en armonía con la benéfica eficacia de nuestras obras.

Porque muy cercana, si no coincidente, con la hipocresía es la aparatosa amabilidad de quienes no tienen palabra mala ni obra buena, que servicialmente se ofrecen en todo y por todo en las relaciones de cortesía, y nos reciben con vivas demostraciones de contento entre sonrisas y palmatas en el hombro, pero que en cuanto llega la ocasión de cumplir sus aparatosas promesas y

prestar sus anunciados servicios se encierran en la concha de su egoísmo.

La amabilidad, hija natural y legítima del sano optimismo que tras las nubes del infortunio entrevé el sol de la dicha, es incompatible con el temor, y por lo mismo, quien al viento mira no sembrará y el que mira las nubes no segará, que es como decir que quien sólo coloca en el platillo izquierdo de su balanza las probabilidades en contra, nunca dará un paso en firme hacia adelante en el camino de la prosperidad. Es necesario poner en el platillo derecho las probabilidades favorables y entre ellas la honradez de propósito y la firmeza de voluntad, resueltos a no abatirnos ante el infortunio.

En cuanto a lo de repartir a siete y aun a ocho, tampoco hemos de atenernos al significado literal de la frase, sino al espíritu que encierra, porque medrados estaríamos si hubiésemos de repartir sin ton ni son los recursos que para el sostén de nuestra vida necesitamos. Lo esencial es preservarnos de la avaricia y practicar la virtud de la largueza sin caer en la prodigalidad equivalente a insensatez. Pero así como el prudente agricultor no derrama la semilla sin mirar en donde cae, sino que procura arrojarla en mitad del surco, así nuestra amabilidad ha de arrojar por mano de la prudencia las semillas del bien en terreno apropiado para con promesa de lozana germinación recibirla.

El avaro que siempre adusto y ceñudo repugna compartir con el menesteroso los bienes que recibe, es tan insensato como el labriego que no quisiera sembrar trigo por temor de que la sequía le dejara sin provisiones para el invierno. Sin embargo, no sobreviene la sequía y el avaro se ve en la penuria mientras que sus vecinos entrojan abundantísima cosecha por haber sembrado generosamente.

Lo que damos con amable disposición de ánimo, después de satisfechas nuestras legítimas necesidades, tiene la virtud de volver a nosotros duplicado y aun cuadruplicado por mano del omnipotente dispensador de todos los bienes.

El egoísmo es el más terrible corrosivo del carácter. Quien nunca presta auxilio a nadie, que acordona su bolsa cuando se le invita a dar algo y dice que bastante trabajo tiene consigo, no puede gozar de la vida porque se ve despreciado por todo el mundo.

Ningún vicio tan contrario a la amabilidad como la avaricia. El avaro es frío, huraño, apático, incapaz de sentir las puras y elevadas emociones de la vida humana. Su alma está helada por el egoísmo y la codicia. Es tan mezquino y ruín que ni siquiera da una palabra amable o una sonrisa afectuosa por temor de que le roben algo. Es incapaz de irradiar júbilo y dicha, y por efecto de una ley inmutable nada recibe y aun lo que tiene le es inútil, porque

ni lo aprovecha ni deja que los demás lo aprovechen.

Un hombre de muy robusta complexión presenciaba cierto día los ejercicios físicos de los alumnos de un gimnasio, y al ver que un joven endeble y esmirriado se esforzaba en practicar los movimientos señalados por el profesor, le dijo:

—Me parece que hace usted muy mal, apreciable joven, en malgastar de esa manera sus energías en las paralelas y en las pesas. Es usted físicamente débil y debiera ahorrar la poca fuerza que tiene para emplearla en sus diarias ocupaciones. No debiera usted desperdiciar de ese modo su vitalidad.

El joven replicó:

—Veo, mi buen caballero, que no se da usted cuenta de la finalidad de estos ejercicios. El único medio de robustecer mis fuerzas es *dar* las que por ahora tengo. Doño mi fuerza a estos aparatos, pero me la devolverán con crecidísimo interés. El ejercicio vigorizará mis músculos.

La universal ley de prosperidad es: Dad y obtendréis; retened y perderéis.

Dijo el capullo egoísta:

—Encogeré mis hermosos pétalos. Para mí sólo guardaré su deleitosa fragancia, el suave toque del sol y del rocío. Sería loca prodigalidad dársela a los indiferentes pasajeros.

Pero he aquí que en el momento de reservar para

sí solo sus dones y cualidades, las pierde, porque se marchita y muere.

Dijo la amable rosa:

—Me entregaré toda entera. Regalaré mi hermosura y mi fragancia a quienquiera que pase por mi lado.

Y he aquí que se despliega en una orgía de perfumes y colores que no era capaz de presumir, porque sólo tuvo débiles matices y tenues aromas hasta que los quiso dar al mundo, y entonces recibió espléndidos colores y suavísimos perfumes del sol, del aire y del suelo.

La costumbre de prestar cada día un amable servicio, de los muchos que no cuestan un céntimo y valen fortunas, hermosea y embalsama el carácter con la lozanía de la rosa y en este bien moral hallamos la recompensa de nuestra amabilidad.

Por doquiera que vayamos tendremos ocasión de repartir a siete y aun a ocho los inagotables tesoros de nuestro carácter. Por doquiera hay necesitados de aliento, alguien cuyo corazón cruje bajo la pesadumbre de la desgracia y ha menester consuelo y esperanza. No sabemos el mal que vendrá sobre la tierra, es decir, que no sabemos si las vicisitudes de la vida o inesperados acontecimientos desvanecerán en un instante nuestra fortuna material y quedaremos en la triste condición de menesterosos, sin otro crédito a nuestro favor que las

buenas obras de compasión y auxilio realizadas en los días de prosperidad y bienandanza.

En la última guerra se vieron numerosos ejemplos de esta verdad. Familias opulentas que según los cálculos humanos tenían por sus recursos materiales y bienes de fortuna cien veces más de lo sobrado para no preocuparse del mañana aunque viviesen dos siglos, quedaron en veinticuatro horas reducidas a la indigencia por la devastación de su país.

Y cuando no la furia de los hombres, ahí está la de los elementos para recordarnos de tiempo en tiempo la delezabilidad de los bienes materiales. Un huracán, un terremoto, una inundación, un tornado arrasan en pocos momentos las tierras y destruyen casas, fábricas, molinos, talleres, cuanto con su impetuosa velocidad tropiezan, convirtiendo al opulento en indigente.

No sabemos qué mal ha de venir sobre la tierra ni si una revolución tan horriblemente transtornadora como la que cuando en Rusia los poderosos exclamaban "paz y seguridad" vino sobre ellos destrucción de repente y los dueños de millares de hectáreas, que engolfados estaban en la abundancia, perdieron en media hora vida y hacienda, o si salvaron la vida fué para llevar en tierra extraña miserable existencia.

Tampoco sabemos cuán espléndido fruto puede

dar la semilla del más leve acto de amabilidad. A veces la sonrisa de un extraño da alientos a un desmayado corazón. Una mirada de simpatía, una expresión del deseo de ayudar, un cordial apretón de manos han devuelto el valor y la esperanza a un alma abatida por el infortunio. Una carta cariñosa, una palabra de consuelo han sido el punto de conversión de la vida de muchos que estaban al borde del suicidio.

Hay bienes mucho más valiosos que cuantos se adquieren por dinero, que todos podemos repartir sin menoscabo, antes con acrecentamiento de nuestras riquezas anímicas.

¿Cuál es tu habitual expresión? ¿Es agria, displicente, repulsiva? ¿Es mezquina, intolerante, desdefiosa? ¿Pones cara de perro dogo y se retrata en tu semblante la avaricia? ¿Te relacionas con tus dependientes con semblante de trueno y con tus socios con aire melancólico y desesperanzado o bien ofreces a todos la jubilosa expresión que irradia el sentimiento de benevolencia y auxilio? ¿Sonríen y se alegran las gentes cuando a ellas te acercas o se estremecen y sienten escalofríos al verte? Tal será la diferencia entre ti y tus relaciones.

Había en Nueva York un comerciante con tienda abierta que nunca apartaba la sonrisa de sus labios. No era una sonrisa enigmática como la de

la Gioconda ni grotesca como la del payaso ni horrible como la del espectro, sino la sonrisa denotadora de un alma generosa que repugna agravar las angustias del mundo. Por muy disgustado que estuviera nadie se lo conocía en la cara. Aunque en su interior ardiera un volcán de encontradas emociones, su semblante aparecía iluminado por aquella feliz, serena y gozosa sonrisa, como si acabara de recibir una grata noticia y estuviese a punto de comunicársela. Muchos se admiraron del prodigioso éxito que el sonriente comerciante obtenía en sus negocios y decían que superaba al que cabía esperar de su idoneidad comercial; pero seguramente la mayor parte del éxito derivaba de la inimitable sonrisa que nunca desaparecía de sus labios, trocaba al enemigo en amigo y atraía a su tienda multitud de parroquianos, aparte de la benéfica influencia que tan placentera disposición de ánimo ejercía en su persona. Hermanaba en su carácter la ingenuidad con la energía.

Quien experimenta la satisfacción moral de entregarse al servicio del prójimo empezando por evitar todo cuanto agravia, enoja o molesta y derramando afectuosas sonrisas y alentadoras palabras entre las gentes con quienes se relaciona, da el primero y más firme paso para llegar a la bienaventurada condición de la pobreza en espíritu, que tan torcidamente suele interpretarse confun-

diéndola con la pobreza de espíritu o desmayo de ánimo.

En el sermón del monte no prometió Jesús el reino de los cielos a los pobres de espíritu, esto es, a los abúlicos, tímidos y apocados, incapaces de levantadas empresas, sino a los pobres en espíritu, o sea a quienes por haber experimentado el inefable gozo de la amabilidad en acción, miran las riquezas materiales como un forzoso medio de sustentar la vida corporal y un depósito que la Providencia les confía para que lo administren en beneficio del necesitado. La pobreza en espíritu, virtud diametralmente opuesta a la codicia, es la primera etapa del sendero que conduce a la renunciación y por ella a la abundancia de bienes dimanantes de la inagotable Fuente de todo bien.

Escuchemos a este propósito lo que dice la insigne pensadora Ana Wood de Besant:

Cuando el deseo, el pensamiento y la acción se transmutan en voluntad, razón y sacrificio, entonces el hombre regresa a su verdadera morada y vive por renunciación. Cuando el hombre renuncia realmente, sobreviene una admirable mudanza. En el sendero de ida (esto es, mientras se educa y perfecciona) ha de esforzarse en conseguir cuanto desea y necesita. En el sendero de vuelta (una vez ya evolucionado del todo su carácter) la naturaleza derrama los tesoros a sus pies. Cuando el hombre cesa de desearlos, llueven sobre él todos los bienes, porque es un canal por donde todos los bienes se derraman en cuantos le

rodean. Buscad el Bien, renunciad a toda codicia, y todas las cosas serán vuestras. Cesad de pedir que se llene vuestro vasito y os convertiréis en enorme acueducto enlazado con el viviente manantial de todas las aguas, con la Fuente inagotable de donde perennemente brotan. La renunciación significa el poder, la facultad, el don de trabajar por el bien de todos sin tregua ni fracaso posible, porque trabajáis como siervos del supremo Trabajador.

Cuando emprendéis una verdadera obra de caridad y vuestros medios son limitados y las riquezas no afluyen a vuestras manos, significa que todavía no habéis aprendido la verdadera renunciación, que aún estáis apegados a lo visible, al fruto de la acción, y por lo mismo no afluyen las riquezas a vuestras manos.

En el mes de Julio de 1871 llegaron a Bilbao tres jóvenes sin otra fortuna que su ardiente deseo de ayudar al prójimo de la única manera que podían, con el servicio de su propia persona en la asistencia de enfermos a domicilio y en los hospitales. Llamábanse María Josefa Sancho Guerra, Florencia Miguel Mansilla y Juana Dávila García. Eran pobres en espíritu, pero no de espíritu, porque después de luchar contra todo género de dificultades y de soportar infinidad de burlas, menosprecios y chacotas de las gentes que por perturbadas las tenían, encontraron providencial apoyo en el párroco de la iglesia de San Antonio Abad, de Bilbao, D. Mariano José de Cargüengoitia, quien comprendiendo que no era locura sino santidad el

móvil de las abnegadas jóvenes, les facilitó los medios de ejercer su caritativo apostolado. Al cabo de tres años obtuvieron la aprobación del ordinario, y durante el bombardeo de Bilbao por el ejército carlista prestaron valiosísimos servicios con riesgo de su vida. Terminada la guerra civil, se constituyeron en comunidad religiosa y el 21 de Junio de 1875 profesaron las tres siervas de Jesús, como desde entonces se llamaron. En 1886 aprobó definitivamente el Jerarca de la iglesia católica los estatutos de la congregación, que hoy cuenta con cuarenta y cinco casas repartidas en España, la Argentina y Chile. Tres humildes muchachas sin dinero ni valimientos oficiales, pero con el irresistible poder de la amabilidad, lograron realizar una empresa que parecía temeraria en sus comienzos.

La amabilidad, el amor al prójimo, cuyo punto inicial ha de ser no odiarlo, el desinteresado servicio, la caridad en suma, son sentimientos propios del alma, que se compendian en el genuino sentimiento religioso cuyo altar es el corazón de la humanidad entera y cuyo culto son las buenas obras.

La experiencia de la vida nos enseña que la placidez de ánimo, la amable disposición, la bondad de carácter, el afectuoso servicio del prójimo no son cualidades monopolizadas por determinada fe

religiosa, sino que lo mismo podemos admirarlas en judíos y cristianos, budistas y musulmanes, protestantes y católicos, así como también pueden echarse de menos en quienes rutinariamente practiquen el culto externo de su religión. Contra esto no caben argucias ni sofismas, porque ahí están los hechos para evidenciarlo a cada punto. Si así no fuese, si el sentimiento de amor al prójimo, la virtud de la caridad estuviera vinculada en tal o cual religión, los millones de gentes que profesan otras con tanta sinceridad como aquéllos la suya, serían una horda feroz de facinerosos sin entrañas.

De aquí que la tolerancia sea una de las diversas modalidades de la amabilidad. Podemos mostrarnos intolerantes con las ideas contrarias a nuestro convencimiento, pero siempre amables, deferentes, corteses y tolerantes con las personas que no opinen como nosotros. Más tolerante debe ser con los defensores del error, o mejor dicho, de lo que él tiene por error, quien más convencido esté de mantener la verdad; porque la intolerancia, como hermana melliza del fanatismo, sólo cuadra a quienes imaginándose en plena posesión de la verdad absoluta, defienden sus ideas movidos por la exageración del sentimiento que en ellos suplente al raciocinio, y tienen por necesariamente absurda la opinión ajena.

Los hombres de exquisita cultura moral no

transponen jamás el límite que separa a la persona de la idea; y cuando las circunstancias los llevan al terreno de la controversia, saben tener la serenidad conveniente para que la discusión no degenerare en disputa ni el acaloramiento perturbe la razón, pues su misma superioridad de criterio los mueve a guardar al adversario todos aquellos miramientos personales sin los que la vida social fuera imposible. Así la saludable intolerancia con las ideas, que ha de dar a cada cual el valor de sus convicciones, tiene precisamente su más firme apoyo en la amable tolerancia con las personas y en la caballerosa cortesía que ha de presidir las controversias.

Dice un antiguo adagio que en la mesa y en el juego se revela la educación de las personas; pero con mayor claridad se delata en las discusiones y debates, ya tengan por arma la lengua, ya la pluma, pues los mantenedores que más que de la verdad lo son de su amor propio, por no decir orgullo, al verse faltos de razones con que cohonestar su fanatismo, echan mano del insulto y del escarnio para lastimar con tan innobles armas a las personas, no sabiendo cómo rebatir las razones.

Cierto es que a las gentes desnudas de toda educación moral, les alborozan los estacazos de yangués que la intolerancia descarga sobre el adversario cuyo único delito es mirar con cristales ver-

des lo mismo que otros miran con cristales rojos; pero quienes derechamente piensan y sienten, de sobra saben que una injuria no es un argumento y que no han llegado aún los chistes de dicción a la categoría de recursos dialécticos.

Y más claramente echaremos de ver el apasionamiento de los intolerantes, al considerar que si por una de esas mudanzas o conversiones tan frecuentes en los hombres de partido y doctrina, se pasa alguno con pluma y lengua al bando que antes combatiera, truécense los silbidos en aplausos, los dicterios en elogios y en alabanzas las diatribas, sin que el apóstata, tráfuga, resellado o converso, como quiera llamársele, haya mejorado ni un ápice su constitución moral.

Inefable gozo es pasar por la vida infundiendo esperanza en vez de desaliento, respirando amor en vez de odio, inspirando simpatía en vez de repugnancia, recibiendo la gratitud silenciosa o manifestación de las almas a quienes ayudemos con nuestro servicio. Demos generosamente, que cuanto más demos más ricos de espíritu y más pobres en espíritu llegaremos a ser.

Escuchemos una curiosa anécdota:

—Ven, pícara, ven a contar a tu padre, ya que a mí no quieres, qué has hecho con el duro que te dió esta mañana—exclamaba doña Amalia, trayendo de la oreja a su nietecita María.

—¡Que me haces daño, abuelita—gritaba lastimeramente la niña.

—Vamos a ver, ¿qué ocurre? preguntó el padre—¿has hecho alguna diablura?

—¡Y grande!—respondió la abuelita.—Como que no sabe dónde ha echado el duro que le diste esta mañana para comprar el lazo de seda que tanto le gustó.

—¡Vaya si lo sé! Pero a ti no te lo quiero decir, porque me reñirías. A papá se lo contaré y verás como no se incomoda.

—Ven, María, siéntate a mi lado y cuéntamelo todo.

—Pues verás. Tú sabes que en el escaparate de la tienda de modas hay un lazo de seda que me gusta mucho. Tú me diste esta mañana un duro para que lo comprase. Yo, loca de contento, salí a la calle para ir a la tienda; pero al llegar al almacén de juguetes que hay antes, vi a un pobre niño que, parado delante de un caballo de cartón, lloraba amargamente para que su madre se lo comprase. La pobre mujer, que llevaba otro niño más pequeño en brazos, tiraba del llorón, diciéndole dulcemente: “Vamos, hijo, no llores.” Pero ¡quién! ni Jesús pasó de la cruz ni aquel diablillo pasaba del caballo, y llorando como un desesperado, decía: “¡Caba-allo, caba-llo, yo quiero ca-ba-llo!” La madre trataba de convencerle, pero en su cara

se le conocía la pena de no poderle satisfacer el gusto, y lo consolaba diciéndole: "Hijo mío, esos juguetes no se han hecho para los pobres. No los tendrás nunca."

—¿Cómo nunca?—dije yo para mí—y... ¡zás! de un brinco entré en el almacén.

—¿Cuánto vale ese caballo?

—Dos pesetas.

—Tome, venga, y tararán, tararán, se lo di al chiquillo, que ¡abrió unos ojos!

La madre me tomó la mano, y apretándomela con fuerza, dijo:

—Hija mía, Dios te pague la caridad que acabas de hacer. Gracias a ti, hoy no habrá pan en mi casa, pero habrá alegría.

Yo sentí sobre mis mejillas dos gotas de fuego. Eran dos lágrimas de los ojos de aquella madre. A su contacto, abrí la mano, y poniendo en la suya la vuelta del duro, le dije:

—Tome usted, para que el día sea completo. Comed y reid.

Entonces eché a andar; pero el pícaro del muchacho me agarró de las faldas, y me dijo:

—Chacha, ¿me das un beso?

Yo se lo di. Por más señas que me ensució la cara.

Al cabo me fuí; pero al volver la cabeza vi que el pequeñuelo me tiraba besos y decía:

—¡Chacha! ¡chacha!

—¡Vamos! que nos comprometió el corazón—exclamó a este punto la abuelita.

—¡Bien!—repuso el padre—muy bien hecho. Por esa acción te voy a dar cinco duros para que te compres diez lazos.

—¡Cinco duros!—exclamó María.—Con cinco duros se pueden comprar diez caballos y dar pan y alegría a otras tantas familias. Vengan los cinco duros, que voy a comprar los caballos.

—¿Y para ti, hija mía?

—Para mí... para mí, el placer de que me llamen chacha los chiquitines.

IV. LA VIDA INTERNA Y LA BELLEZA EXTERNA.



ECÍA una niña que era feliz porque amaba a todos los seres y por todos se veía amada. No comprendía cómo pudiera alguien ser infeliz. Al salir al campo, batía palmas de júbilo y experimentaba intenso gozo de vivir. Plantas, flores y aves parecían decirle: "Sé feliz."

¿Por qué no hemos de sentir nosotros lo mismo? Todos los seres y todas las cosas de la naturaleza expresan una idea divina, y si los mirásemos con ojos de inocencia y de verdad, y no las estropeadas imágenes que vemos a través de los horribles espejuelos de nuestra viciada mente y viciosa conducta, todo exclamaría diciendo: "Gozad de dicha, prosperidad y armonía."

Si fuésemos perfectamente normales, estaríamos tan contentos y gozosos que la vida sería un perpetuo jubileo. No habrá pobreza ni sufrimiento ni miseria ni dolor cuando la humanidad vea la realidad de las cosas y viva y aliente en la verdad. ¿Es utopía? ¿Es quimera? ¿Es sueño? ¿Son ganas de hablar? Entonces también serán utopías, quimeras, sueños y charlatanismo las Escrituras que millones de gentes y aun la misma ortodoxia

diputan por sagradas y atribuyen a divina inspiración.

Tiempo vendrá en que la vida interna se armonice cumplidamente con la belleza externa. La amenidad de los campos es ambiente mucho más propicio que el tumulto de las ciudades para establecer esta armonía, porque en el seno de la naturaleza está el hombre más cerca de sí mismo y no se aviene un semblante adusto, ceñudo y egoísta con la dulce suavidad que irradia de las praderas, las flores, los bosques y las aves.

Dice Ruskin:

Lo mejor que puede hacer un hombre en este mundo es contemplar la belleza de las cosas y describir después sencillamente cuanto vió.

Y añade Jaime Freeman Clarke:

Cuanto más bellezas descubramos por doquiera en la naturaleza, en la vida, en el hombre, en el niño, en el trabajo y en el mundo externo tanto más nos acercaremos al goce de la felicidad.

Un filósofo les preguntó una vez a sus discípulos:

—¿Cuál es el bien más apetecible en este mundo?

Cada discípulo respondió según su entender. Uno dijo que la salud, otro que las riquezas, algunos que la sabiduría, hasta que por fin exclamó el último:

—Tener buen corazón.

El filósofo repuso:

—Verdad es. Tú has resumido en tres palabras todo cuanto los demás han dicho, porque quien tenga buen corazón, es decir, buenos sentimientos y ánimo jubiloso, estará satisfecho con su suerte, se contentará con poco, será buen compañero, buen vecino y verá fácilmente lo que mejor conviene a su verdadera y perdurable dicha.

El egoísmo, la codicia y toda condición siniestra no tienen lugar apropiado en el reino de la verdadera dicha. Son elementos extraños a la felicidad. El mal proviene de los torcidos pensamientos y la extraviada conducta.

Únicamente los limpios de corazón verán el bien, porque sólo una mente pura, sana y diáfana puede percibir y gozar las bellezas del mundo exterior. Cada pensamiento torcido o pecaminoso, cada mala acción enturbia la vista mental y no deja ver diáfananamente las maravillas de la Creación. Debemos quitarnos las telarañas de los ojos con el colirio de los rectos pensamientos y de la buena conducta para ver, mirar y admirar el universo. Cuando procedemos egoístamente perjudicando al prójimo en su hacienda o en su fama, interponiéndonos envidiosamente en su camino, estorbando su prosperidad, segándole la hierba bajo los pies, echándole la zancadilla, nos ofus-

camos la vista con otras tantas telarañas que será forzoso quitar por medio de las acciones contrarias antes de que nos sea posible obtener la límpida y cristalina visión de la realidad.

Hay quienes al esforzarse en la busca del placer y del provecho egoísta, van superponiendo telaraña tras telaraña hasta perder su visión espiritual, quedándoles tan sólo para relacionarse con el mundo exterior las opacas lentes de sus malos pensamientos y peores obras a cuyo través todo lo ven del color de su sórdido egoísmo.

El pensamiento es sin duda el capital factor de la vida interna, es su árbitro, pues de la índole del pensamiento depende la de las condiciones de nuestra visión del mundo exterior. Si el pensamiento se sujeta a las leyes morales de la vida, percibiremos el mundo externo en su plena realidad. Si el pensamiento quebranta las leyes morales de la vida, percibiremos el mundo externo desfigurado por la ilusión, como las grotescas y contrahechas imágenes que reproducen los espejos cuya cóncava o convexa superficie tuerce los rayos de luz. Pero el mundo exterior también abarca, además de las cosas, las personas con quienes nos relacionamos, y que por ser de nuestra misma naturaleza reaccionan sobre nosotros mucho más rápida e intensamente que las cosas.

Si las telarañas del pesimismo o del desalien-

to no nos dejan admirar una puesta de sol, si por destemplanza de ánimo o preocupaciones egoístas no acertamos a estimar la infinita sabiduría concentrada en una brizna de césped, en el pétalo de una flor, en el ala de un insecto, en la pluma de un ave, en la escama de un pez, en el centelleo de una estrella, en la refulgencia de un diamante, en el oriente de una perla, en la fragancia de un fruto, sólo perderemos el inefable placer que la contemplación de estas grandiosamente diminutas maravillas proporciona a quienes saben admirarlas; pero si no acertamos a descubrir en nuestros prójimos las bellezas de su alma, las prendas de su carácter, sino que mirándolos a través de los empañados espejuelos de nuestros defectos, sólo vemos su aspecto siniestro y en consecuencia los tratamos con menosprecio, altanería u hostilidad, inmediatamente recibiremos de rechazo el golpe de las mismas emociones.

Nadie hay que se goce en el infortunio propio, aunque abunden quienes se deleitan en el ajeno y se alegran de que al prójimo les salgan las cosas mal. A la dicha, el bienestar y la felicidad aspira todo ser humano por ley de gravitación espiritual. Todos anhelamos salir de las tinieblas a la luz, de la discordia a la armonía, de la tribulación al sosiego y de la guerra a la paz.

El optimismo bien comprendido y acertadamente

practicado transformaría la faz del mundo, y si procuráramos cultivar durante siquiera un año el luminoso aspecto de nuestra naturaleza, veríamos trocada de aflictiva en gozosa nuestra vida. Atraeríamos allí en donde ahora repelemos. Alentaríamos allí en donde ahora descorazonamos. Difundiríamos color y luz por donde ahora arrojamos heladas sombras. No puede haber vida ni esperanza en las tinieblas. Por instinto nos sentimos atraídos hacia las personas de placentero ánimo, siempre amables, cariñosas y serviciales, porque su vida interna está armonizada con la belleza externa. Al mirarlas y tratarlas parece como si recibiéramos renovada inspiración y se despertara nuestra confianza en la naturaleza humana. Nos volvemos hacia ellas como el girasol hacia el astro del día, al paso que rehuímos la presencia de los semblantes adustos donde parece que se está forjando una tempestad.

El pensamiento es el árbitro de la vida interna y la experiencia bien aprovechada es la más segura guía del pensamiento. Nadie está fatalmente ligado a nada y quien se vea atado a un vicio, una flaqueza o una pasión, en su albedrío tiene sobrado poder para desatarse en cuanto con recia voluntad lo intente. Por la paciente práctica le será posible formar hábitos virtuosos, y por reiterados esfuerzos desprenderse de los hábitos viciosos. Nosotros

mismos formamos el mundo en que vivimos y modelamos nuestro ambiente. Algunos viven en mazmorras abiertas por sus propias manos y después se quejan de las tinieblas en que están sumidos. Otros se rodean de ilusiones hasta que pierden completamente de vista la verdad. Pero unos y otros pueden si quieren derribar con la piqueta del conocimiento las mazmorras en que se encerraron y desvanecer con la luz de la sabiduría las ilusiones que los ofuscan, hasta que vuelva a aparecer radiante y pura la verdad ante sus ojos.

Cuenta la leyenda que había en un lejano y recóndito santuario de la India un mágico espejo que según fama tenía la propiedad de reflejar la imagen exacta de quienes en él se miraban y reproducirlos tales como verdaderamente eran y no como sus amigos o enemigos los representaban. Millares de peregrinos acudían a mirarse por curiosidad en aquel espejo, y entre ellos hubo uno sumamente modesto, inclinado a menospreciarse sin pensar que fuese nunca capaz de hacer nada de notable en el mundo. Pero al mirarse en el mágico espejo quedó muy sorprendido de verse completamente distinto de lo que se figuraba, pues su imagen era la de un hombre recio, confiado, viril, sin ninguno de los defectos, flaquezas y deficiencias de que siempre se había revestido en su apocamiento. Según contemplaba aquella imagen iba

destacándose más definidamente en el trasfondo del espejo hasta adquirir tal dignidad que le pareció al peregrino que sería la de su otro yo, del Yo superior que le había estado esperando largos años.

Tan conmovido quedó el peregrino por la visión, que nunca se le apartó de la memoria y esforzose sin cesar en convertirla en realidad, ajustando al maravilloso modelo su vida interna. Cuanto más se empeñaba en colocarse al nivel de aquella ideal imagen reforzando sus puntos débiles, corrigiendo sus faltas y mejorando su personal apariencia de todos los modos posibles, tanto más claro y distinto se le representaba el bosquejo mental de aquel otro Yo cuyo vislumbre había tenido en el espejo, hasta que por pensar constantemente en él se identificó con él substituyendo al hombre tímido, apocado y abúlico que hasta entonces había sido. Convirtió de negativa y estéril en positiva y fecunda su vida interna, y fué capaz de estimar en toda su valía las portentosas bellezas de la vida externa, del mundo que le rodeaba y del cual sólo había visto el aspecto tenebroso.

Los pesimistas que por doquiera ven tinieblas, desesperación, catástrofes y ruinas y les parece que el mundo marcha hacia atrás, son estorbo y tropiezo de la evolución humana. No sólo no hicieron nunca nada para ayudarla, sino que sus negativas

fuerzas acrecientan la resistencia que es preciso vencer con mayor intensidad de potencia.

En cambio, los optimistas, los que ven el mundo con toda su esplendorosa belleza, sus promesas y esperanzas de perfeccionamiento, han sido auxiliares de la evolución humana, las fuerzas positivas que desde la primitiva barbarie realzaron al mundo hasta su condición presente.

Los hombres de benigno temperamento que infunden serenidad y esperanza contribuyen a aliviar las cargas que sobre el mundo echan quienes con tétrico rostro y voz semejante a graznido de corneja nos exhortan a prepararnos para la vida en otro mundo sin tener jamás ni una sonrisa para el presente.

Los lazos que nos ligan a los hábitos viciosos no los ató mano extraña, y por lo mismo tampoco manos extrañas pueden desatarlos. Ha de deshacer la obra el mismo que la hizo. Los demás pueden secundar con su ayuda, pero indispensablemente ha de ser protagonista el propio interesado.

Las cualidades que cultivemos con el insustituible apercibo de nuestra voluntad acabarán por dominar la mente, se reflejarán en el cuerpo y gobernarán la conducta. Mas para esto se necesita la experiencia de la vida, el choque con los objetos del mundo exterior cuya índole y aspecto será para nosotros el que les preste nuestra actitud mental

hacia ellos. Nos devolverán el eco de nuestra propia voz y la esencia de nuestros mismos pensamientos. La percepción de lo exterior está condicionada por la índole de lo interior. La tentación no está inherente en el objeto, sino en el deseo o apetito del ánimo por dicho objeto.

Así tienen razón los defensores del desnudo artístico al decir que la obscenidad no está en la estatua o en la pintura, sino en la concupiscencia de quien por obscenas las mira. Si no hay mal pensamiento en el espectador, ningún pecaminoso deseo despertará en su ánimo, y en esta suposición permitieron, nada menos que los supremos jerarcas del catolicismo, las pinturas por todo extremo naturalistas de la basílica de San Pedro, y las esculturas que sin la hipócrita hoja de parra exornan las galerías del Vaticano.

No es de por sí obscenidad la natural representación de la forma humana, pues al formar el cuerpo de Adam del barro de la tierra quedó el padre de la raza humana en plena desnudez, junto a su idónea ayuda, y como dice muy bien el texto bíblico: "estaban ambos desnudos, Adam y su mujer, y no se avergonzaban", porque eran inocentes, es decir, no se había levantado aún en su ánimo el concupiscente deseo de la naturaleza inferior. Por lo tanto la lujuria y la obscenidad no derivan de los distintivos del sexo, sino del apetito concu-

piscente, pues en Adam y Eva estaban los distintivos del sexo y sin embargo no conocían la lujuria ni la obscenidad.

Cuando disciplinada por la pureza y fortalecida por el conocimiento recobra el alma su inocencia, ya no se identifica con su naturaleza inferior y evita los apetitos y deseos forjadores de ilusión, cuyo final resultado es el sufrimiento. Entonces todo lo ve de color de rosa, no recela del porvenir, porque sabe que en su poder está determinar las futuras condiciones de su vida. Entonces el mundo es para el alma un terso y clarísimo espejo en que se ve retratada.

V. EL VALOR DE LA AMISTAD.



s la amistad un sentimiento de muy compleja psicología, tan somero y escurridizo unas veces como agua en cesto, y otras tan profundo y majestuoso como el mar. Si bien analizamos cuanto vemos a nuestro alrededor, advertiremos que la amistad es un elemento indispensable para la vida optimista, que brota casi espontáneamente en los corazones sin malicia, pues basta la vecindad de domicilio, el codo con codo en el teatro, en el tren o en el paseo, una pregunta en la calle o una presentación de puras circunstancias para otorgar el título de amigo al primer desconocido que se nos ponga por delante, aunque no le concedamos de momento trato de amistad.

La Psicología académica no acierta a explicar la instintiva simpatía o antipatía que sin causa notoria nos inspiran las personas con quienes nos relaciona el hormigueo de la vida. Todos habrán experimentado que sin saber por qué les sobreviene un más o menos vehemente sentimiento de hostilidad o benevolencia hacia determinadas personas, como si la callada voz que resuena en nuestros adentros nos intimara a precavernos de unas y nos exhortara a confiarnos en otras, al paso que nos

deja en absoluta indiferencia respecto de muchas sin que acertamos a explicar la causa.

Desde luego que el hombre vulgar cede fácilmente a estos sentimientos y sin rebozo manifiesta sus simpatías o con mal disimulada esquividad revela su antipatía; pero el hombre armónicamente equilibrado, si bien *siente* lo mismo que el vulgar, *no consiente* que la antipatía se mude en odio ni que la simpatía degeneren en condescendencia, y como a nadie tiene por enemigo, practica la rara virtud de hacer justicia al adversario, pues sabe que, como dijo Tomás de Kempis: *mañana estarán contigo los que hoy están contra ti, y contra ti los que hoy están contigo.*

En el orden de las relaciones internacionales (pues la amistad lo mismo puede ser individual que colectiva) nos demuestra la historia esta verdad en cada una de sus páginas. Francia e Inglaterra, que hoy día están a partir un granito de pólvora y pregonan por lengua de sus estadistas y pluma de sus diplomáticos la inquebrantable firmeza de su amistad, fueron encarnizadas rivales durante más de cien años, desde 1337 a 1453; y en época más reciente, sabida es la obstinada hostilidad de Inglaterra contra la Francia napoleónica y la pertinacia con que una tras otra levantó aquellas formidables coaliciones europeas, en que Rusia, Austria, Prusia e Inglaterra peleaban unidas contra Francia, sin

presumir que al cabo de un siglo Rusia, Francia e Inglaterra se unirían en cordial avenencia contra Prusia y Austria. Los que ayer eran amigos fueron hoy enemigos, y los enemigos de antaño se unieron hogaño en firme amistad. El militarismo prusiano, contra el cual movilizó Inglaterra sus fuerzas en la última guerra, fué precisamente el que la salvó de un desastre de incalculables consecuencias en Waterlloo, pues a no ser por la oportuna llegada al campo de batalla de Blücher con sus treinta mil prusianos, se hubiera visto Wellington forzado a reembarcarse, dejando a Napoleón dueño del continente y en propicias circunstancias de realizar la tan ambicionada invasión de la espléndida isla.

Aunque no tan ruidosamente, lo mismo ocurre en las relaciones individuales. Comúnmente nos determinamos a la amistad por emoción sin detenernos en la reflexión, y así suele suceder que la recelosa antipatía con que al principio mirábamos a una persona, se trueque en viva simpatía en cuanto la frecuentividad de trato o el toque de la prueba nos descubre en ella insospechadas bellezas de carácter. Por el contrario, puede ocurrir que la simpatía falle en la ocasión y del concepto nos caiga el amigo en quien más ciegamente teníamos puestas nuestras esperanzas. La superficial amistad de puro visiteo participa de los vaivenes de las emociones, y es en resumido término un comercio so-

cial con cuenta corriente de los favores que se hacen y los que se reciben, de modo que no es posible revalerse de la amistad mientras no se haya devuelto el favor recibido.

Sin embargo, esa amistad de cortesía urbana, por la que todo el mundo es amigo particular de todo el mundo, tiene la ventaja de suavizar las relaciones entre los hombres, que sin tal convencionalismo fueran brutalmente agresivas.

Más artificioso todavía que el de la particular es el andamiaje de la amistad política. El amigo político es suma de todas las virtudes sin mezcla de vicio alguno, así como el enemigo político es sumidero de todos los vicios sin entreveración de virtud alguna. Con el amigo político rezan el alivio de tributos, la ocultación de la riqueza, la prebenda descansada, la pensión en el extranjero, la subvención substanciosa y todo cuanto con tapujos de cultura es regodeo de nulidades protegidas en vez de ser patrimonio del merecimiento.

Nada tiene de extraño que así ocurriera en los gobiernos absolutos y sistemas aristocráticos que concentraban el poder en un solo hombre, quien lo ejercía por ministerio de una sola clase, pues al arbitrio del monarca correspondía otorgar la merced y al vasallo mendigarla; pero contra toda justicia clama que en regímenes democráticos cuyos poderes son delegación de la soberanía popular, persis-

tan las mismas arbitrariedades que tan abundoso pasto dieron a la indignación en tiempos de la autocracia. Verdad es que hoy no se subastan públicamente los empleos oficiales; pero se adjudican con arreglo a una tarifa clandestina en amigable prorratio entre contertulios y compadres.

El articulado de las leyes, la letra de los reglamentos, el texto de las circulares, parece como si todo lo previeran para atajar los pasos del favor y abrir fáciles caminos al merecimiento. En apariencia todo lo legal es justo; pero la amistad entreabre a la chita callando el postigo de la interpretación para que furtivamente se cuele la injusticia.

En este pagano culto de la amistad hay una especie de jerarquía que nos hace protegidos del superior y protectores del inferior, aunque con demasiada frecuencia olvidamos la protección que debemos, acordándonos tan sólo de la que presumimos merecer; y así, para quien puede concedérsela son las sonrisas, las lisonjas, los saludos anticipados, el aguante de tabarras, los plantones de espera, mientras que para aquel de quien reclamamos la petitoria o que nada puede darnos, son el mirar distraído, el cambio de acera, las ausencias de casa, las prisas del negocio, y en casos de inesperado apremio, la melosa evasiva con el servidor de usted y el usted me manda.

Pero la verdadera amistad, variante del amor,

no nace de la esperanza de recibir ni la mata el temor de dar; no se antepone jamás al deber ni se resiente de verse al deber pospuesta. Por la coparticipación acrece las alegrías, alivia las penas, y sin necesidad de mentidos ofrecimientos ni engañosas promesas acude solícita a donde la ocasión la llama. Es de abolengo espiritual, y como chispa de divino fuego brota del roce de las almas.

Los verdaderos amigos son espejo uno de otro, más claros que el cristal, sin lisonja ni recelo ni reserva que los empañe. Pero la amistad, como virtud que es, se ha de conquistar, y sólo la conquista quien la merece. Fácil es ganar muchos amigos superficiales e interesados cuando la posición social o los bienes de fortuna le colocan a uno en circunstancias propicias para dispensar favores; pero admirable es quien sin otros bienes que los de naturaleza y las relevantes cualidades de su carácter multiplica el número de sus verdaderos amigos, desinteresadamente dispuestos a favorecerlo con toda la gracia compatible con la justicia.

Lincoln era pobre y sin embargo tenía muchos y muy buenos amigos que le ayudaron en su carrera social y política, porque les cautivaba la entereza de carácter y perseverante acción del joven jurisconsulto. Cuando Garfield ingresó en el Colegio Williams captóse por su excelente conducta la amistad del director Marcos Hopkins; y años

después, elevado Garfield a la presidencia de la república estadiunense, decía:

—Si hoy me volviera muchacho y en una mano me ofreciesen la biblioteca y laboratorios de una universidad con sus envarados y adustos profesores, y en la otra mano me ofreciesen un maestro amigo, de tan levantado espíritu y tan magnánimo corazón como fué el doctor Hopkins hace veinte años, exclamaría: "Dadme al doctor Hopkins para seguir mis estudios, aunque sea en una choza perdida en los bosques, y quedaos con vuestra universidad de envarados profesores."

La amistad verdadera influye poderosamente en el perfeccionamiento del carácter. Muchos se hubieran dado por vencidos largo tiempo antes de realizar su propósito a no ser por el estímulo y aliento que les infundió algún amigo cuyo nombre no oyeron jamás las gentes en lenguas de la fama.

No pocas eminencias políticas, científicas, artísticas y literarias cuyos éxitos encomia la prensa y el mundo entero honra, debieron el triunfo a las palabras de aliento que en crisis de desesperación les prodigaron las esposas, madres, hermanas y los íntimos amigos. El hombre vulgar apenas advierte cuán gran parte de su éxito material debe a sus amigos. Se atribuye por entero toda victoria, engriéndose de su maravillosa intuición, claro discernimiento e infatigable laboriosidad; pero si

subtrajera de su vida cuanto directa o indirectamente le proporcionaron sus amigos, si eliminara la inspiración, el estímulo, la positiva ayuda de ellos recibida, si dedujera de su popularidad el tanto por ciento debido a sus buenas palabras y mejores obras, si prescindiera de los empleos y colocaciones que le ayudaron a obtener, resultaría mermaidísima la prosperidad que se figuraba haber logrado por su solo esfuerzo.

Supongamos que un joven recién recibido de abogado quiere iniciarse en la práctica de su profesión. Por mucho talento que tenga y por muy al corriente que esté de las minucias legales, difícilmente se abrirá paso en el foro si no empieza por colocarse de pasante en el bufete de un jurisconsulto de nota, con la mira puesta en el porvenir, de modo que durante un par de años se familiarice con la que pudiéramos llamar *práctica de la práctica*, y en sus diarias visitas al Palacio de Justicia trabaje conocimiento y contraiga amistades con la gente de curia. Para esto necesitará la característica señalada en el tercer capítulo de esta obra, o sea la amabilidad cuyo poder le mueva a prestar de cuando en cuando alguno de esos favores que no requieren sacrificios pecuniarios y sin embargo dejan en el ánimo de quienes los reciben, si no son mal nacidos, una semilla de gratitud que fructificará con el tiempo.

Por otra parte, es preciso que sin caer en las hondonadas de la servil lisonja, se muestre cortés con todo el mundo, respetuoso con los superiores, jovial con los iguales y benévolo con los inferiores, porque así se adquirirá universales simpatías e irá ganando amigos cuyas lenguas serán las de su buena fama. Si además se encarga de las defensas de oficio que por turno le correspondan y alguna que otra vez defiende gratis a un litigante pobre o a un procesado cuya causa dé ocasión de volver por los fueros de la inocencia, no tardará en ponerse en condiciones de abrir bufete por su cuenta y medrar honradamente en la profesión, sobre todo si despreciando la cuantía del lucro rechaza todo litigio de mala fe y no se confunde con la turbamulta de picapleitos.

El viejo adagio de que no hay hombre sin hombre denota en vulgar expresión el valor de la amistad, no en el sentido de lo que por desgracia priva tanto en nuestros días y se llama compadrazgo, nepotismo y favoritismo con siniestra burla de la justicia, sino en el del apoyo y auxilio que sin perjuicio de tercero ni menoscabo de la equidad recibimos de los amigos.

Mas para tener amigos que nos valgan es necesario ganarlos, y no se ganan por soborno, sino por servicial, no servil, amabilidad de que brota espontáneamente la simpatía.

Cosa parecida le ocurre al médico novel. Ha de contar con abundantes recursos materiales para de golpe y porrazo instalar una clínica, dar su nombre a la publicidad y resistir el crítico período de la gestación de la clientela, pues pocos serán los enfermos que se pongan en manos de un principiante cuya habilidad es todavía una incógnita, y si alguno se le confía será de esos que desesperanzados de curación van rodando de gabinete en gabinete y son más bien escollo que peldaño para el médico novel.

Los primeros pasos de la carrera se han de dar en el servicio de ayudante de algún famoso médico, y si no le es posible obtener esta proporción, habrá de resignarse a visitar gratis a los parientes, amigos y tal o cual familia pobre, pues si el acierto le acompaña y está dotado de buen ojo clínico, cada enfermo que la salud reciba de su mano se convertirá en un viviente heraldo de su embrionaria fama.

Los comienzos de un comerciante no difieren en esencia de los del abogado y del médico, aunque la índole de la profesión le es mucho más favorable, pues en las profesiones liberales la *mercancía* es producto de la mente y del carácter individual, mientras que en el comercio, la *mercancía* es material y no proviene directamente del individuo, cuyo carácter contribuye a avalorarla. Al abrir la

tienda o almacén, lo primero que necesita el comerciante es *acreditarse*, adquirir fama y con ella la clientela suficiente para sostener el negocio. Pero no le bastará que sus artículos porfien ventajosamente en calidad y precio con los de sus competidores, sinó que habrá de recurrir al poder de la amabilidad para que cada comprador se convierta en parroquiano y cada parroquiano en un amigo de la casa que se haga lenguas de lo bien que en ella le sirven. La máxima comercial de que "el mejor anuncio es el cliente satisfecho" demuestra cuanto vale la amistad en el comercio.

Sin embargo, el auxilio que los amigos pueden prestarnos en nuestros materiales intereses es el aspecto inferior de la amistad, pues si tan sólo escogiéramos por amigos o pretendiéramos la amistad de quienes están en situación de dispensar favores, fuera lo mismo que confesarnos indignos de la amistad de un alma noble y por lo tanto incapaces de ganar amigos merecedores de este nombre.

Los amigos deben de estimarse en relación con su influencia en el carácter. No afirmaremos en absoluto que las amistades determinen el destino de una persona, pero es evidente que constituyen una de sus varias fuerzas componentes, y como tal cooperan a nuestra próspera o adversa fortuna.

La experiencia de la vida nos ofrece numerosos

ejemplos de esta verdad. Si no hubiese sido amigo de José Bonaparte el corso Cervoni, a quien los comisarios de la Convención dieron el encargo de buscar en Marsella un oficial de artillería capaz de tomar el mando del arma en el sitio de Tolón, cuando hirieron al comandante Doumartin, seguramente que no se le deparara a Napoleón tan favorable coyuntura para demostrar sus prodigiosos talentos militares.

La filosofía popular ya expuso hace siglos en su conocido adagio: "dime con quién andas te diré quién eres", las mismas verdades declaradas en nuestro tiempo por pensadores como Carlos Kinsley, cuyo es el siguiente pasaje:

Los hombres son falsos si conviven con embusteros; cínicos, si con burlones; ruines, si con avaros; afectados, si con vanidosos.

Para los psicólogos es una vulgaridad, y para muchísimas gentes del vulgo una novedad si fijan en ella la atención, que nuestro carácter está matizado por el de nuestros amigos. Les tomamos prestado su color, blanco, negro o gris. Absorbemos sus cualidades sean nobles o viles.

Cuanto estén versados en filosofía moral podrán decir con verdad que todo esto son cosas de clavo pasado sin pizca de originalidad, pues viene a ser una amplificación de aquella máxima cien

veces coreada en la escuela de que la manzana podrida corrompe a sus compañeras; pero lo raro es que a pesar de su vetustez no haya arraigado todavía el espíritu de esta máxima en las costumbres sociales y sean tantos los jóvenes que sin más fianza que una simpatía superficial contraen amistades cuyo funesto resultado deploran cuando ya es tarde para prevenirlo y mucho más para evitarlo. En cambio la íntima y verdadera amistad es un valiosísimo elemento de la vida optimista.

Pero hay otros amigos a quienes no conocemos personalmente o tan sólo por su retrato y sin embargo podemos establecer con ellos una purísima amistad mental de incalculable provecho para el perfeccionamiento de nuestro carácter. Son los escritores de toda época. También conviene elegirlos con discernimiento, pues los hay que a pesar de su bonísima intención nos apartarían del camino de la verdad o nos conducirían a ella por interminables rodeos y fatigosos andurriales, llenos de baches y hondonadas. Hemos de elegir los que libres de embarazosa impedimenta y de inútiles sobrecargas, nos guíen por el recto aunque angosto atajo que termina en la amenísima planicie de la verdad, la belleza y el bien.

Decía Beecher que después de leer alguna obra de Ruskin se sentía moralmente mucho mejor que antes. Y en verdad que nadie sigue siendo el

mismo después de recibir el amistoso toque de una mente elevada que le dé un vislumbre de su verdadero ser. Por el sencillo medio de la lectura podemos ganar amigos de esta índole.

Hay almas tan nobles, que actúan como confortativo tónico, como una vigorizadora y refrigerante brisa. Renuevan todo nuestro ser. Bajo la inspiración de su presencia decimos y hacemos lo que nos fuera imposible decir y hacer en diferentes circunstancias. Unos estimulan la mente, avivan las facultades, aguzan el entendimiento, alumbran las fuentes de la palabra y del sentimiento, despiertan la íntima poesía del alma, mientras que otros apagan el entusiasmo, cierran las compuertas de la expansión y emanan de sí una atmósfera que enfría el ánimo y paraliza el pensamiento y la expresión.

Dice Emerson sobre el particular:

Subyace en el fondo de nuestro ser mucha más amabilidad de la que nos figuramos. A pesar del egoísmo que como cierzo hiela el mundo, la gran familia humana está bañada en un elemento de amor semejante a sutilísimo éter. En el trato social encontramos a muchas personas a quienes apenas les dirigimos la palabra, y sin embargo nos son simpáticas. En silencio nos gozamos de su vecindad. El corazón comprende el lenguaje de aquellas erráticas miradas. Callad y oiréis el suave murmullo de los dioses. Esperad y hablará vuestro corazón. La única recompensa de la virtud es la virtud. El único medio

de tener amigos es ser verdadero amigo. No os aproximareis a un hombre visitándole en su casa. Sin el imán de la mutua simpatía su alma huirá de vosotros por muy cerca que estén los cuerpos, y nunca recibiréis una verdadera mirada de sus ojos. Ni las presentaciones ni los convencionalismos ni las costumbres o hábitos de sociedad bastarán para establecer las relaciones de amistad a que aspiramos con quienes valen más que nosotros. Nos será preciso ante todo elevarnos hasta su nivel y entonces los encontraremos con tanta naturalidad como las aguas confluente. En último término, la amistad verdadera no es más que el reflejo del mérito ajeno en el propio.

Necesitamos que alguien nos estimule a hacer lo que podemos hacer. Este es el servicio del amigo. Con él nos engrandecemos fácilmente. Hay en el amigo una sublime atracción hacia cualquiera virtud que en nosotros exista. ¡Cuán de par en par abre las puertas de la vida! ¡Cuán prontamente nos comprendemos! ¡Cuán pocas palabras necesitamos! Un verdadero amigo es la única compañía real. El verdadero amigo duplica mis posibilidades, añade su fuerza a mi fuerza y me presta casi irresistible energía.

El ejemplo o el estímulo de un amigo ha determinado el punto de conversión de muchas conductas. Hubo y sigue habiendo jóvenes de embotada apariencia, salvados del fracaso y del infortunio por discretos maestros o amigos que descubrieron en ellos cualidades que otros no acertaron a ver y de las que ellos mismos estaban inconscientes. Quienes nos aprecian y ayudan a tener confianza propia redoblan nuestra eficiencia individual.

Muchos de los que viven hoy día veneran la memoria de Felipe Brooks. Firmemente convencido de que nadie viene a este mundo para ser un trasto inútil, si exceptuamos los imbéciles e idiotas cuya existencia es todavía un arcano para los psicotécnicos de congreso internacional, tenía fe absoluta en las posibilidades humanas, y ayudó a muchos jóvenes que en apariencia no llegaban a medianaías, a que reconocieran y edujesen sus latentes energías anímicas, de suerte que lograron realizar cosas de que de otro modo se hubieran creído incapaces. En cuantos con él se relacionaban infundía el convencimiento de que era ruín y despreciable mirar hacia abajo pudiendo mirar hacia arriba, arrastrarse cuando podían remontarse y hacer lo menos cuando les era posible hacer lo más.

Bien dijo Cicerón:

Si suprimiéramos la amistad de la vida, fuera lo mismo que quitar del mundo el sol, porque ningún don tan estimable y deleitoso recibimos de los dioses inmortales.

Pero la amistad no es unilateral. Ha de ser recíproca. No es posible recibirlo todo y no dar nada, o darlo todo sin recibir nada, y gozar plenamente de la verdadera amistad. Para ganar amigos es preciso cultivar cualidades dignas de admiración. Al ruín, mezquino y egoísta nadie lo admira. Es preciso cultivar la generosidad y largueza de co-

razón. Hay que ser magnánimos y tolerantes. Es indispensable poseer cualidades positivas, porque todo el mundo desprecia al cobarde. Es preciso que creáis en vosotros mismos, porque de lo contrario no creerán los demás en vosotros. Debéis mirar adelante y hacia arriba y ser jubilosos y optimistas, porque nadie se inclinará a un melancólico pesimista.

Desde el momento en que otro conozca que os tomáis vivo interés por su bienestar sin segundas intenciones, es decir, que vuestra solicitud por él es enteramente desinteresada, lo ligaréis a vosotros en proporción a la intensidad y altruismo de vuestro interés por él. Pero si sois egoístas y sólo pensáis en vuestro personal provecho, si sólo procuráis ver de qué modo valeros de los demás como de peldaños de vuestra ambición, y medís a las gentes por la cantidad de negocios que puedan proporcionaros, entonces ellos os medirán con el mismo metro.

Si tenéis amigos no rehuyáis expresarles vuestra amistad. A una señora le preguntaron que cómo se las arreglaba para avenirse con gentes de vicioso temperamento, y respondió:

—Es muy sencillo. Hago cuanto puedo para sacar partido de sus buenas cualidades y prescindo de las malas. No hay mejor regla para ganar y conservar amigos.

El joven debiera entrar en los caminos de la vida con la determinación de nunca sacrificar a bajos egoísmos sus bien elegidas amistades, so pena de sacrificar también una parte de su virilidad y otra de su éxito.

La historia abunda en ejemplos de la influencia de la amistad en el carácter y en las obras. El alma de Jonatás, hijo de Saúl, quedó ligada con la de David, y amólo Jonatás como a su alma, y le libró repetidas veces de la muerte con que le acechaba Saúl su padre. Y le fué a David la amistad de Jonatás más dulce que el amor de las mujeres.

Cuando la señora Stael estaba en su lecho de muerte escribió a su amiga la señora Recamier una esquelita con estas palabras: "Todo lo que de mí queda, te abraza."

A pesar de sus relevantes prendas personales, no hubiera logrado Teodoro Roosevelt la presidencia de la república estadounidense sin la leal adhesión de sus numerosos amigos, especialmente de los que por su servicial amabilidad se allegó cuando estudiaba en Harvard. Centenares de sus condiscípulos defendieron entusiastamente su candidatura para el cargo de Gobernador del Estado de Nueva York y después para el de Presidente de la república.

El amigo leal no conoce la lisonja, sino que por el contrario es lo bastante franco para corregir fraternalmente nuestras faltas. La mayoría de las

flaquezas y defectos que postergan a las gentes y las estorban en el camino de la prosperidad podrían remediarse por un discreto y leal amigo; pero la generalidad se figuran que ésta es delicada e ingrata tarea, y así dejan que sus amigos cometan todo linaje de equivocaciones en su conducta.

La justicia y la verdad son absolutamente necesarias entre amigos leales, y quien sinceramente siente la influencia de la amistad, estima en lo que valen las advertencias y consejos aunque mortifiquen su amor propio. La amistad íntima revela los más profundos secretos del corazón, y deleitable cosa es tener un amigo que nada nos encubre, que es como un libro abierto en cuyas páginas puede leer todo aquel que lo ama y lo comprende. Muy hermoso es vivir con tan limpia, sencilla y transparente conducta que no necesitemos tapar nuestras huellas ni avergonzarnos de nuestras acciones.

El pensamiento humano es como un cincel que modela y modifica las humanas estatuas. Somos el complejísimo producto de todos los seres con quienes nos relacionamos. Nunca somos los mismos después de haber estado en trato con otro. Cada persona con quien nos ponemos en contacto deja en nuestro carácter una impresión más o menos intensa y duradera del suyo. Si mejoramos nuestras amistades y relaciones, mejoraremos paralelamente nuestro carácter.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

VI. INMORTALIDAD.



¿quién donde nadie nos oye he de confesarte mi flaco.

—Mucho agradezco la confianza, pero no esperes que te absuelva, porque flaca de condición es la naturaleza humana y en más o en menos todos tenemos nuestro flaco, aunque solamos alardear de espíritus fuertes. Con que desembucha sin temor, que ya me impaciento por oírte.

—Pues sí, señor. Mi flaco es... pero no le vayas a nadie con el cuento.

—Como si se lo dijeras a una esfinge.

—El hambre de nombradía, el anhelo de fama, la sed de gloria, el ansia de inmortalidad.

—¡Zapacuernos y con lo que descuelga ahora el amigo! ¿Acaso eres materialista y no crees en la inmortalidad del alma? Pues basta con que creas para colmar tus anhelos y calmar tus ansias.

—Detente y perdona. No me refiero a la innegable inmortalidad de nuestro ser, sino a la de la memoria que dejamos entre los hombres, a la estela que perpetuamente señala nuestro paso por la tierra.

—Pues, hijo mío, desde ese punto de vista, nadie es inmortal.

—¡Cómo! ¿Y los académicos de la Francesa?

—Ni de la francesa ni de la andorrana. Repito que desde ese punto de vista nadie es inmortal. La estela que trazamos en la tierra es tan fugaz como la de las canoas en el mar. Acuérdate de quien dijo: "Yo miré todas las obras que se hacen debajo del sol, y he aquí todo ello es vanidad y aflicción de espíritu y no hay provecho debajo del sol. Porque ni del sabio ni del necio habrá memoria para siempre, pues en los días venideros ya todo será olvidado y también morirá el sabio como el necio. Aborrecí por tanto la vida porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa, por cuanto todo es vanidad y aflicción de espíritu." ¿Qué te parece?

—¡Valiente pesimista estaría quien tal dijo!

—Pues nada menos que fué el rey sabio.

—Cobra buena fama y échate a dormir. A ese mi señor don Salomón, el hijo de Bethsabé, le hace falta un iconoclasta que lo derribe del pedestal. Podrán ser sus proverbios y sus predicaciones un tesoro de sabiduría, no lo niego, pero era de aquellos para quienes no es lo mismo predicar que dar trigo. No está mal eso de aborrecer la vida y henchir de pesimismo el ánimo de los jóvenes en cuyas manos caen esos versículos que has citado y otros que no les deben de andar en zaga, después de haberse regodeado nada menos que con setecientas

esposas y trescientas concubinas. ¡Ni el sultán de Zanzibar! La verdad es que sólo se ve en las palabras, pero no en las obras, la sabiduría de un hombre que primero edifica el famoso templo al verdadero Dios y luego levanta altares nada menos que al horrible Moloch.

—De todos modos, haz lo que te digo y no mires lo que hago.

—¡Bonita moral!

—Es la más corriente.

—Pero no la mejor. Allá se quede Salomón con su pesimismo de diablo que harto de carne se mete a fraile, y dime: si la inmortalidad es una ilusión, ¿a qué llamar inmortales a los sabios, héroes y genios cuya fama perdura de generación en generación? Si todo cuanto debajo del sol se hace es vanidad y aflicción de espíritu, ¿a qué vienen ni a qué van las exhortaciones a la vida optimista? ¿De qué sirve el sacrificio de los valientes en el altar de la patria, de qué la abnegación de las enfermeras junto al lecho del moribundo, de qué la virtud de los santos, las fatigas de los científicos y el esfuerzo de los obreros de la civilización humana? Si todo es vanidad y al fin y al cabo nada ha de valer ni un ardite, lo más acertado sería levantarnos la tapa de los sesos y decir ahí queda eso a este vanidoso mundo.

—No disparates. Me hablaste hace un momento

de la memoria que dejamos entre los hombres y a mucho tirar podríamos convenir en que los sabios, héroes y genios son relativamente inmortales si cupiera relación en la inmortalidad. Pero advierte que no hay dolor que el tiempo no consuma ni memoria que el tiempo no acabe; y si según afirman muy gravemente sapientísimos doctores no ha de quedar al fin de los siglos ni grano sobre grano de nuestra tierra, por fuerza habrá también de extinguirse la memoria de cuantos en ella vivieron por mucho que fatigaran a la fama. Así no vale la pena de atormentarnos por una inmortalidad de temporada como quien dice.

—Si todos hilásemos tan delgado en la rueca de la vida, no sería posible el perfeccionamiento de la especie humana; porque, desengáñate, los hombres verdaderamente egregios, entendiendo por tales los que están fuera de la grey del vulgo, estudian, trabajan y ofrecen al mundo los frutos de su ingenio con la nobilísima esperanza de que su nombre llegue a ser en lo venidero cual lámpara suspendida del cielo para iluminar en la tierra los pasos de la humanidad que, agradeciendo el beneficio, esculpa su efigie en mármoles o la funda en bronce sobre esos monumentos en que a manera de profanos altares adora cívicamente la posteridad a los mártires y confesores de la ciencia y el arte.

—Esa posteridad se reduce a unos cuantos que hojean las enciclopedias y organizan festejos de centenario. Pero si preguntaras a cuantos pasan a tu lado por la calle quién fué Velázquez, quién Calderón, Newton o Cervantes, quién inventó la locomotora, el telégrafo, el aeroplano, el tranvía eléctrico, muchísimos se te quedarían mirando con la boca abierta y tan indiferente aire como cuando pasan junto a uno de esos monumentos de que hablas, sin dirigirles ni una mirada de curiosidad, lo mismo que si allí no se levantaran. Si un monumento sólo ha de servir para tomar el sol en sus gradas, no vale la pena de que se lo erijan al pobre muerto.

—Olvidas que los pueblos se honran al honrar a sus grandes hombres.

—Según y cómo. También en eso de las honras póstumas entra por mucho el favoritismo. Para cobrar fama, que es el portal de esa inmortalidad perecedera a que aspiras, es preciso haber hecho algo y mucho que no choque con los prejuicios dominantes, adaptarse al medio ambiente, al aire del siglo, al gusto de la época, y empeñarse contra ello es como volar en el agua o nadar en el viento.

—De momento me contentaría con que la prensa me llamara distinguido, que es lo mismo que llamar simpática a una fea, y poco habría de bullir para ascender sucesivamente a notable, ilustre, in-

signe, preclaro, egregio, eximio y eminente, que son los convencionales peldaños de la escala de la inmortalidad.

—Sospecho que afán de nombradía y no anhelo de inmortalidad es el mal que te aqueja. Ya acabarás por convencerte de que todo es vanidad y aflicción de espíritu. Porque, vamos a ver, ¿qué hiciste hasta ahora y qué piensas hacer en adelante para encaramarte a las alturas del vértigo? ¿en dónde están las asperezas por que debieras caminar al alto asiento de la inmortalidad?

—Confieso que nada hice hasta ahora que merezca ni siquiera una gacetilla de esas en que el propio interesado se da golpes de pecho con el incensario; pero llevo escritos dos tomos de versos que me ha prometido publicar un editor en cuanto le falte original, y tres dramas en prosa rimada que por fuerza me ha de aceptar el empresario apenas lea los títulos. Mi ideal es el teatro, y cuanto más romántico mejor. En un principio creí que el periodismo podría servirme de escabel, pero me he convencido de que ni para cascabel sirve, cuanto menos para trompeta de la propia fama, pues todo el resuello se gasta en soplar para las ajenas. Así estoy resuelto a sentar plaza de dramaturgo, porque en la escena es más fácil que las manos del público abran las puertas de la inmortalidad.

—Sin embargo, tal vez la obra no guste, y en-

tonces, en vez de elevarte los aplausos te hundirán los silbidos.

—¡Cá, hombre, cá! Al contrario; porque basta con que un crítico de la banda salga al otro día diciendo que el drama es cosa nunca oída desde los tiempos de Eurípides, para que el autor entre en la categoría de genios incomprensidos y el público silbante quede a los pies de las butacas. Créeme, que para todo hay salida y mucho más expedita todavía en el teatro.

—¿Y por qué no te metes en política? Tal como están las cosas es el realizado ideal de la vida optimista. No hay más que oír las promesas de los candidatos y las declaraciones de los ministros. Todo lo ven de color de nácar y rosa. Problema planteado, problema resuelto en un dos por tres con la lengua. Los programas lanzados a los cuatro vientos desde la oposición cautivan los corazones y captan las voluntades con sus admirables normas de gobierno; pero en cuanto después de la jura se reúnen los ministros en consejo para cambiar impresiones, se cuelgan con la mayor frescura los collares que allí dejaron sus antecesores. Es la política un campo cuya feracidad acrecientan los esquilmos, y por poco suelta que tuvieras la lengua, muy luego habrías de verte en las de las gentes. No hay camino más desahogado para llegar a la inmortalidad histórica.

—Tentaciones me dieron tiempo atrás, pero me contuvo el temor de que si al político le divinizan por cara los amigos, por cruz le despellejan los enemigos.

—En cambio, si tiras por los vericuetos de las letras y las artes, te emplumarán amigos y enemigos. Haz caso de quien bien te quiere. Métete de cabeza en la política, suelta el chorro de la oratoria tribunicia y embúchate en candidatura para concejal tan luego como se te depare ocasión, pues el acta te pondrá en el número de los personajes gacetilleables y en estado de cubrirte muy bien el riñón con todas las apariencias de honrada legalidad, para al cabo de algunos años pescar el acta de diputado. No pares entonces ni un momento; muévete de aquí para allá como ardilla enjaulada, y el orbe entero sabrá cuanto hagas desde que te levantes hasta que te acuestes y aun mientras duermas. ¿Quién te asegura que no llegues a ministro cuando otros mucho más torpes que tú lo han sido? Y si te catas ministro ya no tiene la historia más remedio que envolverte en el manto de sus hojas como sazonado fruto de la época. En cambio, en el teatro no pasarías de ser un nombre más en la marchita antología de estrenadores temporeros.

—No me convences. La política es como el diablo, que mal paga a quien bien le sirve.

—Pues dedícate a la ciencia. Hazte sabio y poco has de valer si antes del año no descubres la cuarta dimensión o el noveno planeta del sistema solar.

—Peor que peor. Aquí nadie hace caso de los sabios, y más gloria y provecho da una novela dialogada con muchos vivires de la vida entre payasos y colombinas, que cien eruditas disertaciones sobre el fundamento cinemático del vuelo de los mosquitos. No es alabanza, pero grima me da ver que otros que no sirven ni para limpiarme el tintero, se han colado de rondón en el gremio de inmortales indígenas.

—Te desazonas por muy poca cosa. Deja que los vivos se solacen con los vivos y que los muertos entierren a sus muertos, pues así como no hay santo en los altares hasta dos o tres siglos después de oler a santidad, tampoco hay fama perdurable hasta que la revisión de valores elimina el apasionamiento de los coetáneos.

—¡Valiente noticia! Eso es de clavo pasado y estamos ahitos de saberlo. Te vas por las montañas Rocosas, que es como si dijéramos por los cerros de Úbeda. Yo quiero ser célebre en mis días y no en los de mis tataranietos, si a tanto llegara mi descendencia.

—Pues mira, la gloria y la fortuna y la fama, según las entiende el mundo, son un terceto de casquivanas, antojadizas y ventoleras que suelen ena-

morarse de los vocingleros y desdeñar al silete. Son la gloria, la fortuna y la fama que por mundanas han de acabar cuando el mundo. Si quieres alcanzar la verdadera inmortalidad, la que transmuta lo corruptible en incorruptible y lo terreno en celestial, busca primero la justicia en la nitidez de intenciones, en el amor al bien por el bien, en el trabajo sin salario, en la renuncia al fruto de la acción. Entonces escucharás el aplauso de tu conciencia y sonarán a hueco los aplausos del público y a croar de ranas los vítores de la muchedumbre.

VII. MINUCIAS.

VII. MINUCIAS.



UCHOS son los que inconscientes del práctico optimismo de la vida malgastan gran parte de sus energías en frivolidades y minucias. Hay quienes se pasan las horas muertas en la taberna, el café o el casino (que a pesar de la diversidad de nombres son esencialmente lo mismo) baraja, ficha o taco en mano, sin advertir que pierden lastimosamente el tiempo y las energías, que bien empleadas no sólo les allegarían provecho material, sino que les proporcionarían más intensos goces de los que encuentran en aquellas frívolas ocupaciones.

Otros hay, generalmente las amas de casa, que se descomponen a la vista de una copa sucia, de un plato desportillado o porque la cocinera echó a perder descuidadamente un guiso. Llevan su minuciosidad al extremo de no encontrar nada bien hecho y criticarlo todo, de suerte que provocan tempestades en vasos de agua y convierten las gotas en mares y las chinitas en rocas.

Para realizar el optimismo de la vida es necesario mantener la mente en disposición de ver las cosas por el lado en que no puedan conturbarnos. No os irritéis porque a la cocinera le haya salido mal vuestro plato favorito ni abochornéis delante

de los convidados a la criada que sirva a la mesa, riñéndola por una leve falta. No son cosas estas que valgan la pena de un enfado en la vida cotidiana. Son como la herrumbre del casco y la carga inútil de que conviene deshacerse para la seguridad del barco. Hemos de aprender a disimular o por lo menos a sufrir pacientemente las menudas contrariedades de la vida, sobre todo cuando lo sucedido ya no tiene remedio, aunque deber nuestro es tomar las medidas y precauciones convenientes para que no vuelva a repetirse la contrariedad.

Es una desgraciada flaqueza la que muchos tienen de exagerar las futesas, de disputar e insistir erre que erre en la disputa sobre nonadas, hasta que abultadas por el amor propio, la vanidad o el orgullo perturban la paz del hogar. Las gentes que dan importancia a las minucias son como la grava que yendo por la calle se mete en el calzado. No podemos detenernos a quitarnos las botas para echarla fuera, y sin embargo al andar nos ocasionan enojosa molestia.

Lo mismo sucede en las relaciones entre jefes y subordinados. Si en el texto de una carta, en el asiento de una cuenta, en la dirección de un sobre, en el rotulado de un paquete, descuida el dependiente algún pormenor inesencial para el caso, le mueve el jefe una escandalera con palabras de

mortificante intención que no pueden menos de levantar en el ánimo del tan ásperamente reprendido, rencorosos sentimientos que a veces duran días y siempre dejan un remanente favorable a la renovación de análogas emociones.

Ni aun en los extremos casos de pertinaz reincidencia en una falta varias veces reprendida, vale la pena de sulfurarnos contra el culpable. Acaso nuestras reprensiones no fueron en forma y fondo lo bastante eficaces para despertar en el subordinado la conciencia de su responsabilidad, porque así como en medicina no conviene el mismo tratamiento a todos los pacientes de una misma enfermedad, así las reprensiones se han de ajustar en el orden moral al temperamento de quien las necesita, aun siendo en todos ellos una misma la falta reprehensible.

Pero nunca hemos de perder el equilibrio del ánimo al tropezar con las menudencias de la vida, porque no tenemos las energías para malgastarlas, sino para invertirlas en cosas que valgan la pena, si queremos obtener el máximo rendimiento de nuestra vida. Muchas gentes son como agujereada caldera que deja escapar gran parte del vapor que debiera actuar sobre el pistón y mover el volante. Desperdician su energía en minucias que a nadie ayudan y a todos estorban.

Hay mujeres que con descuido de las obligacio-

nes domésticas pasan la mañana entera yendo de tienda en tienda en busca de un adorno para el traje, que por lo frívolo no merece la pérdida de tanto tiempo y esfuerzo que empleados en obras de mayor eficacia les allegarían incalculables beneficios de orden moral.

No por esto hemos de condenar el buen gusto en la hechura y adorno de los trajes, en la disposición de los muebles, en el alhajamiento de la casa, ni tampoco la disciplina interna a que ha de sujetarse el gobierno doméstico, porque todas estas cosas, como hijas de la armonía y el orden, son esenciales para la vida optimista. Lo nocivo es perder horas enteras en cambiar cien veces el adorno de un sombrero sin pensar ni una sola vez en cambiar por buenas las malas cualidades del carácter, y en promover un escándalo doméstico por el color de las cintas de un vestido.

Lo peor de todo es que el pernicioso hábito de incomodarse por fruslerías acaba por predisponer el ánimo a la ira, determinando un temperamento irascible que a la menor contrariedad estalla como un trabuco. Este es uno de los más graves obstáculos con que un joven puede tropezar en el camino del éxito. Su propensión a la ira le malquistará con quienes pudieran favorecerle, quedando indefinidamente postergado, por incapaz de que se le confíen cargos de responsabilidad y mando cuyo

desempeño requiere absoluto dominio de sí mismo e inquebrantable entereza de carácter.

Quien de otro depende y a sus órdenes trabaja ha de tener en cuenta que esencialmente le liga a su superior una disciplina análoga a la militar, con la diferencia de que en la milicia las insubordinaciones se pagan con la libertad o con la vida, y en el orden civil con el despido que a veces equivale a la miseria.

Casos hubo, y no pocos por cierto, en que después de muchos años de servicio en un establecimiento, perdió un sujeto el bien remunerado empleo que desempeñaba, quedándose en medio de la calle sin poder dar encaje a sus huesos en el resto de su vida, tan sólo por no haber sabido dominarse ante una brusca reprensión de sus jefes.

Cuando vemos la desembocadura de un caudaloso río no pensamos en la humilde fuente donde nace. En los fragores de la tempestad nadie se acuerda de la tenue nubecilla que pocas horas antes la presagiaba. Así en las borrascas e inundaciones de la vida no tenemos en cuenta la minucia, la futesa, la fruslería, la nonada que las engendró.

Si el secreto del éxito está en adaptarse a las circunstancias superiores a nuestra voluntad, el secreto del fracaso consiste en dar coces contra el aguijón, en creer que dando el cántaro contra la piedra ha de quebrarse la piedra y no el cántaro,

en no tener exacto concepto de la dignidad y confundirla con el orgullo.

El talento, la habilidad, la perseverancia, la exactitud y la honradez son cualidades indispensables para gozar optimistamente de la vida; pero de nada sirven cuando las empaña y desluce la irascibilidad. Es lo mismo que un manchón de alquitrán en medio de una soberbia piel de armiño, como una roedura de polilla en el centro de un magnífico tapiz. Es la irascibilidad impedimento tan grave como la embriaguez habitual, porque entre el beodo y el colérico no hay diferencia en el resultado.

Así como el beodo deplora su vicio al recobrar la serenidad, así el irascible lamenta sus arrebatos cuando se le sosiega el ánimo. Pero muchas veces llega tarde el lamento y le acompaña la mortificación de verse por una minucia, en mal hora exagerada, ocupando un cargo subalterno a pesar de su natural aptitud para desempeñar los de responsabilidad y confianza. Conoce que debiera estar a la cabeza y no a la cola de su profesión; que debiera ser director en vez de verse dirigido por quienes no tienen ni la mitad de su competencia. Le acibara la vida el haber de recibir órdenes de los superiores en cargo, pero inferiores en talento. Su irascibilidad le aprisiona como un grillete.

¿Cabe mayor locura que un joven invierta años en su educación profesional y cuando ya ha lo-

grado adelantar algún tanto en ella lo eche todo a rodar en un momentáneo arrebató de ira? ¿Qué diríamos de un artista que después de emplear meses enteros en esculpir una estatua la desmenuzase a martillazos en un instante y se pusiera a esculpir otra para luego hacer lo mismo con ella? Diríamos que lo encerraran en un manicomio. Pues tan loco como él es el irascible que en un momento de obcecación y arrebató destruye la obra de muchos años.

Quienes por cualquier fruslería se electrizan y estallan a la más mínima reprensión y que todo lo toman como afrentas a su dignidad, nunca están seguros de sí mismos ni seguros en sus cargos. En sus jefes, dependientes, compañeros o socios, según el caso, hacen el mismo efecto que si anduvieran sobre una tenue capa de hielo con riesgo de hundirse a cada minuto. Hay que tratarlos con tantas precauciones como se manejan los explosivos, y mirarse mucho en lo que se les dice, no sea que lo vayan a tomar por ofensa personal. Pero así como sólo por absoluta necesidad nos echaríamos a dormir junto a materias inflamables o explosivas, así también todo el mundo rehuye en cuanto cabe el trato con los quisquillosos e irascibles, porque la puntillosidad es realmente el reconocimiento de la propia insuficiencia y está fundada en la vanidad y egoísmo.

Este malsano puntillo es todavía más intenso en

las jóvenes que criadas entre mimos y condescendencias se ven precisadas por quebrantos de fortuna a ganarse la vida con su trabajo. Acostumbradas desde pequeñas a ver satisfechos todos sus caprichos y a tratar despóticamente a los criados, se creen humilladas en su subalterna situación. Les parece que todo el mundo se les ha de acercar sombrero en mano y toman por insulto cualquier minucia de palabra. Siempre tienen llagados sus puntos sensibles, que sangran al menor toque con intención o sin ella.

Pero ¿hay mayor humillación que la de sentirse esclavo de sí mismo y propenso, por bueno que sea el propósito, a deshacer en un instante todo cuanto uno ha hecho con fatigoso esfuerzo? Debemos no sólo pensar, sino también conocer positivamente que podemos dominarnos en toda circunstancia, y mientras no lo consigamos no esperemos llegar muy lejos.

A primera vista parece formidable tarea, casi imposible, vencer un temperamento iracundo; pero si bien lo analizamos veremos que como el recio cable por tenues hilos, y la montaña por delezna- bles granos, está constituido por minucias que una tras otra nos es dable eliminar de nuestro carácter.

Todos hemos de anhelar ser una fuerza benéfica para el mundo, hacer algo que supere a lo vulgar, alzarse por encima de la medianía; pero

nadie lo logrará mientras ante todo, sobre todo y contra todo no sea *dueño de sí mismo*. No podrá sobreponerse a las circunstancias ni a los hombres quien no se sobreponga a sí mismo. El hombre que sabe esperar por mucho que le cueste, que se mantiene en calma por dura que sea la provocación, que conserva su equilibrio en cualesquiera circunstancias, que aparece sereno cuando en su turno ruge la tempestad de las pasiones y que nunca se desquicia de su centro, ese hombre inspira confianza, infunde respeto y es dueño de hombres y negocios porque es dueño de sí mismo.

VIII. LA ESTRUCTURA DE LA VIDA.



PENAS brillaron las primeras luces de año nuevo, se acomodó el valetudinario en su poltrona junto a los cristales del espacioso mirador que al jardín caía.

La vista del cielo teñido de rosa y los incipientes rumores del despertar callejero sosegábanle el ánimo y resarcían al achacoso cuerpo de las angustias del insomnio. Mirando estaba el viejo con atención de niño los caprichosos celajes que sobre el cristal parecían dibujarse, cuando sintió en su frente, como beso de ángel, el tibio cosquilleo de un rayo de sol.

Agitóse el pecho del anciano en hondo suspiro envuelto en un quejumbroso ¡ay! semejante al crujido de una vida que de repente se quiebra. El trozo de cielo que a través de la vidriera mostraba la suavidad de su azulado tinte, trocóse entonces para el enfermo en cinematográfico lienzo donde en sucesión cronológica fueron representándose plásticamente todos los sucesos de su larga vida. Vió la lóbrega trastienda en que rápidos volaron los años de su infancia; la escuela donde entre risas y llantos aprendió las primeras letras; después las aulas del colegio con sus graderías de madera y sus abarandilladas tarimas a las que cuando el profesor

le preguntaba subía como al cadalso sube el reo; luego, la universidad con sus algaradas periódicas en que todo era jolgorio, y sus exámenes de fin de curso, en que todo era desasosiego y angustia; y por fin, el ambicionado título y los imperiosos devaneos de la segunda juventud, truncados por la repentina muerte de su padre que le hizo dueño de una fortuna labrada por el infatigable trabajo de medio siglo. Desde aquel punto culminante, representábasele su vida en línea recta, como senda trazada en un desierto por el paso de las caravanas.

La conciencia del valetudinario, aletargada por el monótono arrullo de la cotidiana rutina, despertose en aquel momento con el sobresalto de quien presiente un cercano peligro. Y el pobre viejo, como si a sí mismo se escuchara en espontáneo soliloquio, oyó en el interior de su ser una voz que calladamente le decía:

—¿Por qué repugnaste el trabajo y rehuiste pusilánime las batallas de la vida? Quien no lucha no vence, y quien no vence no saborea la gloria del vencimiento. Como maná bajado del cielo, cayó en tus manos la fortuna de tu padre, y en vez de emplearla en beneficio de la patria, de tus semejantes y de ti mismo, la pusiste a rédito para que otros trabajasen por ti.

¿Qué descuidada vida llevaste! Tu única labor fué cobrar trimestralmente los cupones, mante-

niéndote con ellos ocioso y libre de preocupaciones. Jamás oíste las quejas del menesteroso ni escuchaste las honradas lamentaciones del obrero en forzosa huelga. La caridad consistió para ti en corridas de beneficencia, tómbolas, bailes y teatros donde el placer colectivo alivia indiferente el dolor anónimo. Mantuviste inactivas las potencias de tu alma y ni un solo día abandonaste las comodidades del hogar para asistir al indigente en su tugurio y luchar con tu dinero contra la ignorancia y la miseria. ¿Qué triunfos conseguiste? ¿Qué victorias alcanzaste? ¿Qué premio mereces? ¿Qué galardón esperas?

Colgaste de la pared de tu cuarto el título obtenido a fuerza de empujones, dejándolo allí como marbete altisonante que encubría la oquedad de las metafísicas aprendidas de memoria en las aulas que no te dieron, porque no te lo podían dar, el verdadero concepto de la vida. Gran desdicha fué para ti no seguir los rumbos que te señalaban tus naturales aptitudes cooperando desde el despacho del heredado almacén al progreso comercial de tu país.

Pasaste la juventud alisando bancos de aula y tragando libros de texto, cuando debiste deslucir anaqueles y hojear cuentas corrientes. Por quebrantamiento de la ley de que cada cosa atrae a su semejante, te viste, al morir tu padre, incapaz

de continuar las tradiciones de familia e inútil para ejercer la profesión que te hizo abrazar sin cariño la vanidad paterna.

Rico, joven, libre, henchido de ilusiones y sin experiencia del mundo, te alistaste en las filas de la holgazanería andante y fuiste espectador indiferente de las humanas luchas y pasaste las mañanas en la cama, las tardes en el casino y las noches en el teatro, sin otra lectura que la de las cotizaciones de Bolsa.

Por conservar tu independencia, no dejaste que un amor honesto prendiera en tu alma y has llegado a la vejez en poder de mercenarios que anhelan tu muerte para satisfacer su codicia. Verdad es que no turbaron tu sueño los llantos del hijo ni se clavaron en tu corazón como puntas de puñales las tristes miradas de dos ojos moribundos; pero tampoco gozaste la inefable dicha de las risas y abrazos filiales.

¿Y crees que el arrepentimiento póstumo pueda redimir la inutilidad de tu vida? No lo esperes. La muerte no muda por arte mágica las condiciones del carácter. Es preciso que en larga peregrinación por nuevos caminos emprendas la obra no comenzada todavía de tu educación moral para que el amor y el trabajo te purifiquen y rediman. No digas que es tarde. El alma no muere. Muchos años como el que hoy empieza malgastaste en la inac-

tividad de tu ociosa vida; pero el tiempo no tiene fin y siempre es hora de recuperarlo.

Anímate, esfuérzate, sacude la pereza que paraliza las energías de tu espíritu y no te acobarde la expectativa del dolor, porque manantial es de gozo perpetuo para quien con fortaleza sabe sufrirlo.

El valetudinario sintió que las últimas voces del callado soliloquio se aferraban a su corazón como tenazas candentes, y antes de que pudiese escapar del pecho el suspiro en él aprisionado, dióle un vuelco la vital entraña.

Libre ya el espíritu de sus carnales ataduras, contemplóse a sí mismo en el empañado cristal de la conciencia.

El ejemplo de este egoísta epulón nos demuestra que hay algo mejor que henchir de monedas las arcas y es llenar de belleza y amor nuestra vida.

¿De qué sirven los afanes si no cultivamos los tiernos, hermosos y afectivos elementos de la estructura de la vida? ¿No hay algo mejor que las sórdidas contiendas por el medro personal? ¿Es el egoísmo el único fundamento de la existencia? ¿No hay nada más delicado, apetecible y bello por lo cual esforzarnos?

Al recorrer barrio tras barrio una ciudad populosa, nos asalta el pensamiento de que todo el mundo va en busca de la ganancia material y que apenas hay sitio para la belleza y el arte.

Esta vulgaridad se nota mayormente en las populosas ciudades norteamericanas cuyos edificios de variadas alturas y dimensiones sin pizca de simetría ni de sentido estético le sugieren al observador la idea de que todo parece tributar culto a la diosa utilidad. El interior de la mayor parte de las casas norteamericanas de vecindad es en extremo horrible, pues en vez de hermanar la utilidad con la belleza, como dijo el más genuino representante del genio latino, nada hay en su ajuar gracioso, artístico, lindo, poético, sino que todo es desgarrado, vulgarote, anguloso, repulsivo, aunque eso sí, muy útil. Las casas de alquiler y las salas de reunión, que tanto abundan en las ciudades estadiunenses, están construídas como si fuesen cajas de embalaje, sin una línea elegante ni una arcada gótica. Podrá triplicar Nueva York en habitantes a Cataluña entera y tener un parque central mayor que el casco antiguo de Barcelona, y arañacielos semejantes a falansterios modernistas; pero la arquitectura urbana del ensache barcelonés supera incomparablemente desde el punto de vista artístico a toda la urbe neoyorquina, como estéticamente supera el patio andaluz y la buhardilla sevillana al desgarrado hogar norteamericano.

La nación estadiunense, que sin más ni más ha monopolizado en su exclusiva antonomasia el nombre de América, como si no fuese común a

todas las repúblicas del continente colombiano, representa hoy día sin duda alguna, en la estructura de la vida universal, el elemento materialmente positivo, la agotadora inquietud de la moderna actividad ultrafabril que devora los instantes del tiempo y los puntos del espacio. Representa el punto culminante de la mente concreta, de la facultad inventiva que acabará por vencer con sus estupendos mecanismos las rebeldías de la materia y suprimir la fatiga corporal del obrero humano.

Cierto que a los Estados Unidos debe la civilización material, el telégrafo, el fonógrafo, la luz eléctrica, el teléfono y las máquinas agrícolas e industriales que por su admirable precisión parecen seres vivos, dotados de voluntad e inteligencia; pero también es cierto que paralelamente con esa pasión vertiginosa por lo útil, por lo positivamente material, por los bienes de fortuna, va creciendo silente e inadvertida, como crecimiento de planta, la compensadora fuerza del elemento espiritual que infunde belleza, gracia y armonía en la estructura de la vida. Las semillas esparcidas a voleo por Emerson, Longfellow, Whitman, Trine, Ella Wheeler, Gibbons, Ireland, Felipe Brooks, Enrique Ward Beecher y tantos otros norteamericanos de excelsa espiritualidad, empiezan a germinar en el corazón de los multimillonarios, que después de allegar colosales fortunas removiendo

tierras, horadando montañas, explotando minas, tendiendo puentes, cargando hornos y fundiendo metales, se rinden al convencimiento de que no sólo de pan vive el hombre e invierten gran parte de sus riquezas en proporcionar a las gentes el medio material de satisfacer sus necesidades morales.

Si la marcha del mundo está guiada por las Potestades providenciales que presiden la evolución humana y si la historia nos enseña que ningún siglo fué idéntico al precedente, sino que cada cual aparece en la cadena del tiempo como un eslabón del mismo tamaño, pero de muy distinto material, cabe suponer con fundamento que no será perpetua esta nuestra *edad de la máquina*, sino que es una etapa por la cual ha de pasar forzosamente la humanidad para vencer definitivamente a la materia, y segura de su dominio proseguir la marcha ascendente hacia la realización de ideales que embellezcan la estructura de la vida.

A primera vista parece como si la hipertrofia de la mente concreta llevase aparejada la atrofia del espíritu; pero en realidad no están atrofiadas las superiores facultades de la individualidad, sino postergadas por el excesivo predominio de las inferiores facultades de la personalidad, y cuando con el tiempo hayan éstas agotado su actividad por no tener ya materia en que emplearse, dejarán

campo libre donde explayarse las hasta entonces oprimidas facultades superiores.

No ha de prevalecer siempre en la estructura de la vida el elemento groseramente material. Durante muchos siglos, hasta los albores del pasado, predominó el elemento espiritual en sus modalidades mística y ascética. La desviación del sentimiento religioso pretendía convertir a los hombres en ángeles y los convertía en bestias. A principios del siglo XIX sólo se movían las gentes por puro apremio de guerra o aventura, y el reposo de las ciudades encerradas en su concha de murallas y el recogimiento íntimo de las familias en los hogares amenazaba atrofiar cerebros, nervios y músculos. Cultivaban los labriegos el campo como en tiempos de Columela y la industria estaba estancada en los talleres gremiales como en la época de Sesostris. Los medios de locomoción eran los mismos de que veinticinco siglos antes se valían fenicios y romanos, y la hipertrofia espiritual engendró las soberbias catedrales, los estupendos lienzos, las bellísimas estatuas, los pasmosos edificios, todo el inestimable tesoro artístico de Europa, infinitamente más valioso en el orden moral que todas las riquezas materiales de ambas Américas. California y Alaska con su oro y el Potosí con su plata no lograrían ni aproximarse al intrínseco valor de *Las Meninas* de Velázquez.

Pero el error de aquellas generaciones que difundieron por las costas del mar latino la gracia y la belleza, el sentimiento y el arte, la poesía y la espiritualidad, fué olvidarse del cuerpo en su afán de salvar el alma, menospreciar las cosas materiales por transitorias, perecederas e indignas de comparación con las espirituales. Miraban continuamente al cielo y tropezaban en sus pasos por la tierra.

Era necesario equilibrar lo espiritual con lo material en la estructura de la vida, porque el hombre no es puro espíritu ni mera materia, sino la entrefusión del espíritu con la materia, del alma con el cuerpo por intermedio de la mente. Así vemos que después de la invención de la brújula y la imprenta se detiene o por lo menos se amortigua la marcha de la humanidad durante cuatro siglos, hasta que a principios del XIX la reanuda con movimiento vertiginosamente acelerado, cuyas etapas son la multitud de inventos que desde la navegación a vapor hasta la un tiempo utópica aviación, han transformado la estructura de la vida, infundiendo en el viejo mundo el anhelo de progreso material que no matará, aunque de momento lo debilite, el anhelo espiritual.

La misma experiencia, maestra infalible del hombre, acabará por generalizar entre la mayoría lo que hoy se contrae a la selecta minoría, esto es, la estimación de la positiva riqueza subyacente en

el noble carácter y exquisita conducta de quien por doquiera esparce el júbilo, la satisfacción y la alegría.

Durante la guerra de Crimea, los heridos de los hospitales tenían la seguridad de que iba a entrar en la sala la abnegada Florencia Nightingale mucho antes de que entrase, pues aunque ellos no lo supieran, recibían el invisible contacto de las amorosas vibraciones emanadas del aura de la refinadísima personalidad del ángel de Crimea.

No menos digna de los encomios de la historia es la abnegada mujer de nuestros días, que durante las múltiples guerras derivadas de la mundial y más heroicamente en esta misma, ha desplegado las alas de su delicada alma para cobijar como con benéfico paladio al moribundo en las trincheras, al herido en los hospitales y al fatigado en los campamentos. Todas se han portado y se están portando con heroísmo, si no tan ruidoso, acaso más acepto por su silente espontaneidad que el del denodado guerrero.

Fuera injusto olvidar ni a una sola de tantas y tantas Florencias Nightingales como en nuestros días renuevan la sublime abnegación del ángel de Crimea; pero valga resumir todos sus nombres en el de la duquesa de la Victoria, que bien merece el honroso título de ángel de Melilla por la admirable solicitud con que durante la actual campaña

de los españoles en Africa asiste a los heridos más como madre propia que como enfermera voluntaria. Prueba de ello es la siguiente carta de un soldado, en cuyo incorrecto estilo palpita la ruda ingenuidad de un noble corazón agradecido. Dice así literalmente en los párrafos adecuados a nuestro propósito:

Sr. D. Manuel...

Mi respetable señor. Me entero que usted ha inventado lo de llevar muchas cosas a los soldados mis compañeros, a los que en Africa pelcamos. Dios se lo pague.

Quiero pedirle un favor muy grande para que lo haga en persona. Como lleva todos los encargos que les dan las madres de los soldados y las familias, yo quiero que esta cajita con dulces se la entregue en propia mano a una señora santa que hay en el hospital donde yo estuve. Se llama la duquesa de la Victoria.

Dígale usted que no la olvido un momento y que llevo siempre guardado su retrato que lo recorté de un periódico.

Si a usted le hubiera pasado lo que a mí, que no tengo madre, que me encontré herido con un balazo que me atravesó el cuello y salió por la espalda, y esa mujer me curó como si fuera su hijo y hasta me cortaba las uñas de los pies y me aseaba. Eso, don Manuel, no se puede olvidar nunca. Dígale usted también que estoy ya casi bueno y tengo muchas ganas de volver ahí a que me den otro balazo con tal de que yo no pueda dejar los sitios por donde pasa esa señora duquesa.

Que no se olvide usted, don Manuel, y mucho se lo agradecerá su servidor.—*Ignacio Moreno Ramírez.*

Quienes en la estructura de su vida equilibran euriómicamente los elementos espiritual y material, son incompatibles con la melancolía y el desaliento. Todo lo grosero y brutal huye ante su presencia como las tinieblas ante el sol. La más gloriosa hazaña que podemos realizar es el cultivo de la dulzura y luminosidad que irradian de un refinado y exquisito carácter, en cuya comparación resultan escoria los bienes materiales, y a cuyo toque brotan la amistad, la influencia y el poder.

¿Cómo a cambio de unas cuantas monedas consentiríamos en desarraigar de nuestra vida esta suave y sensitiva planta que promete florecer en nuestra naturaleza? ¿Por qué hemos de amortiguar las facultades superiores arrastrados por la codicia que nos mueve a abrírnos paso a empellones y codazos en el camino de la vida, atropellando al débil sin otro derecho que la fuerza? Si abogamos por la cultura y mejoramiento individual, por la educción de las bellas y delicadas cualidades de la naturaleza humana, hemos de protestar contra todo cuanto impida su desenvolvimiento.

El error está en creer incompatibles lo espiritual y lo material, la delicadeza de sentimientos con el esfuerzo laborioso, los bienes de naturaleza con los de fortuna. La incompatibilidad está en los medios y no en el fin, pues jamás podrá justificar el fin los medios inmorales. Lo que decimos es que

la salud, la honradez, la dignidad, la nobleza de sentimientos y de conducta no se han de sacrificar jamás a la ganancia material, y que todo beneficio logrado en perjuicio del prójimo es un robo, aunque no tenga sanción en los códigos.

Adviértase que decimos perjuicio y no daño, porque el perjuicio supone atropello del derecho ajeno, y no así el daño. Cuando exigimos el cumplimiento de un compromiso libremente contraído, embargamos al comerciante que no paga una letra aceptada o desahuciamos al inquilino que deja en el aire el importe del alquiler, no les infligimos perjuicio alguno aunque reciban daño, y en estos casos nuestro proceder es conforme a justicia, por más que no esté de acuerdo con la misericordia. Pero la misericordia sólo cabe en quien puede ejercerla sin daño de sí mismo, cuando de la renovación de la letra, del incumplimiento del compromiso o de la demora del alquiler no sufren grave quebranto sus intereses, porque posee fortuna más que sobrada para afrontar el leve contratiempo. En este caso, los ejecutivos procedimientos por vía de justicia sofocan las nobles cualidades de benevolencia y conmiseración al desperdiciar la oportunidad de cultivarlas.

La desgracia está en afanarse por los bienes materiales hasta el extremo de estropear la armónica estructura de la vida.

Dice Sir Juan Lubbock:

Pocos se dan cuenta del maravilloso beneficio de vivir rectamente; pocos saborean el inefable placer de vivir conscientemente en pleno universo cuyas glorias y hermosuras son nuestras por herencia; pocos comprenden que pueden llegar a ser lo que sin engrimiento quieran ser; pocos advierten que en su mano está asegurar la paz del espíritu, la tranquilidad de la conciencia y triunfar de la tristeza y el dolor.

Vamos por la vida con la mirada fija en un lejano propósito, casi siempre egoísta, estrujándonos los nervios para lograrlo. Encontramos en nuestro camino innumerables ocasiones de auxiliar al prójimo que pena en adversas condiciones, de abrillantar y embellecer la vulgaridad de la vida cotidiana. Pero no las vemos. Desatentos a todo lo que no aprovecha a nuestra personal ambición, realizamos por fin nuestro objeto, y ¿qué hallamos? Hemos obtenido lo que deseábamos, pero a costa de cuanto dulcifica, hermosea, ennoblece y realza la vida.

Feliz el niño a quien se le acostumbra a ver la belleza en todo y por todo. Una vista así educada es un cristal de perpetuo aumento que revela bellezas invisible al ojo ineducado. Esta cultura espiritual abre millares de senderos de gozo que no están al alcance del ignorante.

Habituad al niño a que armonice en la estruc-

tura de su vida, en la índole de su carácter el arte y la belleza con la utilidad y el provecho. Que descubra la belleza en todo cuanto vea sin por ello prescindir de su utilidad, que utilidad es también el adelanto moral; que infunda belleza en todo cuanto haga, aunque de personal provecho haya de servirle. Entonces la mente será a la par activa y sana, y la vida no resultará una molesta carga ni un sueño vano, sino que estará saturada de dicha y amor.

Incalculable beneficio dimana de esperar lo mejor de nuestra vida, de infundir en ella el sano y práctico optimismo que da al semblante la placentera expresión de la alegría del vivir. Conviene aprender el arte de explayar el ánimo en la esperanza de felices acontecimientos que de día en día acrecienten nuestra prosperidad material, apoyada en el perfeccionamiento moral, no quedando nunca acabadamente satisfechos de nuestra labor, porque la especie de descontento que va unido al anhelo de mejorarla en lo sucesivo ha sido el impulso de todas las grandes empresas realizadas desde la infantil época de las razas primitivas hasta los tiempos de Lincoln y Gladstone.

Nadie puede llevar a cabo algo grande si se satisface con lo mínimo, creyendo que sólo es capaz de débiles empeños o se contenta con lo que le va sucediendo en el transcurso de la vida.

Quien espera de sí grandes cosas se esfuerza constantemente en dilatar sus horizontes, extender los límites de su conocimiento, subir algo más arriba y llegar un poco más lejos que cuantos le rodean. Tiene en su interior la divina disposición que lo espolea a más nobles esfuerzos. Procura adquirir la mejor parte de las cosas que se le ofrecen.

El mayor obstáculo con que tropieza un joven en el camino de la prosperidad, es la falsa idea de lo que constituye el genio y determina el positivo éxito. La simiente de mostaza no se niega a germinar porque no pueda ser álamo ni la cepa rehusa explayar sus sarmientos porque no pueda ser roble. Así el joven no ha de perder los preciosos años de su mocedad en vacilaciones e incertidumbres de si llegará o no a ser un talento o un genio.

El deber de la bellota es convertirse en roble, no en pino ni en rosal.

La historia de la humanidad cuenta con muchos menos genios de lo que generalmente se supone. Para unos es el genio la infinita paciencia en martillar la mente sobre un mismo punto de atención; pero más conforme con la índole del genio lo define Josué Reynolds al decir que es el poder de producir obras excelentes, sobreponiéndose a las reglas del arte, es decir, estableciendo por

virtud de la inspiración nuevas reglas superiores a las tradicionalmente establecidas.

La mayoría de los jóvenes se figuran que en algunos hombres alienta un fuego divino, un sobrenatural don de hacer las cosas sin esfuerzo, violando así las leyes del perseverante trabajo, como si tuvieran la facultad de transmutar el cieno en oro. Es preciso desvanecer este error.

Muy pocos hombres de los que llegaron a las cumbres del éxito pueden explicar satisfactoriamente por qué siguieron el camino que al éxito los condujo. Parece como si una mano invisible los hubiese guiado, y es que obraron de acuerdo con las leyes de la prosperidad.

Nadie puede distinguir el término de su terrena jornada desde el principio. Aun cuando marcha por el camino, sólo puede ver unos cuantos pasos ante sí. No le guía una lejana estrella que le hace señas para seguir adelante, sino más bien la linterna que en su mano lleva e ilumina el corto trecho necesario para dar con seguridad y sin temor el siguiente paso. Más allá todo esta envuelto en la niebla de lo desconocido. Pero mientras camina, nunca falla la linterna.

Cuando tenemos la seguridad de andar por el camino recto, no necesitamos anticipar las jornadas con la imaginación ni cargarnos de dudas y temores respecto a los obstáculos que puedan en-

torpecer nuestra marcha. Sólo podemos dar un paso cada vez.

El que mucho abarca poco aprieta, y es demasiado abarcamiento el preocuparnos de golpe por todo el porvenir. El fundamento de la vida optimista consiste en portarnos diariamente cuanto mejor podamos y resolernos a cumplir nuestro deber sin empujarnos nuestro ideal. Esta es la práctica formación del carácter. Nada vigoriza tanto la mente, explaya la hombría y amplifica el pensamiento como el constante esfuerzo en colocarnos al nivel de un elevado ideal, la lucha por alcanzar lo que está más allá y es superior a nosotros.

Dice a este propósito Thoreau:

¿Habéis conocido a alguien que durante toda su vida se haya esforzado leal y sinceramente en un propósito sin conseguirlo? Si un hombre aspira constantemente a ser más y mejor de lo que es ¿no se mejora y eleva? ¿Luchó alguna vez en vano quien quiso ser magnánimo, veraz y sincero?

Muchos levantan en su rededor chinescas murallas con sus siniestros pensamientos, rastreros ideales y viciosa conducta, separándose de cuanto noble, delicado y óptimo hay en la vida. Los sillares de esas murallas son la ansiedad, inquietud, envidia, recelo, codicia, maledicencia y hostilidad. Algunos levantan esas murallas a tanta altura, que

los privan de la luz del sol y viven en completa obscuridad.

El ideal es la piedra angular del edificio de la vida optimista, el elemento básico de su interna estructura. El ideal influye en los motivos, matiza las acciones y determina el destino. Toda vida se dirige a un ideal. Si es rastrero, la vida se arrastra; si elevado, se remonta.

En nuestro carácter expresamos la índole de nuestro ideal y en el semblante llevamos retratada nuestra conducta. El verdadero fin de la educación humana es dar a la vida interna una estructura de que estén eliminados los elementos brutales, y nada mejor para conseguirlo que forjar en la mente del educando un alto ideal desde los comienzos de la vida. El joven acertadamente educado expresará con admirable naturalidad los principios morales. Reconocerá que no es el dueño del mundo ni el centro del universo ni que los demás existen tan sólo para servirle, sino que el supremo bien consiste en la reciprocidad de servicios. Lo que no logra estos resultados, lo que no infunde delicadeza, armonía, luz y vigor en la estructura de la vida no merece el nombre de educación. Es chapucero verbalismo.

En el concepto que generalmente se tiene del éxito no es lo mismo obtenerlo en los negocios que en la vida, pero no es incompatible el éxito en los

negocios con el éxito en la vida, aunque no sea muy frecuente la coincidencia.

El campo de los negocios está lleno de pedruscos en donde es fácil tropezar, y de zarzales entre cuyas espinas arriesgan dejar trozos de piel quienes no encaminen sus pasos por las veredas de justicia. Son muchas las ocasiones de realizar lo que se llaman *negocios redondos* a costa ajena, sofocando en brazos de la codicia las virtuosas cualidades del carácter, y se necesita mucha fuerza de voluntad y un elevadísimo sentido moral para no ceder a la tentación de una fácil y exorbitante ganancia. En este caso estará asegurado el éxito en el negocio; pero en cambio será no menos seguro el fracaso en la vida. En cambio, puede un hombre por circunstancias imprevisibles arruinarse materialmente y perderlo todo menos la honra, portándose en la quiebra de su fortuna con tanta caballerosidad como el primer Francisco de Francia en la rota de Pavía.

Al éxito en los negocios se puede ir como a Roma por muchos caminos, sin exceptuar los del egoísmo, la astucia y la bellaquería y aun el despojo, mientras pasen ras con ras del código penal; pero al éxito en la vida sólo es posible llegar por el recto camino de la honradez, la justicia y la generosidad.

Había en una urbe mediterránea una razón so-

cial dedicada al negocio llamado en la jerga mercantil de comisión, que consiste en la compra-venta de toda clase de productos. La índole del negocio relacionaba a dicha casa con la inmensa mayoría de industriales de la ciudad, y cuando hubo adquirido, a sesenta días fecha de factura, géneros por valor de muchos millones de pesetas, los tres socios de la razón derramaron por los círculos mercantiles la tendenciosa voz de que estaba la casa a punto de suspender pagos, y como quiera que, según dijo con frase felicísima el dramaturgo español López de Ayala en su hermoso drama "El tanto por ciento", *es el dinero muy cobarde*, cundió el pánico entre los acreedores, que presurosos acudieron al despacho de la casa sospechosa de quiebra, en súplica de que se les pagaran las facturas antes del vencimiento. Los astutos socios que no esperaban otra cosa del temperamento mercantil de sus acreedores, se hicieron de rogar mano en pecho; y por fin, como quien otorga un señalado favor, manifestaron que estaban dispuestos a pagar las facturas en el acto con tal de que de su importe se descontase el sesenta por ciento. Los acreedores, atemorizados por el rumor que cada día tomaba más consistencia, se resignaron a perder aquel porcentaje, antes que exponerse a perderlo todo, pues en aquella época las suspensiones de pagos eran una verdadera estafa legal.

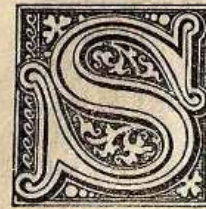
Con esta artimaña realizaron los tres compadres un bonitísimo negocio; pero aunque de momento no les remordiera la conciencia por tenerla metalizada, tiempo llegó en que la actuación inexorable de la ley de compensaciones invalidó con el fracaso en la vida el temporáneo éxito obtenido por astucia en los negocios.

En cambio, quien se porta lo mejor que puede en toda circunstancia, que aprovecha cuantas ocasiones honrosas se le deparan, que ayuda en lo posible a sus prójimos, que es sincero en sus amistades, fiel en sus promesas, leal en sus deberes y amable con todo el mundo, logra el éxito en la vida, aunque no deje ni un céntimo para costear su entierro.

No cabe formar un noble carácter a la funesta sombra de un rastrero y sórdido propósito. El ideal ha de ser elevado y la resolución noble y firme, so pena de fracasar en la vida.

Cuando vemos un joven que aprovecha todos los momentos libres para ampliar sus conocimientos y proveerse de armas eficaces para luchar en las batallas de la vida, podemos estar seguros de que empieza a allegar aquellas riquezas que el viento no arrebatara ni el fuego consume ni el pánico desvanece ni la polilla corroe ni los ladrones roban ni la calumnia mancilla, porque son el incoercible tesoro del alma.

IX. ENERGÍAS MENTALES.



ERÍA necesario que todos cuantos no se revuelcan a gusto en los cenagales de la incultura tuvieran exacto concepto del significado psicológico de la palabra *mente*, tantísimas veces repetida en los libros y por lo general tergiversada hasta el extremo de que aun personas de bastante cultura la confunden con el pensamiento o con la inteligencia.

Para comprender bien una materia de estudio, conviene ante todo determinar exactamente el valor y significado de las palabras, porque de lo contrario, al pronunciarlas o escribirlas las tomarán unos por expresión de una idea distinta de la que les atribuyan otros, resultando que ni unos ni otros se entiendan y degeneren en confusa disputa lo que debiera ser razonada discusión.

Así conviene definir el significado de la palabra *mente* diciendo que es la *potencia* del espíritu por medio de cuya *actualización* llega a conocer los mundos interior y exterior, es decir, que alcanza el conocimiento de sí mismo y de cuanto le rodea.

Pero la mente no es una potencia simple, sino que está integrada por diversas *facultades* o modos de actuación, todas ellas necesarias para cono-

cer el objeto de conocimiento, y estas facultades tienen por instrumentos los sentidos corporales.

Para llegar a conocer bien lo desconocido es preciso atender, observar, comparar, juzgar y discernir, que son otras tantas operaciones de las diversas facultades de la mente. Si falta una de ellas, no será exacto el conocimiento adquirido, y así es necesario fortalecerlas por medio de la educación cuyo capital fundamento es el ejercicio.

¿Cómo se intensifican las energías corporales? ¿Cómo se robustecen los músculos? Por medio del ejercicio, o sea de su disciplinada actividad, pues cuando un órgano cualquiera deja de funcionar, se atrofia. De la propia suerte, las facultades mentales se vigorizan por medio de su disciplinada actividad, y no es posible vigorizarlas de otra manera. En consecuencia, la salud y vigor de la mente, o sea la energía mental, requiere el fortalecimiento de dichas facultades, como la salud y vigor del cuerpo requiere el fortalecimiento de todos sus elementos componentes. Por lo tanto, para la perfecta actividad de la mente es necesario que la educación intelectual ejercite al educando en las operaciones de atender, observar, comparar, abstraer, juzgar, discernir y reflexionar aplicadas al objeto de conocimiento y cuyo ejercicio se llama *estudio*. Porque contra el público error predominante todavía en este punto, el estudio no consiste en

aprender textos de memoria ni en recibir como dogmas de fe las explicaciones de un maestro, sino en la aplicación de todas las facultades mentales del estudiante al objeto de estudio, hasta llegar a conocerlo tal cual es. El maestro guía, dirige, conduce, aconseja y exhorta al educando señalándole los métodos más a propósito para ejercitar sus facultades mentales y adquirir el conocimiento; pero de ningún modo puede suplir con su propio esfuerzo el que el educando ha de hacer para vigorizar su mente, como no le es posible al educador físico suplir con sus esfuerzos musculares los que el educando ha de hacer necesariamente por sí mismo para acrecentar sus energías físicas.

De aquí la profunda diferencia entre educación e instrucción que tan a la ligera se toman por sinónimas. La educación intensifica las energías mentales y predispone a la mente a la adquisición del conocimiento por su propio esfuerzo, adiestrándola en la investigación de la verdad. La instrucción comunica, transmite y presta conocimientos adquiridos por el esfuerzo de otras mentes. Así distinguió muy bien el insigne filósofo español Balmes entre los hombres *almacenes* y los hombres *fábricas*. La mente del instruido, del docto, es un almacén más o menos provisto de conocimientos recibidos por comunicación de las mentes productoras. La mente del educado es lo bastante enér-

gica para investigar por sí misma la verdad, aunque no llegue a encontrar la absoluta, por inaccesible a la mente humana; pero al menos podrá discurrir con acierto y evitar los numerosos errores con que la superstición y el prejuicio obstruyen la evolución intelectual de la humanidad. El educado discurre con su propia mente. El instruído es un repetidor, un calco, una estereotipia de los conocimientos adquiridos por mentes ajenas.

Por ser la mente la potencia intelectual del espíritu, llamada por tradición escolástica *entendimiento*, necesita de un órgano físico por instrumento de manifestación. Este órgano es el *cerebro*, cuya compleja estructura no conocen todavía muy bien los histólogos ni mucho menos el *modus operandi* o la manera de que nuestro Yo se sirve del cerebro para la actuación de su potencia o energía mental.

Sin embargo, sabemos con absoluta seguridad que es necesario mantener sano y robusto el cerebro para que la potencia mental se manifieste con toda su posible energía; y también sabemos que todos los espíritus individuales o Egos, tienen esencialmente *la misma* potencia mental, aunque difieren en el *grado* de su actualización. De aquí que unos sean listos y otros torpes, que unos denoten aptitud para el arte, otros para la literatura y otros para las ciencias, con tantas modalidades y matices

de aptitud como divisiones y subdivisiones en ramificación infinita admiten estos tres tipos intelectuales.

A primer examen parece que todo lo dicho es una digresión metafísica sin referencia alguna a las condiciones inherentes a la vida optimista; pero si aplicamos a este punto la facultad mental llamada observación, echaremos de ver que nuestra conducta es una serie de actos, de hechos, acciones u obras, como quiera llamárselas, y que estos actos, hechos, acciones u obras están determinados por la combinación del *pensamiento* con la *voluntad*. Para *obrar* es necesario *pensar* y *querer*. No es posible *hacer* nada sin antes *pensar* en ello y luego *querer* hacerlo. A veces, aunque pensemos y queramos hacer algo, no *podemos* hacerlo, porque lo impiden circunstancias superiores a nuestra voluntad y conocimiento; pero basta pensar y querer *hacerlo* para que las consecuencias en la índole de nuestra conducta sean las mismas que si hubiéramos podido hacer lo que pensamos y queremos.

Por otra parte, como quiera que no hay efecto sin causa, y el efecto es siempre de la misma naturaleza de la causa, pues cada ser engendra su semejante, nuestras acciones y por lo tanto nuestra conducta serán de la misma naturaleza que nuestros pensamientos y deseos. Si son buenos, rectos y justos, serán también buenas, rectas y justas las

obras. Si por el contrario, los pensamientos y deseos son malos, inicuos y torcidos, de igual naturaleza serán nuestras obras.

La educación de la mente tiene íntimo enlace con la de la voluntad, y así han de marchar ambas paralelas, dirigiéndose la mente hacia la verdad y la voluntad hacia el bien. Por lo tanto, el dominio de los pensamientos y de los deseos es la primera condición esencial de la vida optimista, y para ello es indispensable educar acertadamente las facultades mentales por medio de disciplinados ejercicios, a fin de que no se contraigan a un estéril intelectualismo por el estilo del de quienes conocen que obran mal y sin embargo reinciden en la mala acción al violento empuje del deseo. La disciplina mental ha de tener por fin el logro de la *sabiduría*, superior al conocimiento, porque éste es tan sólo intelectual, y aquélla es al propio tiempo moral. El científico, el artista y el literato pueden ser unos genios en sus respectivos campos de conocimiento y a la par unos grandísimos bellacos en su conducta moral, comidos de vicios y esclavos de los más degradantes hábitos. Pero cuando el genio está hermanado con la virtud, como lo estuvo en Newton, entonces y sólo entonces merece el hombre el título de sabio.

Los tradicionales métodos y procedimientos de educación, que a pesar de tantas novedades peda-

gógicas todavía perduran en la mayoría de establecimientos docentes, son mucho más a propósito para formar hombres almacenes que hombres fábricas. Vivimos en una época de apresuramiento febril en que apenas pone la gallina el huevo ya quisiéramos que dentro cantara el gallo. Estamos en la era de las universidades, colegios, academias, cursos, cursillos, ciclos de conferencias, enseñanza por correspondencia y extensiones universitarias, sin que nadie sepa a punto fijo a dónde nos llevará semejante plétora de cultura intelectual que atiborra las mentes de conocimientos más o menos prácticos y amenaza convertir al individuo en uno de tantos mecanismos de la moderna edad de la máquina.

La educación mental no sólo ha de aguzar las facultades, sino también adiestrar en su manejo. De nada le serviría al operario una herramienta muy útil por lo bien afilada, si no supiera manejarla. Todos los pedagogos convienen en afirmar que la educación no ha de convertir la mente en un fonógrafo que reproduce las voces impresas en las placas, sino en una dinamo capaz de concentrar la energía diluída en el oceano mental que nos rodea.

La fama, cuyos pregones suelen ser a veces muy hiperbólicos, ha derramado por Europa la voz de que en los Estados Unidos rinden cuantioso inte-

rés los cuatrocientos millones de dólares invertidos en el ramo de enseñanza pública; pero si bien es cierto que en dicho país todo el mundo tiene ocasión de instruirse, pocos son de los diez y siete millones de alumnos de las escuelas públicas los que reciben verdadera educación en el sentido de, como dijo Platón, dar al espíritu y al cuerpo toda la belleza y perfección de que son capaces.

Si sólo cuidáramos del cuerpo, nos equipararíamos a los brutos. Si sólo atendiéramos al espíritu nos embruteceríamos todavía más en el estúpido ascetismo de disciplinas y cilicios, que rehuye por pecaminosos los lícitos goces de la vida y cree incompatible la limpieza del cuerpo con la del alma. Cuando a la educación moral no acompañan la mental y la física, el hombre se convierte en desequilibrado fanático capaz de los más abominables crímenes en defensa de sus sectarias opiniones.

Dice Huxley que el más valioso resultado de la educación es colocar al educando en aptitud de cumplir con su deber en el punto y hora en que haya de cumplirlo, sobreponiéndose a toda repugnancia del cumplimiento.

Si analizamos los factores del éxito, nos convenceremos de que uno de los más importantes son las energías mentales. Un mismo negocio, una misma empresa ofrecerá aspecto radicalmente distinto según la mentalidad de quien la dirija. Por lo ge-

neral se estima en más el hecho que la idea, la acción que el pensamiento, porque los hechos y las acciones son visibles y tangibles, mientras que las ideas y los pensamientos son invisibles e incoercibles. Sin embargo, el éxito en los negocios y en la vida tiene su origen en la mente que *piensa sin cesar* en el negocio o en la conducta, y en la soledad del gabinete, en los ratos de insomnio, en los momentos de meditación ve claro lo que *debe* hacer para prosperar el negocio o corregir la conducta.

Uno de los más admirables ejemplos de la influencia de la mente en el éxito de los negocios nos lo ofrece Enrique Ford, el verdadero inventor del moderno automóvil, cuyas energías mentales, aplicadas en todo y por todo a su particular industria, han logrado organizar los talleres con tan matemática precisión, que supera en eficacia al famoso sistema Taylor, y evita todo desperdicio de tiempo, trabajo y dinero, de suerte que cada *seis segundos* sale de los talleres un automóvil completamente listo para la entrega.

Los métodos empleados por Enrique Ford son hijos de su mente; pero no brotaron de ella como Minerva de la frente de Júpiter, sino que han sido fruto del dilatado ejercicio de las facultades mentales, y en especial de la observación y comparación aplicadas al arte de construir automóviles.

El mismo industrial nos depara otro ejemplo todavía más reciente de la eficacia de las energías mentales en la esfera de los negocios. Hay en los Estados Unidos una línea férrea llamada Detroit-Toledo-Ironton que en sus 930 kilómetros de longitud pasa por estaciones rurales, alejadas de los grandes centros de población. El material móvil de la línea constaba de 70 locomotoras, 27 trenes de viajeros y 2.800 vagones de mercancías; pero la situación económica de la Compañía era tan deplorabile, que accionistas y obligacionistas no percibían ni medio centavo de beneficio y aun les amenazaba el Consejo con pedirles un dividendo pasivo. Por esta circunstancia estaban depreciadísimos aquellos valores ferroviarios, hasta el punto de que nadie los quería ni de balde.

Así las cosas, anunció un banquero que había quien estaba dispuesto a adquirir cuantos valores de la Detroit-Toledo-Ironton se le ofreciesen, al tipo de sesenta centavos efectivos por cada dólar nominal. Inmediatamente acudió el 98 por 100 de los tenedores de títulos a venderlos, creyendo que a pesar de la depreciación realizaban un bonito negocio.

El comprador de los títulos fué Enrique Ford, quien dueño así absoluto de la línea, inauguró sus funciones directoras tomando una serie de providencias que pasmaron a los técnicos. Por de pronto

destituyó a todos los jefes del servicio de administración, reemplazándolos por empleados de la fábrica de automóviles, que si bien no eran especialistas, tampoco estaban obcecados por los prejuicios, y como conocían por experiencia los defectos de la antigua organización, acertaron en el remedio.

Al propio tiempo aumentó Ford en un 20 por 100 el sueldo de los empleados, fijando en seis dólares semanales el jornal mínimo con jornada máxima de ocho horas y disminuyó en otro 20 por 100 las tarifas de pasajeros y mercancías. Antes de esta reforma los gastos de explotación importaban 1'18 \$ por cada dólar de ingresos, o sea una pérdida de 18 centavos por dólar. Al cabo de un año, los gastos se habían reducido a 53 centavos por dólar de ingresos. La pérdida se invirtió en ganancia. ¿Cómo así? Sencillamente, porque se había invertido de hostil en adicta la *mentalidad* de los empleados. Mejorada de esta suerte su condición, Ford les exigió que las ocho horas no se quedaran en horas, sino que lo fuesen de trabajo intensivo, de modo que ningún empleado estuviese inactivo ni un momento durante las ocho horas, y todos contribuyeron solidariamente al mejoramiento del servicio.

Se dirá tal vez que no todos son Ford ni nacen con tan relevantes aptitudes. La respuesta a esta objeción está en que los genios del arte, de la cien-

cia y de la industria son como arpas cólicas que no necesitan mano que pulse sus cuerdas; mas para que la generalidad de las gentes den de sí todo el fruto que pueden dar es preciso que el educador descubra sus aptitudes, estimule su deseo de conocimiento y les enseñe a adquirirlo a fin de aprovechar las ilimitadas posibilidades de la vida. No cabe llamar bien educado al que no tiene en estable equilibrio sus facultades mentales, físicas y morales. De este equilibrio, o mejor diríamos armónica correspondencia entre la voluntad, el conocimiento y la acción, derivan la serenidad de ánimo y dominio propio que constituyen la verdadera hombría.

La tolerancia, la simpatía, la benevolencia y la caridad, en el recto concepto de esta palabra, son tan necesarias en la educación integral como el estudio de la gramática y la aritmética. El hombre mejor educado es aquel que identifica su voluntad con lo bueno, su mente con lo verdadero y su sentimiento con lo bello. Tal debe ser el fin de la educación armónica del ser humano.

Si el meollo de la madera es fino, poco importa que sea basta la corteza. Al descortezar el tronco aparecerá la finísima madera. Muchos se pudren hoy día en cárceles, presidios y hospicios, o llevan mísera existencia en los tugurios, que debidamente educados desde su primera infancia hubieran sido

ornamento en vez de ludibrio de la especie humana.

Algunos padres suelen decir que para ganar dinero no es necesario estudiar en colegios y universidades, pues muchos analfabetos se han enriquecido en el negocio. Aunque desde el punto de vista en que se colocan tienen apariencia de razón, no cabe comparar la riqueza material con una mente rebosante de energía y electrizada por el amor al conocimiento, capaz de ponerse en contacto con el universo entero.

Todo joven tiene consigo mismo y con el mundo el deber de avalorar en el mayor grado posible las potencialidades de su ser; pero no unilateral ni fragmentariamente, sino íntegra y armónicamente, de modo que no quede facultad alguna por actualizar, aunque no todas alcancen el mismo límite de actualización. Como dice Beecher, debemos vivir y trabajar durante la vida de modo que cuanto en nuestras manos caiga a manera de semilla, florezca; y lo que a manera de flor, fructifique en la próxima generación.

X. EL ARTE DE HABLAR.



¿Qué tiene que ver el arte de hablar con la vida optimista? ¿No estamos hartos ya de charlatanes? ¿No nos sobran oradores? Necesitamos hechos, no palabras. La lengua, como carece de hueso se menea mucho más fácilmente que badajo de campana. Lo difícil es concretar la palabra en acción.

—¿Has concluído? Abominas de la palabra y las estás soltando a chorros como el agua las mangas de riego.

—Algo he de decirte, después de tanto tiempo de no vernos ni hablarnos.

—Pero ya empiezas como siempre a mirar las cosas a través de tus espejuelos. Reflexiona y verás que la palabra es la explícita manifestación del espíritu racional del hombre. Las voces de los animales corresponden por su limitación inarticulada a su restricta conciencia, y aunque cabe suponer que ellos con ellos se entienden entre los de su especie y que la paloma comprende perfectamente el arrullo del palomo que la rueda, no tienen, porque todavía no lo necesitan, un medio de expresión tan amplio y completo como la palabra.

—Si no dices otra cosa, hace tiempo que me lo

tenía todo eso sabido de memoria, y sigo en mis trece de que la verborrea, la charlatanería, es la peor calamidad de cuantas padecemos.

—Y sin embargo, quítale al hombre la palabra y le conviertes en idiota. Tú miras el aspecto siniestro y yo el armónico. Tú la sombra y yo la luz. Como los explosivos, es la palabra buena o mala, constructora o destructora, estimulante o deprimente según el uso que de ella se haga. Tú abominas de los charlatanes y tienes razón, porque los charlatanes usan de la palabra como los terroristas de los explosivos. Pero no truenes contra los oradores cuya palabra es vehículo del pensamiento y semilla de la acción.

—No te negaré que en labios de un orador elocuente, la palabra embelesa, entusiasma, fascina, arrebat y muchas veces convence, pero pocas persuade. Y si no dime si las famosas filípicas de Demóstenes impidieron que Grecia cayera en poder del conquistador macedonio ni las catilinarias de Cicerón le libraron del fracaso.

—Tampoco me convences ni persuades tú con esos argumentos. Considera que el efecto de la palabra no es instantáneo, pues no hay semilla que de repente brote apenas echada en el surco. Cuéntase que los granos de trigo encontrados en las tumbas egipcias, habían conservado al cabo de tres mil años su virtud germinativa. Lo mismo sucede

con la palabra. Si releyeras los discursos de cuantos oradores fueron, verías que los pensamientos entonces expresados por su palabra están hoy en gran parte convertidos en acción. Lo que, según me parece, quieres decir al despotricar contra los oradores es que la palabra es forma hueca sin el pensamiento que la anima.

—Exacto. A eso voy yo.

—Pues entonces el mismo vituperio que los charlatanes que hablan por hablar merecen los grafómanos que escriben por escribir, al paso que el escritor discreto merece tanta honra como el orador razonado, porque la palabra escrita tiene más duradera aunque no tan brillante eficacia como la hablada.

—Ya presumo lo que me vas a decir. Que sin Rousseau, Diderot, D'Alembert y Voltaire aún disfrutaría el mundo del delicioso régimen de las monarquías absolutas.

—No te iba a decir precisamente eso mismo, porque ya lo saben hasta los bachilleres, sino a recordarte, pues también debes haberlo advertido, ese algo misterioso todavía para los psicólogos que parece establecer una especie de incompatibilidad entre el orador y el escritor, como si el pensamiento de uno tuviera por natural y exclusiva expresión la palabra hablada y el del otro la escrita. Fíjate y verás que pocos oradores eminentes son

a la par eminentes escritores, y pocos escritores famosos tienen igual fama de oradores. Ahí está para ejemplo el príncipe de los novelistas españoles contemporáneos, el preclaro Galdós, cuya pluma es un encanto y cuya lengua no acertaba a enlazar dos palabras en público discurso. Y cuando un orador tan grandilocuente como Castelar cierra los labios y maneja la pluma, parece como si la convirtiese en aguja de fonógrafo y el papel fuera la placa reproductora de un discurso.

—¿No te parece que esa disparidad entre el orador y el escritor proviene de la espontánea aptitud para el arte de hablar y de la falta de educación de la latente aptitud para el arte de escribir?

—Tal vez sí, tal vez no. Estoy pez en esta cuestión. Con todo, me parece que las energías empleadas por el orador en aprender a escribir o por el escritor en aprender a hablar menoscabarían su otra cualidad predominante. Es la ley de compensaciones que acompaña a la de la unidad en la variedad. El ruiñeñor no admira por su plumaje, pero embelesa con su canto. El pavo real pasma al más exquisito colorista con los matices de su cola, y en cambio es tormento del oído su ingrato cacareo. Cada nota tiene su tono y cada ser de la creación sus dones. Si todos los instrumentos de una orquesta fuesen iguales y monótonos ¿para qué mayor encerrada? Así en la sublime sinfonía

de la creación, cada especie es un instrumento y cada individuo una nota.

—Pero vamos a ver ¿no tiene la palabra otro uso que la oratoria? ¿no es acaso más propia para la vida optimista en la conversación?

—Sin duda alguna, salvo mejor criterio. A mí me parece que el dominio de la palabra es consecuencia del dominio del pensamiento, y a quien sea maestro en el arte de pensar no le costará mucho serlo también en el de hablar, sobre todo si tiene en cuenta que libremente puede usar del estimable don en servicio del bien por la verdad o abusar de él en aliciente del mal por la mentira.

—Del todo conforme. Por mi parte añadiré que si bien me marean los charlatanes, reconozco la necesidad de aprender a expresarnos clara y sencillamente, sin afectación, pero también sin vulgaridad, en persuasivo tono que tanto como en la mente influya en el ánimo del interlocutor.

—Así es como dices, porque en las conversaciones dignas de escucha, se apostea el alma junto a los labios para comunicarse con sus gemelas en el pensar, sentir y querer. Es entonces sincera e incapaz de adulterar con falsas palabras el trato de verdadera amistad limpia de egoísmos.

—Pero en las conversaciones frívolas, sin otra finalidad que cumplir las reglas de cortesanía, suele ser la mentira, con el cuño de la lisonja, la mo-

neda falsa que todos admitimos sin reparo, seguros de que también aquellos a quienes se la demostrian de tomarla fingiendo que por buena la reciben.

—No obstante, en esas conversaciones, que bien pudieran llamarse de compromiso social, no tiene la mentira aquella virulencia con que daña al prójimo cuando es transgresión del octavo mandamiento, sino que toma las suaves entonaciones de la lisonja.

—Cierto es que nadie nos obliga a llamar agudo al romo; pero muchas veces no conviene mentar la penca en casa del azotado ni decir las cosas claras como agua de manantial, según quisieran quienes por tener el corazón en la mano lo llevan siempre fuera de su sitio.

—En toda coyuntura es difícil la conversación amena, y esta dificultad crece donde el miramiento nos mueve a quintiesenciar las palabras con riesgo que de puro sutiles se quiebren apenas articuladas. En vencer la dificultad está el toque del conversador donoso, cuya intuición le ensoñerea del sitio en que se halla, de las personas que le escuchan y del ambiente mental que le rodea. Sin vacilaciones discierne lo que ha de decir y lo que ha de callar, y ni aun por descuido tropieza su lengua en las indiscreciones propias de los que hablan sólo porque la mueven.

—Esa habilidad señala la diferencia entre el

conversador y el parlanchín, como se distingue el razonamiento de la charla.

—Quien domina el arte de hablar y posee el don de la conversación sabe llevarla oportunamente a temas agradables. No se escucha a sí mismo ni con declamatorios aspavientos convierte las reuniones de sociedad en conventículos. De su boca fluye la palabra como chorro de cristalina frescura que a la par es embeleso de la atención y regalo del oído. En donde él está no se entremeten los enojosos silencios que sellan los labios y ponen recelo entre quienes no saben qué decirse.

—He notado, y tú lo habrás advertido, que por escasez de conversadores amenos tienen hoy las reuniones de sociedad distinto carácter del de las de antaño. Eran entonces más circunspectas y se observaban con mayor escrupulosidad las leyes del buen tono. Había más elegancia en los modales que en el traje, opuestamente a lo que ahora sucede, y el mutuo respeto a que obligaba la consideración de estar en casa ajena exigía que la conversación se generalizase de modo que nadie quedara mudo como figura de paramento. Acaso para alivio del ingenio quiere la moda en nuestros días que la conversación se particularice en menudos diálogos hasta el punto de tolerar el secreteo.

—Pues a mí me parece que hay en esa moda ventajas parecidas a las de la división del trabajo,

pues permite que cada cual se acerque al trato más afine a sus preferencias en la elección de temas, huyendo de las carretillas de quienes jamás supieron el nombre del buen callar y están como en un potro cuando callan.

—Valiera más que algunos no desplegaran los labios, porque temible conversación es la del hazmerreir apayasado que incapaz de donaires, desgrana chascarrillos de almanaque si es que no le lleva la bellaquería por escabrosos derroteros. Otra calamidad que tal, es el maldiciente que a trueque de un chiste no repara en zaherir a los ausentes.

—Menos mal cuando los de pobre ingenio, pero que no saben murmurar, recurren al variadísimo tema de las enfermedades que substituye al tan resobado de los cambios atmosféricos.

—La verdad es que al ameno conversador lo reciben bien en todas partes y la palabra en su boca es un arma poderosa en los empeños de la vida.

—¡Lástima que sea de dos filos!

—¿Cómo de dos filos?

—Sí, hombre, sí. En boca del astuto, del perverso es la palabra melosa y lisonjera el arma del caballero de industria, del galanteador de oficio, del que medrar pretende, del politicastro ambicioso, del enredón picapleitos, del estafador elegante, del bellaco de corbata blanca. Sin palabra fácil y

conversación amena se desvanece todo su hechizo. No en balde atribuímos magia a la palabra; pero la de estos pícaros es magia negra.

—¿Y qué palabra tiene magia blanca?

—La de quienes con alma, corazón y mente la ponen al servicio del bien y del mejoramiento del mundo. Es la palabra de suave acento, afirmado por la convicción, que como caricia de querube se derrama en los oídos del alma. Es la palabra del que alienta, consuela, anima, fortalece y perdona. La del que a nadie desatiende ni menosprecia, porque su afabilidad con cuantos le escuchan no nace de las exigencias del momento, sino que como del sol la luz, dimana de la índole de su carácter. Su voz, dulce sin empalago, resuena deleitosamente por lo que dice y por la suavidad con que lo dice. Calla cuando arriesga ofender, pero no es pronto en decir cuanto pueda agradar, como no vaya el agrado en compañía de la justicia.

—Es muy extraño que nuestras escuelas y colegios lo enseñen casi todo menos el buen uso de la palabra. Los escolares aprenden latín, matemáticas y muchas teorías de dudosa aplicación en las vicisitudes de la vida, y en cambio no conocen el arte del bien hablar que en todo momento necesitan.

—Así muchos resultan gigantes en su profesión y pigmeos en el trato social. Son hombres de pocas

palabras, no por reserva natural de su carácter, sino porque no saben abrir la boca en una reunión. Son hombres en su oficina y niños en la vida social.

—Sin embargo, la palabra es plata y el silencio es oro.

—No te lo niego. Pero a mi entender esto significa que quien habla más de lo necesario arriesga errar más de lo conveniente, y que mayor eficacia tiene una palabra a tiempo que cien a destiempo. El silencio es oro, pero no el silencio del bobo, sino el de quien tiene sobrado criterio para conocer cuando debe hablar y cuando callar.

—Conviene que así lo aclares, no sea que si alguien nos oye se figure que estás haciendo el elogio de los charlatanes.

—Ni por pienso. Elogio la palabra y el arte de hablar en la expresión de la verdad, de la virtud y de la justicia. En la antigua Grecia hubo elocuentes oradores, pero también había no pocos sofistas que se pasaban la vida en la calle como en nuestros días los sacamuelas. Uno le preguntó a Sócrates que cuánto le llevaría por enseñarle a hablar, y el insigne filósofo le respondió que la mitad de lo que le costaría aprender a callar. A veces no hay elocuencia más poderosa que la del silencio.

XI. EL ARTE DE ESCRIBIR.

XI. EL ARTE DE ESCRIBIR.



o sé qué tenga que ver el arte de escribir con el optimismo de la vida. Más bien me parece este tema a propósito para un tratado de caligrafía o taquigrafía.

—Reflexiona un poquitín, no des tu parecer tan a la ligera y advertirás que el arte de escribir es una modalidad del arte literaria, porque consiste en la hermosura, elegancia y claridad de la expresión del pensamiento por medio de la palabra escrita. Y como según está demostrando a cada punto la experiencia, de la índole de nuestros pensamientos depende la de nuestras emociones, palabras y hechos, resulta evidente el enlace entre el arte de escribir o expresar gráficamente nuestros pensamientos y el optimismo de la vida, porque cuanto más optimista y elevado sea el pensamiento más elegante, clara y hermosa será su expresión.

—Así parece que ha de ser como dices; pero no me negarás que están en minoría los hombres y aun son menos las mujeres capaces de escribir artísticamente.

—Ten en cuenta la distinción entre escribiente, escribano y escritor. Para ser escribiente sólo se necesitaba hasta hace pocos años habilidad de pen-

dolista, pero hoy de poco sirve ya la caligrafía, porque las máquinas de escribir están substituyendo en todas partes a la pluma del escribiente. Pero el escritor digno de este nombre, aunque tenga defectuoso carácter de letra, es tan artista como el poeta, el músico, el pintor, el arquitecto o el escultor, y en su mano es la pluma a un tiempo cincel, batuta, compás y pincel.

—Por eso mismo creo yo que el arte de escribir no es asequible a cualquiera, sino que requiere cualidades y circunstancias que no en todos concurren.

—Desde luego que no es el de escribir un arte tan vulgar como a primera vista parece por los muchos que manejan la pluma; pero si bien a pocos les está reservada en él la excelencia, podría ser para todos un eficaz medio de cultura mental y por lo tanto de perfeccionamiento. Aunque la comparación sea deficiente, creo que sucede con el arte de escribir lo que con el piano o con el violín. Muchísimos tocan estos instrumentos y a pesar de que se quedan muy por lo bajo de Rubenstein, Albéniz, Paganini y Sarasate, sin esperanza de ser concertistas de fama mundial, encuentran íntimo goce en la pulsación de su favorito instrumento y el encanto de la música inunda su alma de sano optimismo.

—La comparación es a mi juicio acertada y

nada tiene de odiosa. Al contrario, me parece muy sugestiva, e infiero de ella que pocos echan de ver el aspecto artístico de la palabra escrita, pues la mayoría se figuran que para escribir basta arañar el papel con la estilográfica. ¿A quién se le ocurriría tocar el piano en público sin haberse ejercitado durante algunos años en el aprendizaje de este instrumento? En cambio, sin la más somera preparación, emborrona cualquiera un artículo, lo envía a un diario de profusa circulación con esperanza de que se lo publiquen, y después se extraña y aun se indigna al ver rechazado el primer fruto de su pluma, con la para él inexplicable circunstancia de que no le devuelven el manuscrito original.

—Sin embargo, si bien atiendes notarás en muchos de esos colaboradores primerizos y espontáneos un completo desconocimiento de la que pudiera llamarse técnica del arte literario, es decir, la construcción sintáctica de frases, cláusulas y períodos, análoga al dibujo en la pintura y la composición en música. Se echa de ver desde luego, que en la escuela no los acostumbraron a expresar por escrito sus pensamientos en ejercicios de redacción. Les falta la destreza necesaria para armonizar el fondo con la forma, el pensamiento con la expresión.

—Perdona si te interrumpo; pero ¿no te parece que la primera condición para escribir artística-

mente es conocer y sentir la materia, el asunto de que se ha de tratar?

—Claro está. Sin esa condición no hay escritor posible, como no puede ser músico; pintor, poeta o escultor quien no sienta abrasarse su alma en el fuego de la inspiración.

—Pues entonces creo yo que para el mayor provecho de esos ejercicios de redacción a que te refieres, es indispensable que el educando conozca y sienta la materia de que ha de escribir; y por esta razón, en la escuela primaria tales ejercicios deben versar exclusivamente sobre asuntos sencillos, familiares y pueriles que serán la piedrecita en que el niño se apoye para remontar más tarde el vuelo a las altas cumbres de la originalidad y la invención. Si se empieza por exigirle que escriba una carta, se quedará con la boca abierta mirando al techo, y mojará cien veces la pluma sin acertar a ponerla sobre el papel. ¿Por qué? Porque no siente lo que ha de decir; porque aquella carta no tiene motivo real, es una ficción, un convencionalismo. Pero digámosle que escriba lo que hizo el pasado domingo, en dónde estuvo, qué vió que le llamara la atención, que exprese las sensaciones experimentadas en la excursión escolar, y veremos como no vacila; y si disparatado, inconexo y falto de *sindéresis* al principio, las continuas correcciones y repetidas pruebas le habitarán a la acertada

unión del pensamiento con la palabra, porque siente, porque *ha vivido* lo que ha de escribir. La madera es excelente; sólo falta desbastarla y pulirla.

—Muy conforme estoy con lo que dices, aunque valga la salvedad de que en el arte de escribir sucede lo que en todas las demás artes. Quien nace con vigorosas aptitudes literarias no necesita otro estímulo que el de su irresistible vocación, y tal es el caso de los escritores eminentes que llegaron a dominar la pluma sin lecciones de sus maestros. Sin embargo, ¿no cabe suponer que por falta de ejercicios escolares se pervierten o malogran muchas aptitudes no tan relevantes, pero susceptibles de fortalecimiento por medio de la educación?

—Por mi parte, no lo supongo, sino que lo afirmo en absoluto. De la falta de práctica en el arte de escribir, resulta que los escritores noveles miran a los editores como declarados enemigos y les parece que se complacen en devolverles los originales, cuando en realidad una obra bien compuesta y escrita es para el editor como pepita de oro, pues siempre anda en busca de algo distintamente bueno, de algo vigoroso, de traza original y de verdadero mérito que interese si no a todos, a determinado sector del público. Los editores devuelven los manuscritos con el mismo descorazonamiento de quien no encuentra lo que bus-

ea, y deploran el fracaso de los escritores ineducados, inhábiles y ramplones.

—Pero dime ¿cómo es que muchas veces un editor admite el mismo trabajo que otro rechazó?

—Ten en cuenta que los editores se van especializando en nuestros días tan diversificadamente como los médicos. Por magistral que sea una obra, no la admitirá un editor si difiere de la índole de sus publicaciones. Pero no se trata de las obras que unos rechazan y otros admiten, sino de las que el autor novel e inexperto no puede colocar en parte alguna. Y es que para expresar los anhelos del corazón y las aspiraciones del alma, para describir la vida y la naturaleza vistas a través de nuestro temperamento se necesitan años enteros de penosa y persistente práctica.

—Lo más chocante es que cuando el editor devuelve el original con corteses excusas, el escritor novel se admira de la devolución y califica de cretino al editor diciendo que no sabe apreciar el verdadero mérito, porque como madre enamorada del hijo feo y contrahecho, le parece sazonadísimo a no poder más el desabrido fruto de su mezquino ingenio.

—Pero el editor, aunque incapaz de escribir un par de líneas con elegante sintaxis, tiene en cambio muy avivado por la experiencia el sentido crítico en cuanto a las probabilidades del éxito

editorial, y sin que ni él mismo se dé cuenta echa de ver mucho mejor que el más eminente literato la inexperiencia del novel escritor, su escasez de ideas, pobreza de lenguaje y limitaciones de vocabulario. Intuitivamente advierte el editor que quien escribió aquel artículo, cuento, novela u obra didáctica no ha visto el mundo con los ojos de la frente y desconoce la naturaleza humana sin saber ni media palabra de la filosofía de la vida. Te digo que los directores de rotativo y los gerentes de casas editoriales reciben a veces cada esperpento literario que sonrojaría a un chico de la escuela. No hay en ellos estilo ni continuidad de pensamiento ni tienen pies ni cabeza. La mayor parte adolecen de falta de personalidad.

—Forzosamente ha de resultar que no tengan estilo, porque según tantas veces se ha dicho, el estilo es el hombre.

—Mejor dijéramos que el estilo es el reflejo del carácter. Por la misteriosa relación entre la forma y la esencia, el cuerpo y el alma, la materia y el espíritu, vemos que si bien en todos cuantos de un modo u otro manejan la pluma subsiste el trazo peculiar de los signos gráficos, la forma de letra es tan distinta en cada individuo como la fisonomía, el timbre de voz y el modo de andar. Así como no hay dos semblantes idénticos por mucho que se parezcan, tampoco hay dos formas iguales de letra,

y a tal punto llega esta diversidad, que por la letra se distingue no sólo el individuo, sino también el sexo, la nacionalidad y aun la época. Por esto a la forma de letra se la llama también con mucho acierto *carácter* de letra.

—Y ahí tienes por qué hay quienes aseguran que de la *forma* de letra se puede inferir el *carácter* de una persona. Si mal no recuerdo, a esta práctica con presunciones de ciencia la denominan grafología.

—No te diré que todo sean patrañas y farsas en esa nueva arte adivinatoria, pero me parece que todavía tienen la observación y la experiencia mucho trabajo por delante hasta que se lleguen a establecer los fundamentos psicológicos de la grafología y demás brinquiños de las ciencias ocultas.

—Sin embargo, yo creo que alguna relación ha de haber entre el *carácter* de letra y el *carácter* psicológico, porque a pesar de que en la mayoría de escuelas está la enseñanza de la escritura sujeta rutinariamente a la rigidez del modelo litografiado en el cuaderno o en la muestra, cada educando acaba por tener su peculiar carácter de letra completamente distinto de los demás, como también acaba por tener su personal carácter psíquico a pesar de haber estado sometido al mismo régimen pedagógico que sus condiscípulos.

—Fuera negar la evidencia si negáramos la re-

lación de índole todavía ignorada que indudablemente existe entre el carácter de letra y el de la personalidad; pero advierte que la letra es la forma y el pensamiento es la esencia, por lo que de poco le aprovecha, y menos aún en esta nuestra edad de la máquina, ser excelente pendolista a quien no acierte a expresar con exactitud, claridad y elegancia sus pensamientos o por flaqueza mental no tenga pensamiento alguno que expresar. Pero cuando la mentalidad del escritor es robusta, su cultura intensa, su erudición copiosa, su criterio claro, su ingenio fértil y fecunda su imaginación, entonces la pluma es en su mano agilísimo cincel con que plasmar el pensamiento en las formas de la palabra escrita. Por esto digo que el estilo es el carácter, y cuanto más entero, firme y recio sea el carácter del escritor, más personal, distinto y original será su estilo, porque vierte su alma en sus escritos.

—De modo que a tu entender el fondo lo es todo y la forma nada. ¿Pertenece al bando de los que no sólo desdeñan la forma, sino que aun se complacen en afearla creyendo que es originalidad su extravagancia?

—Líbreme Dios de contarme entre la coluvie de modernistas, dadaistas, futuristas y demás desequilibrados tan funestos al arte literaria como los cubistas al pictórico. No creas que soy un feti-

chista de la forma. Nada de eso. Le concedo la importancia que como continente de la idea le corresponde, pero a la atildada rigidez gramatical prefiero la espontaneidad y desenvoltura que no frise con el desaliño. Sin embargo, los autores noveles no deben descuidar la forma, sino que han de presentar sus primeras producciones con la necesaria pulcritud para influir favorablemente en el ánimo del editor.

—Ya comprendo. Si valiera la comparación, diría que la expresión es al pensamiento lo que el traje a la persona, y que así como sería locura presentarse hecho un guñapo, descosido, sucio y mugriento en casa de quien cuyo favor vamos a solicitar, no lo es menos ofrecer a los editores un manuscrito original de difícil lectura por lo garabateado y lleno de enmiendas y tachaduras. Así sucede que a pesar de las excelentes aptitudes literarias del autor y del verdadero mérito de la primeriza obra, la devuelvan los editores por el deplorable efecto que les causó su desaliñada presentación.

—Al autor de fama consolidada, que ya es lo que en el tecnicismo editorial se llama *una firma*, se le dispensan las incorrecciones de forma en gracia al vigor del pensamiento y al interés del asunto; pero el autor novel, de nombre desconocido, ha de hermanar en sus trabajos el fondo con la forma,

la idea con la palabra y presentar los originales escritos a máquina, en clara sintaxis, correcta ortografía y concertada prosodia o armonía de la palabra, de modo que la composición literaria revele desde las primeras líneas el buen gusto y el entusiasmo o inspiración del autor, sin el más leve trasluz de haber movido la pluma a impulsos del hambre, de la vanidad o de la pedantería, pues en este caso tiene segura la devolución o al menos el menosprecio de su trabajo.

—Mucha verdad es cuanto dices. Los editores están demasiado atareados para revisar los trabajos que se les envían, sobre todo si son muy extensos, y a lo sumo se detienen a leer tres o cuatro cuartillas; pero en cuanto cazan el primer gazapo, o les arranca una sonrisa despectiva la primera incoherencia, pronuncian tácitamente el fatídico *no ha lugar*, que si no mata por lo menos hiere gravemente las ilusiones del autor.

—A pesar de todo, la portentosa difusión de la imprenta con sus nuevos y rápidos procedimientos de composición y tiraje, ha multiplicado en tales términos las publicaciones de toda índole, que si continúa la progresión en creciente pronto será mayor el número de escritores que de lectores. No sé que atractivo tienen las letras de molde que pocos resisten a la tentación de ver su nombre impreso en ellas, y más aun si pueden ponerlo como

firma de un trabajo literario, aunque sea un artículo de circunstancias o siquiera un remitido, carta o comunicado en cualquier periódico.

—Pues ahí donde ves la balumba de escritos publicados, todavía es mucho más tremenda la de los que ni aun con el máximo de benevolencia merecen los honores de la publicidad. La mayor parte de los rechazados revelan falta de propósito. Otros son una urdimbre de palabras trazadas en el papel sin significado mental. Muchos no tienen orden ni plan ni concierto, y también los hay que no van más allá de un amasijo de lugares comunes que en resumidas cuentas no dicen nada de nuevo ni de bueno.

—Todo eso proviene a mi entender de la falta de gimnasia mental en las escuelas primarias. Muchas lecciones de memoria, mucho recitado de poesías y diálogos en las fiestas escolares de relumbrón, mucha copia de modelos convencionales, pero ni pizca de ejercicios de expresión oral y gráfica del *pensamiento propio* en que consiste la verdadera *educación intelectual*, fundamento angular de la vida optimista. Nos devanamos los sesos buscando remedio para los vicios individuales y colectivos, sin advertir que la única farmacopea eficaz está en la escuela. Ya es un tópico manido decir que los niños de hoy han de ser los hombres de mañana, y sin embargo, tratamos en las escuelas

a los niños como si nunca hubieran de llegar a ser hombres.

—Tienes razón. Así resulta que gran número de jóvenes con naturales aptitudes para el arte de escribir denotan en sus escritos falta de disciplina mental, porque no aciertan a ordenar sus pensamientos, sino que los amontonan a trochemoche como trastos viejos en desván. Tienen excelentes ideas, pero no saben diferenciarlas y las estropean en la expresión. Desconocen la consecuencia lógica y en sus escritos no hay principio, medio y fin. Sin embargo, se figuran que su obra ha de recibirse con interés y aplauso.

—Ahí está el toque. Lo más extraño es que lo evidente en el orden material cueste tanto de reconocerse en el orden intelectual. Supongamos que un comerciante tuviera hecha su tienda un revoltijo de géneros en que se entremezclaran el calzado con los abanicos y las sedas con las mantas. ¿Quién entraría a comprar en aquel tenderete de rastro? Por el contrario, el hábil comerciante divide su tienda en tantas secciones como diversidad de artículos ofrece a las necesidades y gustos del público. Verdaderamente la Epístola de Horacio a los Pisones es de perpetua actualidad y nadie debería atreverse a escribir para el público sin antes leerla y meditarla.

—Otra circunstancia que también suelen igno-

rar los escritores inexpertos, sobre todo los que aspiran a meter la pluma en los periódicos, es la concisión. Por lo general diluyen el pensamiento en un mar de palabras y se extienden en prolijidades que en vez de aclarar ofuscan las ideas. No advierten que hoy día los periódicos de profusa circulación destinan gran parte de su espacio al lucrativo anuncio; y además, son tantos y tan variados los asuntos de índole política, económica, social, informativa y de actualidad mundial, reflejados diariamente en las páginas del periódico cual facetas de la complicada vida moderna, que sólo pueden repercutir en ellas como ecos de la opinión los escritos que traten sin ampulósidades de algún tema de público interés.

—Realmente es envidiable cualidad la concisión.

—Con tal que no caiga en laconismo, porque si la ampulosidad encubre el pensamiento como fruto escondido en enmarañada hojarasca, el laconismo desmocha la expresión tan rudamente que no deja comprender el pensamiento.

—Por lo mismo, la concisión evita ambos extremos y dice mucho en pocas palabras, pero sin menoscabo de la elegancia y galanura de la frase, al contrario del laconismo que desecha aun las más sobrias galas del lenguaje.

—Los escritores eminentes son concisos, no laconicos. Economizan la atención del lector, pero

procuran influir a la par en su mente y en su ánimo. No dejan al cuidado del lector nada de lo que pueden hacer por él ni encapotan su pensamiento con palabrería inútil y confusos circunloquios; sino que se transparenta en la tersa superficie de un claro, sencillo y límpido lenguaje.

—Por otra parte, como diría el doctor Grullo si resucitase, cuanto más ordenada y clara es una prosa más fácilmente se lee y mejor se comprende, porque el pensamiento no está oscurecido por palabras rimbombantes ni frases enmarañadas. Cada vocablo ocupa el lugar en que más eficazmente contribuye a la inconfudible expresión del pensamiento.

—En cambio, ahí tienes que no hay lector capaz de aguantar ni medio capítulo de esos autores enigmáticos con pretensiones de herméticos, cada uno de cuyos párrafos es un logogrifo la mayor parte de las veces indescifrable. A nadie le gustan las lecturas trabajosas. Quien no busca amenidad y recreo en un libro, busca conocimientos útiles para prosperar en su profesión o para cultivar su mente, y si en vez de recreo o estudio encuentra rompecabezas o galimatías incomprensibles, no seguirá adelante en la lectura.

—Sin embargo, en esto como en casi todo hay excepciones.

—¿Cuáles?

—Las de quienes presumen de sabios, y aunque no entiendan ni jota de lo que leen, se deshacen en alabanzas al autor poniéndole en más alta nube cuanto más intrincado y laberíntico.

—Pero esos ni siquiera logran engañarse a sí mismos. Si el autor no es ameno fracasará de seguro.

—¿Y en qué consiste la amenidad?

—Pregúntame qué es la luz, qué el fuego, qué el rayo y acaso me fuera más fácil responderte. Es indefinible como los colores. Es algo que atrae, cautiva, embelesa, fascina el ánimo del lector e identifica su mente con la del autor hasta el punto de que le parece como si personalmente lo conociera y lo tuviese delante. Es la amenidad en el estilo lo que el perfume en el nardo, el gorjeo en el ruiseñor, la luz en la estrella y el agua en la fuente. Es el misterioso imán que durante la continuada lectura desde el prólogo al índice retiene el libro en manos del lector.

—Así no basta para escribir bien ser profundo gramático y sobresaliente retórico.

—Desde luego que no. La Gramática y la Retórica enseñan el tecnicismo del arte de escribir, el manejo y combinación de las palabras como el tecnicismo pictórico enseña el manejo y combinación de líneas y colores, y el tecnicismo musical el de los sonidos; pero ni cien Gramáticas ni mil Re-

tóricas enseñarán a nadie a pensar ni a ser ameno y atractivo en la expresión de sus pensamientos.

—De lo que dices infiero que los escritores noveles aprenderían más fácilmente a componer en prosa si antepusieran el interés del lector al suyo propio, procurando amenizar la lectura o por lo menos disminuir su aridez si el tema es árido, reduciendo cada frase a su más mínima expresión compatible con la claridad y la elegancia.

—Como los atavíos femeninos ¿no es eso? Ni la superabundancia de cintas, lazos, encajes y joyas ni la penitente sequedad de los hábitos monjiles.

—No está del todo mal el símil. Pero aún queda algo por decir.

—Pues dilo en tan pocas palabras como puedas y dame ejemplo de concisión.

—Procuraré complacerte si no se me destornilla la lengua. El escritor novel ha de revisar varias veces su obra antes de entregarla al juicio ajeno. Es lo que se llama trabajo de lima, suprimiendo las superfluidades, de modo que sin menoscabo del pensamiento sea la expresión más sencilla y vigorosa. Si así lo hace, le sorprenderá ver cuántas palabras puede suprimir y cuantas repeticiones eliminar.

—Ese mismo consejo da Horacio si no me equivoco. Dice que al concluir de redactar un escrito destinado a la publicidad, conviene guardarlo des-

pués y volverlo a poner en espera de segunda revisión hasta pulirlo del todo sin detrimento de su primitiva espontaneidad.

—Pues yo creo que todos los próceres de la literatura universal escribieron por impulso propio según aconseja Horacio, porque todos expresaron pojaron la expresión de sus ideas de superfluos sus pensamientos en transparente lenguaje. Desverbalismos. Escogieron las palabras exactamente apropiadas al matiz de su pensamiento. No dejaron sedimento alguno que el tiempo pudiera alterar o corromper y así viven perpetuamente. ¿Cómo podrá el tiempo borrar ni una sola frase del sublime razonamiento de Marcela en *El Quijote*, del inmortal discurso de Lincoln en Gettysburg, del *Salmo de Vida* de Longfellow, o del shakespeariano monólogo de Hamlet? ¿Cuántos siglos han de transcurrir para que caigan en olvido las parábolas de Cristo, el Sermón de la Montaña o la *Elegía* de Gray?

—Bien dicho. Si hemos de creer a sus biógrafos, los autores de monumentos literarios los computaron pacientemente durante muchos años de trabajo. No brotaron de su mente como Minerva de la cabeza de Júpiter.

—Permíteme que te contradiga, porque según aseguran quienes tienen motivos para saberlo o por lo menos para conjeturarlo, Cervantes escribió

de un tirón la primera parte de *El ingenioso hidalgo*.

—No importa. Esa misma excepción, si fuese cierta, confirmaría la regla. Cuando un autor escribe a vuela pluma una obra maestra, prueba es de que la tenía ya acumulada en su cerebro a copia de tanto pensar en ella. Yo me imagino el cerebro, y perdonenme los señores fisiólogos si desvarío, como una especie de acumulador de ideas y pensamientos que se descargan sobre el papel por conducto de la pluma. O si el símil no te satisface, podemos compararlo a una esponja que se empapa en el oceano mental que nos rodea y luego no tiene el autor más que escurrir para que chorreen los pensamientos.

—De ese modo, la dificultad está más bien en el arte de pensar que en el de escribir.

—Exacto. ¿Qué perpetúa la fama de un autor? ¿Su estilo? ¿Sus imágenes retóricas? No en verdad. Son sus pensamientos, la sentencia profunda, la máxima lapidaria, el apotegma filosófico, unas cuantas palabras que como el *mens sana in corpore sano* y el *ars longa, vita brevis*, van repitiendo sin cesar las generaciones porque entrañan una de aquellas verdades que inalterables perduran a través del espacio y del tiempo. En cambio hay grafómanos que escriben centenares de volúmenes y están ya muertos en vida.

—Veo que para dominar el arte de escribir se necesita ser un genio.

—No lo creas. Basta con el talento. Generalmente los genios prefieren la acción al discurso, el hecho a la palabra. El laboratorio, el museo, el archivo, la clínica, el gabinete son para ellos la portada del libro.

—Ahí tienes a Kipling, por ejemplo. ¿No te parece que sus obras han de aumentar de valor con el tiempo? ¿No crees que es un genio de la literatura y del arte?

—Desde luego que sería inicuo negarle poderoso talento; pero cuenta que antes de publicar una obra, revisa y rehace el manuscrito ocho o diez veces hasta expresar con vigorosa concisión y claridad su pensamiento.

—Contra ese ejemplo tenemos el de Lope de Vega que componía una comedia en veinticuatro horas.

—Pero dime si del fecundo fénix de los ingenios españoles queda en el regazo de la fama ni una siquiera de esas comedias efímeras. La parte imperecedera de su labor es la que le costó mayor trabajo.

—Bueno sería que los autores noveles prolongasen algo más la gestación mental de sus fetos literarios. Escriben una novela corta en tiempo todavía más corto y luego se resienten si les de-

vuelven el manuscrito con la consabida excusa del exceso de original. Un editor experto echa de ver fácilmente si el trabajo literario del autor novel denota concentración mental y perseverante esfuerzo, porque en cada frase se refleja la mentalidad del escritor. El ojo sagaz descubre cualquier desaliño en la expresión y el desconocimiento de la índole del idioma. Advierte la febril precipitación de aquel *harbar, harbar como sastré por Pascuas*, según dice Cervantes cuando habla de los escritores desbocados, sin paciencia para escoger el vocablo más congruente con la idea.

—Insisto en mi opinión de que nadie puede ser maestro en el arte de escribir si no domina el asunto, tema o argumento de su obra. Debe haber pensado mucho sobre él antes de mojar la pluma. Por poco sentido crítico que tenga el lector conocerá si el autor es un especialista en la materia que trata con autoridad adquirida por la investigación y el estudio o si tan sólo es eco del pensamiento de otros autores.

—De acuerdo. Si el autor no conoce a fondo el asunto, forzosamente se le habrá de descubrir la hilaza.

—Otro requisito indispensable es el entusiasmo de que en modo alguno puede hallarse poseído el escritor superficial. Pero quien se enamora de un asunto y por el estudio llega a dominarlo e inflama

su alma en el fuego del entusiasmo, lo describe y explana con levantado espíritu. Entonces escribe por amor al arte de escribir, no porque se vea forzado a manejar la pluma como galeote el remo. Escribe porque tiene algo que decir, no por capricho de decir algo.

—En resumen, que no confundes el escritor con el grafómono.

—Eso es. El grafómono, el que tiene la manía de escribir, como a otros les da por coleccionar billetes de tranvía, yerra tanto como quien mucho habla. La garrulería es su fuerte y su reducto la obstinación. A mi parecer, y con esto concluyo, el escritor ha de sentirse movido a tomar la pluma, con tanto entusiasmo como el misionero empuña la cruz, para escribir algo digno de ser leído. No es posible que el lector sienta lo que antes no sintió el autor. Si no está conmovido por el asunto hasta lo más íntimo de su ser, si su sentimiento no vibra trémulamente en los puntos de su pluma hasta diluirse en la tinta, no espere conmover al lector ni clavar su atención en una página desmayadamente escrita.

—También para concluir te diré por mi parte que cuando leo a uno de mis autores predilectos me siento transportado a ultraterrestres esferas. Cada palabra me parece animada por una misteriosa corriente de energía mental mucho más in-

tensa que la que fluye por los alambres eléctricos. Cada línea me transmite un estremecimiento de placer intelectual. Vuelvo a leerla y se reproduce el choque. Cada lectura es para mí un refrigerante tónico de la mente y una suave caricia para el alma que brinca de júbilo en su almario. En las frases, cláusulas y períodos centellean los pensamientos y emociones del autor, y la página entera palpita de interés humano, está caldeada por la simpatía y henchida de intensa vitalidad. Me sería fácil documentarme en el espíritu de la obra para trazar la vida del autor porque las páginas parecen un panorama de sus vicisitudes y experiencias. Cada frase revela un episodio de su vida. Veo al autor a través de su obra tan clara y distintamente como si en carne y hueso lo tuviese delante.

XII. VENCIMIENTO DE LAS DIFICULTADES.



En las contiendas de la vida, de poco sirve el hombre de flacas coyunturas y desmayado ánimo, a quien los granos de arena se le figuran montañas y oceanos las gotas de agua, que se asusta de un estornudo y en todo imagina insuperables dificultades aun mucho antes de tropezar con ellas. En nuestra época de incesante actividad sólo prospera quien lleva retratada la victoria en su rostro, quien vence la oposición a cuyo choque se rinden sin combatir las mentes débiles y no rehuye los problemas difíciles cuya resolución le exigen las vicisitudes de la vida, sino que domina todo cuanto se le va presentando en su camino.

Las gentes que fracasan o que no prosperan tienen el siniestro don de evocar y provocar dificultades en todo cuanto emprenden. Las ven desde muy lejos y paralizan sus esfuerzos. En cuanto se resuelven a la acción, recelan la dificultad, la esperan y por consiguiente la hallan.

Parece como si llevaran anteojos obstaculizadores que sólo les dejasen ver dificultades. Siempre tropiezan en su camino con un *pero* o un *no*

podré, que basta para disuadirlos de dar el paso necesario o hacer el enérgico esfuerzo que colmaría sus anhelos.

Así, por ejemplo, los tímidos, apáticos y abúlicos se figuran que es inútil presentarse a solicitar una colocación que han visto anunciada, porque a su entender se les habrán adelantado en la solicitud un centenar de pretendientes. Ven a tantos y tantos desocupados, que pierden toda esperanza de lograr empleo, o si desempeñan alguno, si ya están colocados, forjan en la imaginación multitud de obstáculos para su adelanto y cuando ocurre una vacante no solicitan el ascenso.

Nadie podrá alzarse a muy alto nivel si consiente que le echen la zancadilla o le cierran el camino los obstáculos. La magnitud de su éxito estará en proporción de su capacidad para erguirse triunfante sobre los tropezaderos en que cayeron otros.

Cuando oigo quejarse a un joven de que no tiene suerte; cuando se lamenta de que el destino lo ha sentenciado a vitalicia medianía y que nunca podrá emprender cosa alguna por su cuenta, sino que siempre habrá de trabajar por la ajena; cuando veo que en todas partes encuentra impedimentos y me dice que él haría esto o lo otro si tuviera quien le ayudara a dar los primeros pasos, comprendo al punto que hay en él muy escaso

material de éxito, que no es de la madera de los que triunfan y vencen en los empeños de la vida.

Un joven así cree que no está al nivel de las contingencias que ha de afrontar, confiesa su debilidad, su ineptitud para salvar los obstáculos que otros desbaratan. Cuando un hombre nos dice que la suerte le es contraria, que no ve camino expedito para hacer lo que quisiera, reconoce con ello que no es dueño de la situación, que ha de rendirse a las contrariedades, porque no es lo bastante fuerte y poderoso para vencerlas. Probablemente no tiene su espinazo la suficiente resistencia para mantener derecha una paja.

Flaco de voluntad es quien siempre ve un león dispuesto a devorarlo en el camino por donde intenta dirigirse a la realización de su propósito, y cuya determinación no es lo bastante firme para vencer el obstáculo. Teme el esfuerzo perseverante y el trabajo penoso. Anhela el éxito, pero le asusta pagar lo que cuesta. El deseo de darse buena vida, de recrearse y tomar las cosas que más fáciles se le muestran, anula su ambición.

Las dificultades os parecerán mayores o menores según sea menor o mayor vuestra voluntad de vencerlas.

Quien propende a agravar las dificultades no tiene los bríos ni el tesón necesarios para triunfar. No quieren sacrificar algún tanto de sus comodi-

dades y placeres. Prevén tantas fatigas en abrirse paso a través del estudio o del comercio emprendido sin mucho capital, que ni estudian una carrera ni se dedican a la profesión mercantil. Siempre andan en espera de que alguien los ayude y empuje.

Cuando un muchacho me dice que ansía recibir educación, que anhela ir al colegio, pero que no tiene quien lo proteja como a otros muchachos, y que si su padre fuese rico para darle una carrera él podría seguir adelante con lucimiento, comprendo perfectamente bien que aquel muchacho no desea de veras educación, sino que tan sólo apetece adquirirla sin gran esfuerzo. No la anhela como la anheló Lincoln.

Cuando un muchacho dice hoy día que no tiene facilidad de ir al colegio, siendo así que hasta las niñas sordo-mudas y ciegas encuentran coyuntura favorable de recibir educación apropiada a sus desgraciadas circunstancias personales, conozco que su tendencia a ver dificultades en todo no sólo le retraerá de los estudios sino que probablemente le hará perder la mayor parte de cuanto vale algo en la vida.

El joven que después de pensar lo que desea hacer en el mundo, principia a erizar de obstáculos su camino, a agravarlos y preocuparse de ellos hasta convertirlos en montañas para recelar al punto que han de surgir otros nuevos, no será

jamás hombre capaz de magnas empresas. Quien se detiene a considerar y poner en la balanza de su incertidumbre todas las posibles objeciones, riesgos y peligros, nunca hace cosa de provecho. Es un pigmeo nacido para menudencias. Da mil rodeos a un obstáculo y sigue adelante mientras puede caminar fácilmente, pero se paraliza en cuanto topa con las asperezas.

El hombre fuerte, positivo, de ánimo resuelto, que se traza un plan con la inquebrantable determinación de realizarlo, se encamina derecho a la meta sin que lo amedrenten las dificultades.

No significa esto el olvido de la prudencia ni mucho menos el elogio de la temeridad. Bueno es pesar el pro y el contra de las cosas y calcular serenamente las probabilidades de éxito y los riesgos de fracaso para tomar de antemano las medidas conducentes al logro de la empresa, compulso su magnitud con la de las propias fuerzas. Pero también conviene no disfrazar el miedo con el nombre de prudencia ni confundir la precaución, siempre necesaria, con la abulia, en todo caso funesta.

Al débil, tímido y desmayado no le faltan nunca excusas con que cohonestar su apatía. Desde luego que si tuviera la seguridad del éxito, se lanzaría sin vacilar a la empresa; pero por leves que sean las sombras que vea o se imagine en lontananza,

vuelve atrás en su camino o se desvía por suaves y floridas pendientes en vez de trepar denodadamente por la áspera cuesta que conduce a las cumbres de la prosperidad.

A estos jóvenes sin voluntad ni energía suficiente para arrostrar con viril entereza las vicisitudes de la vida se les puede aplicar la moraleja de la fábula. Encaramóse la mona a un nogal y arrancando una nuez la mordió en la cáscara; pero al notar su amargo sabor la tiró al suelo, y quedóse sin comer. Si hubiese perseverado en los mordiscos, seguramente encontrara la sabrosa semilla que la resarciera de los primeros sinsabores. Así malogra el éxito quien desiste de su empresa al tropezar con las primeras dificultades.

Los hombres que realizan grandes cosas no pierden el tiempo en perplejidades ni andan con dudas ni recelos de si podrán o no sobreponerse a ellas. Miran fijamente a su ideal y tienen el fin de su empresa tan persistentemente ante la vista y les parece tan apetecible y grandioso, que las etapas intermedias no tienen para ellos la menor importancia por embarazosas y abruptas que sean.

El hombre de recia voluntad pregunta únicamente: "¿Es posible tal cosa?" No pregunta: "¿Cuántas dificultades encontraré?" Si la cosa pertenece al dilatado mundo de lo posible, no serán insuperables los obstáculos. Lo necesario es que la

fuerza de voluntad y la suma del conocimiento excedan a la resistencia del obstáculo.

Una moneda colocada delante de los ojos intercepta la luz del sol. Según sea el punto de mira, un peñasco puede ocultar una montaña. Si el hombre de ánimo encogido mira muy de cerca las menudas dificultades no verá los grandes ideales que a lo lejos le prometen el triunfo a cambio de su perseverante esfuerzo.

Por lo general, los que desempeñan cargos de responsabilidad y están acostumbrados desde largos años a los métodos y procedimientos que aprendieron en su juventud son los más refractarios a toda innovación que amenace dar al traste con sus rutinas. Las corporaciones oficiales y los cuerpos consultivos de toda índole se distinguen deplorablemente por su enemiga a cuanto signifique alteración del régimen vigente en su respectiva modalidad. Cuando se les somete a consideración o estudio un proyecto, lo reciben con el prejuicio de calificarlo de utopía. No se colocan respecto de la nueva idea en favorable disposición mental, sino que llevados de su rutinario temperamento lo diputan desde luego por imposible. En vez de aplicarse con buena voluntad a descubrir las ventajas del proyecto, se gozan en ir buscando con microscopio sus inconvenientes. En todo ven obstáculos y dificultades, y si de ellos de-

pendiera nada se llevaría a buen término en el mundo. Viviríamos como ranas en charca o gallinas en corral, sin esperanza de que el hoy fuese mejor que el ayer ni el mañana más dichoso que el hoy.

La historia de los grandes descubrimientos e invenciones equivale a la historia del vencimiento de las dificultades. Todos los hombres eminentes, los faros de la humanidad, hubieron de sufrir las amarguras del desprecio, la incomprensión y el sarcasmo antes de alcanzar la victoria. A ninguno le fué fácil el triunfo y muchos de ellos ni siquiera disfrutaron en vida los favores de la fama. Sus contemporáneos no los comprendieron ni los apreciaron y cuando ya era tarde para recibir personalmente el premio debido a sus méritos, lo depositó sobre su tumba la posteridad.

El joven destinado a triunfar, podrá prever las dificultades, pero no las teme porque sabe que no son superiores a su denodada determinación. Siente en sí una fuerza infinitamente superior. Sabe muy bien que con indomable voluntad podrá vencerlas. Para su decidido ánimo no existen. Los Alpes no existieron para Napoleón, no porque dejaran de ser la ingente cordillera casi infranqueable en el rigor del invierno, sino porque tenía un corazón mucho mayor que los Alpes. Sus generales veían las montañas alpinas con todas sus terrorí-

ficas dificultades y les parecía temeridad el sólo pensamiento de atravesar tan peligrosos pasos; pero el genial caudillo veía más allá de las perpetuas nieves, las verdecientes planicies de Italia donde le aguardaba la Victoria vibrando en su diestra las triunfales palmas.

Poned mi consejo en obra y veréis cómo el hábito de aminorar los impedimentos y las dificultades, de hacer cuanto mejor podáis toda obra que se os venga a las manos, de intensificar lo placentero y agradable y reducir a su más mínima expresión lo desagradable y molesto, os ayudará maravillosamente no sólo en vuestra labor, sino también en el goce de la interna dicha. Transmutará lo ingrato en agradable, eliminará el fastidio de las tareas enojosas y facilitará de sorprendente manera los ajetreos y vaivenes de la vida, proporcionándoos una satisfacción de ánimo mucho más intensa y duradera que la intranquila posesión de las materiales riquezas. Os sentiréis en camino de ser hombres cabales. El alma luminosa, pujante y optimista no pierde el equilibrio al pasar por las pruebas, estorbos y dificultades que trastornan a otros y los sumen en la desgracia y la miseria.

No es posible que el hombre, la obra más noble de la Creación, esté destinado fatalmente a ser juguete de menudencias y víctima de obstáculos más aparentes que reales. La exasperación y la irascibi-

lidad ante las dificultades denontan flaqueza de carácter, voluntad débil, falta de dominio propio y sobre todo desequilibrio mental. Nadie, ni aun la misma omnipotencia, es capaz de hacer que un hombre vea las cosas blancas con anteojos azules. Aquellos famosos versos:

En este mundo traidor
Nada es verdad ni es mentira,
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

encierran una profunda verdad filosófica, porque el cercano porvenir, la etapa inmediatamente próxima de la jornada de la vida tomará el color del cristal con que la miremos, es decir, ofrecerá el aspecto que le dé la disposición optimista o pesimista en que coloquemos nuestra mente.

Pero esta disposición no depende de agentes externos. Es como un dispositivo mecánico accionado por la voluntad, aunque mejor resultaría el símil si dijéramos que los agentes externos sólo pueden acomodar a su índole la disposición mental, cuando el agente interno, la voluntad, no es lo bastante robusta para mantener la supremacía e invalidar la influencia de los agentes exteriores.

Todos tenemos en la voluntad la potencia que debidamente actualizada es capaz de transmutar lo negro en blanco, lo ingrato en placentero. Todos llevamos en nuestros adentros la diáfana lente

capaz de convertir la mortecina claridad del ocaso en los irisados fulgores de la aurora.

Nadie prosperó gran cosa en el mundo hasta que aprendió a apartar de su camino cuanto pudiera estorbarle, y a deshacerse a toda costa de lo que le obstruía el paso.

Desde luego se ha de entender esto en sentido optimista y en modo alguno en el pesimista de quienes no reparan en los medios para llegar al fin y cuya única aspiración en este mundo es enriquecerse aunque sea aplastando al prójimo. El joven anheloso de la verdadera hombría ha de estimar en mucho más la honra que el provecho logrado con menoscabo de la honra.

Antes se decía que honra y provecho no caben en un saco, como dando a entender la dificultad de amasar fortunas sin meter mano en la masa del vecino; pero hoy día se han multiplicado tan asombrosamente las ramas de la actividad humana, que ante los pasos del joven resuelto a trabajar se abren numerosos caminos por donde seguir adelante sin dejar jirones de honra entre los zarzales de la orilla.

Ha de tener el joven en cuenta que la mayor dificultad no se la suscitarán los extraños, sino su propio egoísmo, su apetencia de goces, comodidades y placeres. La pereza, la gula y la lujuria son las tres falaces sirenas cuyos halagos empujan al

joven hacia el terrible escollo del fracaso. Hijos suyos son la timidez, la duda y el miedo, los tres peores enemigos de la dicha humana. Sin embargo, no son invencibles. Vigild vuestros puntos débiles, venceos primero a vosotros mismos y venceréis todo lo demás.

Los obstáculos son como los gozquejos que os salen al paso ladrando con aparente furia y os persiguen si de ellos huís, pero que en cuanto les plantáis cara y levantáis el brazo contra ellos, se escapan con el rabo entre piernas aunque no cesan de ladrar. Así las dificultades huyen ante quien sin temor las afronta, aunque le parezcan formidables al tímido y vacilante que de ellas se asusta y más tremendas todavía al que de ellas se preocupa.

Carlota Perkins Gilman, en su poesía: *El obstáculo*, describe la subida de un caminante por la falda de una montaña, llevando auestas pesada carga, cuando de repente le cerró el paso un formidable obstáculo que puso espanto en su corazón. Desmayó de pronto el caminante, pero recobrando ánimos, suplicó al obstáculo cortésmente, sombrero en mano, que se apartase del camino. Pero el obstáculo no se movió. Entonces, encolerizado el caminante amenazóle con el bastón. Pero el obstáculo permaneció tan indiferente a la amenaza como a la súplica. El caminante se detuvo desesperanzado de proseguir su ascensión a la cumbre, cuando de

pronto se le ocurrió la idea de reanudar la marcha tan sereno y tranquilo como si no estuviese el obstáculo delante, y al acercarse vió que se había desvanecido. Era un jirón de niebla lo que de lejos le parecía un peñasco.

Así la mayor parte de las dificultades se desvanecerían si en vez de detenernos a contemplarlas con temeroso recelo, nos dirigiéramos con serena disposición mental a su encuentro.

Por otra parte, el vencimiento de las dificultades requiere que el ánimo del joven bisoño en las lides de la vida reciba el estímulo y aliento que mayormente pueden infundirle las biografías de los hombres y mujeres cuyo paso por el mundo fué un incesante combate con los obstáculos que entorpecían su marcha hacia la meta de sus nobles aspiraciones. La vida de los hombres que con su esfuerzo contribuyeron en distintas épocas al progreso de la humanidad y que al propio tiempo se elevaron a las cimas de la fortuna y el bienestar desde los más humildes planos sociales, es un constante espoleo de las aspiraciones juveniles, porque el ejemplo que dan mantiene vivos en la mente los ideales y despierta aletargadas energías.

Quien no haya recibido en su niñez la suficiente educación y desee perfeccionarse para obtener todo el provecho posible de su natural talento y congénitas aptitudes, hará bien en leer las biografías de

los hombres y mujeres que hubieron de luchar penosamente para educarse. Entonces podrá preguntarse en reflexivo soliloquio: "Si Lincoln se educó en una cabaña perdida entre los bosques, a pesar de las dificultades materiales que se oponían a su empeño ¿por qué no he de poder yo? Si Elena Keller, ciega y sordo-muda, logró cultivar su mente en mayor grado que otras jóvenes en pleno goce de sus cinco sentidos, ¿por qué no he de ser yo capaz de vencer cualquiera dificultad que se atraviere en mi camino, pues no soy ciego ni sordo ni mudo?"

Al veros sumidos en las profundidades de la desesperación pensad en lo mucho que vale la posibilidad de evocar ante vuestra presencia los grandes caracteres que lucharon y vencieron. Por pobre y mísera que sea vuestra situación, aunque la sociedad frívola y presuntuosa os menosprecie, la imaginación os capacita por medio de la lectura para rodearos de las almas escogidas que legaron a la posteridad el ejemplo de su vida.

La posibilidad de ponernos en íntima relación mental con los héroes y genios, de comunicarnos constantemente con aquellos a quienes admiramos, de evocar en un momento a quienes cuyos triunfos sobre la pobreza y la desgracia puedan servirnos de perpetuo estímulo, disipará nuestra melancolía, desvaneciendo el pesimismo y espoleándonos el áni-

mo para transportarnos de la pereza a la diligencia, de la tediosa inacción a la placentera y entusiasta actividad.

No podemos menos de imitar en algún grado a los héroes cuyo recuerdo se mantiene vivo en nuestra mente. Las sugerencias de este modo sostenidas van modificando favorablemente nuestro carácter.

Sin embargo, las biografías de más provechosa lectura para la juventud no son las de los guerreros y conquistadores que cruzaron por la tierra como refulgentes cometas o deslumbrantes meteoros. Julio César, Oliverio Cromwell, Federico el Grande, Napoleón, son astros de primera magnitud en el cielo de la humanidad, que mayormente mueven a la admiración que al ejemplo. Los jóvenes gustan de leer las hazañas guerreras por lo que tienen de maravilloso, pero no se consideran capaces de imitarlas ni obtienen de la lectura el estímulo y aliento que les infunde la de las vidas de quienes no fueron devastador azote, sino fecundante rocío de la humanidad.

El triunfo de las comunes virtudes, de la ordinaria capacidad es mucho más alentador que los coruscantes relampagueos de la espada. Todas las proezas de los conquistadores no valen para estímulo de la juventud lo que vale la silente pero heroica proeza de Newton cuando su perro *Diamante* derribó con las patas la bujía cuya llama

consumió en pocos momentos las notas, apuntes y cálculos que le habían costado años de pacientes cavilaciones. En vez de exasperarse, de ponerse fuera de sí, rojo de cólera, como hubiera tenido motivo para ello otro de más arrebatado carácter, el incomparable matemático se limitó a exclamar resignadamente: "¡Ah! Diamante; no sabes el mal que me has hecho."

¡Cuán animados nos sentimos después de leer la inspiradora biografía de quienes desbarataron las dificultades que les obstruían el camino del éxito. Durante algunos minutos nos identificamos con el carácter del héroe y nos parece que asumimos la misma personalidad que ha despertado nuestra simpatía y movido nuestra admiración. Creemos tener de momento las mismas virtudes que admiramos.

Las biografías de los hombres que por el trabajo, la virtud y el valor llegaron al pináculo de la prosperidad venciendo cuantos obstáculos se oponían a su paso, han sido el punto de conversión y han determinado el cambio de conducta en millares de jóvenes que iban por tortuosos o equivocados senderos. Alentaron al desanimado para que se mantuviera firme cuando ya estaba a punto de capitular con la adversidad. Les infundieron renovadas esperanzas y recobraron la perdida confianza en sí mismos cuando hasta sus más íntimos

amigos y la propia familia les auguraban el irremediable fracaso, diciéndoles que sería tiempo y esfuerzo perdido perseverar en su propósito. El ejemplo tuvo mayor eficacia que la exhortación.

¿Quién podría computar el número de jóvenes que se resolvieron vigorosamente a luchar contra las dificultades después de leer las portentosas biografías de Lincoln, de Carnegie, de Rockefeller, de Patterson, de Eastman, de Edison y de tantos otros que han sido y todavía son potísimas palancas del mejoramiento humano? En el mismo Lincoln influyó intensamente la vida y hechos de Washington al leerla por vez primera a la luz de una vela de sebo en su desmantelada cabaña. Las vidas de Benjamín Franklin, Enrique Clay, Daniel Webster, Wendell Phillips y otros insignes héroes del trabajo y de la perseverancia en el propósito, encendieron en millares de jóvenes las luces que con el tiempo han llegado a ser faros en la historia de la república estadounidense. En el hogar y en la escuela debieran ser lecturas predilectas las vidas de los hombres cuyas pacíficas hazañas constituyen el más glorioso timbre de la patria.

Las madres espartanas, para estimular en sus hijos nobles sentimientos y fortalecer su ánimo, los llevaban al Panteón donde inflamaba sus tiernas imaginaciones la vista de las estatuas erigidas en memoria de los héroes cuya historia refería la

madre con tanto entusiasmo, que el corazón del niño latía a impulsos de la emulación.

La mayoría de los padres no echan de ver hasta qué punto influyen las lecturas biográficas en el carácter de sus hijos. Creo que hay muchísimos jóvenes todavía perplejos acerca del rumbo que han de dar a su vida, que no han demostrado cuanto valen y pueden, y que recibirían admirable inspiración y estímulo de la lectura de las vidas de los hombres que vencieron las dificultades con que tropezaron en su camino.

El rector de la universidad de Cornell dice a este propósito:

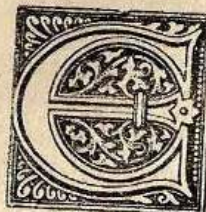
Lo más necesario para la juventud anhelosa de prosperar en el transcurso de su vida son lecturas que les enseñen la verdad, la sencilla moral que distingue entre la justicia y la iniquidad. Se necesita inculcar en los jóvenes la idea de que mucho más legítima y gloriosa que la celebridad de los guerreros, conquistadores, estadistas, políticos y oradores es la de los hombres cuya vida se levantó de la pobreza a la opulencia sin otro auxilio que el de su perseverante tesón en el trabajo honrado y su constancia en la lucha con las dificultades.

Verdaderamente quien nutre su inteligencia con los pensamientos y da ejemplo a su voluntad con las acciones de los hombres dignos de perpetua admiración, nunca se satisfará con los pensamientos rastreros y vulgares. Aspirará a algo más noble y

elevado y esta aspiración será la formidable palanca que remueva cuantos obstáculos le intercepten el paso. Cada día es una hoja del libro de la vida. No malgastéis ni un día como no arrancarías de propósito ni una hoja del libro de vuestra vida.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

XIII. LA HONRADEZ EN LOS NEGOCIOS.



N la no muy lejana época en que todavía era legal, aunque siempre injusta, la esclavitud en los Estados Unidos, un agricultor que había ido al mercado de esclavos, se detuvo ante un joven negro, de recia musculatura, mirada viva e inteligente, que parecía, si no contento, al menos resignado con su suerte. El agricultor se acercó al negro y preguntóle:

—¿Te portarás bien y serás honrado si te compro?

A lo que respondió dignamente el esclavo:

—Siempre he sido y seré honrado, tanto si me compra usted como si no.

Oímos decir frecuentemente que la honradez es la mejor norma de conducta, y la recomiendan aun los mismos que confiesan haber seguido el camino tortuoso y hablan por personal experiencia. Así es que no sólo en la profesión comercial, sino absolutamente en todas es indispensable la honradez para dominar el arte de hacer fortuna de modo que aprovechen las adquiridas riquezas.

Pero ¿en qué consiste la honradez? Vulgarmente se confunde con la probidad y se tiene por honrado a quien maneja fielmente los caudales ajenos,

y es escrupuloso recaudador o íntegro cajero, incapaz de distraer ni un céntimo de los fondos que se le confían.

Sin embargo, aunque la probidad es característica esencial y una de las más importantes de la honradez, no es la única, pues ha de estar complementada por otras cualidades que como la veracidad, la diligencia, la buena fe, la lealtad y la rectitud constituyen en síntesis el honrado ejercicio de la profesión.

Supongamos un médico incapaz de apoderarse ni de una punta de alfiler contra la voluntad de su dueño ni de extorsionar pecuniariamente a la familia del enfermo. Pero si bien es honrado en este particular aspecto de su carácter, de nada le servirá esta parcial honradez si la invalida con graves defectos de otra índole, como por ejemplo si no acude con la posible prontitud a la casa donde le llamen, si no pone todo su leal saber y entender en el examen del enfermo, si estando en duda sobre el diagnóstico, engaña a la familia acerca del carácter de la enfermedad o la agrava con sus palabras para darse importancia si es leve.

Un empleado comercial se creará modelo de honradez si en su vida desfalcó un céntimo ni sería capaz de semejante vileza aun cuando le confiaran cuantas reservas en oro tienen los Bancos de emisión. Pero ese aspecto de la honradez que-

dará en total eclipse si por otra parte descuida el cumplimiento de sus deberes, si habitualmente llega tarde al despacho o hace individual huelga de brazos caídos durante los ratos en que nadie le vigila.

En el frontispicio de la universidad de Harvard está esculpida la palabra *Vérité* que significa *Verdad*, como lacónico pero expresivo lema de la *honradez científica*, que consiste en no enseñar a los alumnos nada contrario a la conciencia del profesor ni a las comprobadas afirmaciones de la ciencia constituida, y en dar lo cierto como cierto, lo dudoso como dudoso, sin definir dogmáticamente lo que por estar todavía en tela de juicio o en vías de la práctica experimentación no ha merecido el común asentimiento de los sabios.

Por supuesto que no nos referimos ni fuera posible referirnos a la verdad absoluta, inaccesible hoy por hoy a la mente humana. Nos referimos a la verdad relativa, o sea a la sincera y leal expresión de lo que cada quién piensa, siente y quiere, como fiel reflejo de su alma. Desde luego que nadie está obligado a esta expresión si no tiene necesidad de manifestarla. Lo único que la honradez le exige es que cuanto diga, explique, relate o enseñe por voluntad o necesidad sea *honrada* y sincera expresión de sus pensamientos y emociones. Así en la entrada principal del jardín de la dicha uni-

versidad de Harvard se lee esta paráfrasis de un salmo de David:

Abiertas están las puertas de la rectitud para que por ellas entren los amantes de la verdad.

Cuando Eduardo Everett Hale estudió en la universidad de Harvard tuvo la suerte de ser alumno de Benjamín Pierce durante cuatro años, y dice a este propósito:

Nunca olvidaré ni tampoco olvidarán ninguno de mis veinte condiscípulos del aula de Análisis matemático, lo que sucedió un día en clase. Mandó Pierce salir a la pizarra a un alumno para que explicara la lección de repaso, y como en todas las universidades del mundo hay estudiantes desaprensivos, resultó que aquél traía copiadas en los puños de la camisa y en papelitos disimulados las fórmulas más difíciles que precisamente daban la clave de la lección. Pero una torpeza del alumno en el manejo de los secretos apuntes le descubrió la treta, y entonces el catedrático Pierce, pálido de indignación, se levantó de la cátedra y desde el centro de la tarima nos dijo con temblorosa voz: "¿A qué venimos aquí sino a investigar la verdad, si por acaso podemos alcanzarla? ¿Y aquí hay quien la finge! ¿El fingimiento en el templo de la Verdad! ¿Una mentira con máscara de sinceridad! ¿Un engaño con apariencias de Verdad!" Ninguno de los que oímos estas palabras de patética indignación las hemos olvidado y nos sirvieron de norma para no cometer falacia alguna en nuestra vida.

La mentira tiene siempre el meollo negro y podrido por blanca y tierna que sea la corteza.

La porfía mercantil y el afán de atraer compra-

dores ha perfeccionado en nuestra época admirablemente los métodos y procedimientos de publicidad, que como todo lo del mundo tienen dos aspectos: el verídico y el mentiroso, según sirva para la sinceridad o la falacia, la honradez o la bellaquería del comerciante que de ellos se vale. Los métodos de publicidad son los mismos en ambos casos. Sólo difiere la buena o mala fe con que se emplean.

Cuando leemos en las fachadas y escaparates de las tiendas esos llamativos letreros que a veces cubren el rótulo, diciendo en gruesos caracteres: "Liquidación verdad", "Más barato que nadie", "Precios de fábrica", "Ventas a cualquier precio", "Liquidación por cesar en el negocio", "Gran rebaja de precios sólo por quince días", "Gran liquidación de géneros procedentes de una quiebra", y otros anuncios por el estilo, resulta que casi siempre son redes tendidas para cazar incautos, porque si bien es cierta la rebaja en el precio, lo es mucho mayor en la calidad.

Un eminente estadista le escribía a su hijo:

La verdad, la justicia, la rectitud y la inquebrantable integridad nunca pueden desglosarse de la honradez. La mentira proviene de la ruindad, de la presunción, de la cobardía de un depravado temperamento, con la inevitable consecuencia de que siempre fracasa en su propósito y convierte al mentiroso en objeto de menosprecio. Sin estricta justicia, integri-

dad y honradez no es posible lograr duradero éxito en cosa alguna ni merecer el respeto de nadie. A todo embustero se le atrapa pronto o tarde y siempre más pronto de lo que él se figura. Con toda seguridad que si comprendes lo que la honradez vale y significa en su más amplia acepción, todo el mundo estimará tu carácter.

Escuchemos ahora lo que refiere un periódico del Oeste de los Estados Unidos:

Acomodóse un viajero en un coche de primera clase, amontonando en el asiento contiguo las maletas y paquetes de su equipaje. Fueron entrando viajeros hasta llenar por completo el coche, y entonces preguntó un caballero al de los paquetes si también aquel asiento estaba ocupado, a lo que respondió diciendo:

—Sí, señor. Estos paquetes y maletas son de un viajero que acaba de trasladarse al reservado de fumadores y no tardará en volver.

—Pues bien—repuso el otro—mientras vuelve me sentaré yo aquí.

Y sin añadir palabra, puso las maletas en la percha y los paquetes debajo del asiento, acomodándose en aquel lugar.

El así chasqueado echó una mirada de indignación, pero no pudo replicar, porque lo del fumador era un pretexto. Pasadas dos estaciones llegó nuestro hombre a su destino y quiso recoger el equipaje; pero el otro le atajó la acción diciendo:

—Usted me perdone. Estos bultos, según usted me dijo, pertenecen al viajero que está en el reservado de fumadores, y por lo tanto creo de mi deber impedir que usted se los lleve, pues no son de usted como usted mismo ha dicho.

El embustero puso entonces el grito en las nubes, pero su oponente no consintió que tocara las maletas y llamó al revisor, quien después de escuchar a los dos, le dijo al que iba a bajar del coche:

—Está bien. Los bultos quedarán a mi cuidado hasta que el tren llegue a la estación de término, y si entretanto no los reclama nadie, podrá usted venir a buscarlos.

Entre los aplausos de los pasajeros, hubo de bajar aquel hombre del coche sin su equipaje en el momento en que arrancaba el tren, y le fué preciso ir al día siguiente en busca de los bultos que le entregaron en la estación principal. Algo cara pagó con ello la mentira que inventó para aprovecharse de un asiento que no le pertenecía.

Dice sobre el particular Margarita Sangster:

Sabido es que quien suelta una mentira se ve obligado a cohonestarla con muchas más que se enzarzan unas con otras como las cerezas, hasta el punto de que antes de que el mentiroso lo advierta se ve en situación terriblemente comprometida. Pero no para aquí la cosa. La posibilidad de decir una mentira en cualesquiera circunstancias denota flaqueza de carácter, y más todavía, que adolece de falta de honradez. Por hermoso que a primera vista parezca un diamante pierde gran parte de su valía si un tasador experto descubre en su masa la más tenue resquebrajadura. Así, quien se desvía lo más mínimo de la verdad resquebraja su carácter. El quebranto de la honradez en este punto es como la menuda tara que en el fruto indica el comienzo de la deterioración. Si por primera vez consentís en decir lo que no es verdad, más fácilmente caeréis la segunda vez en mentira.

Si un joven entra en los caminos de la vida con el resuelto propósito de que cada una de sus afirmaciones sea la exacta verdad; de cumplir al pie de la letra cuanto prometa, de suerte que su palabra equivalga a una escritura; de acudir puntualmente a las reuniones, citas y convocatorias con profundo respeto al tiempo ajeno; si cela su reputación como inestimable tesoro, considerando que todos tienen puestos en él los ojos y no debe desviarse ni un ápice de la verdad y la justicia; si desde un principio adopta esta norma de conducta, se adquirirá como Jorge Peabody la absoluta confianza y el ilimitado crédito de cuantos le conozcan y alcanzará en toda su plenitud la verdadera hombría.

El carácter equivale a poder. Es una fuerza irresistible. Lo esencial es ser hombre, tener un elevado propósito, una noble aspiración, no cejar en el amor al bien y a la verdad, porque en el trato de gentes nunca sobreviene el fracaso cuando ambas partes ponen toda su conciencia en los tratos y contratos.

Dice Lorenzo Sterne:

No os fiéis de quien no infunde su conciencia en todas las cosas. Quien es honrado tan sólo en parte se equipara al completamente deshonesto.

La necesidad de la absoluta honradez en los ne-

gocios mundanos queda evidenciada al analizar la naturaleza de las transacciones entre hombre y hombre. Siempre tendrá su valía moral la buena fe, por ser indispensable para la desembarazada marcha de los negocios; pero siempre habrá gentes de mala fe, capaces del fraude, el dolo y la estafa, como es posible hoy que cualquier desalmado empuñe un revólver y asesine a quien se le antoje.

Oigamos sobre el tema que nos ocupa a Minot J. Savage:

Recuerdo que uno de los más conspicuos comerciantes y de los más claros entendimientos que he conocido en mi vida, me manifestó que, según él, no menoscababa la honradez el aprovecharse de la ignorancia o de la torpeza ajena para obtener el mayor beneficio posible de un negocio. Opinaba en esto como muchos que cuando alguien se deja engañar exclaman: ¡Por qué es tan tonto! y aplauden al que pasándose de listo lo engaña y enreda en términos colindantes con la estafa moral. Añadía el citado comerciante que si él estaba más al corriente del negocio objeto del trato, justo era que se aprovechara de sus mayores conocimientos para sacar el mejor partido de la transacción, pues a nadie más que a sí mismo podía dar el otro la culpa de su ignorancia.

Yo no estuve de acuerdo con tan descarnada opinión y me parece que no tiene defensa posible, porque ¿es lícito, es justo, es ni siquiera humano, aprovecharnos egoístamente de la ignorancia, de la flaqueza, de las enfermedades o defectos de nuestros prójimos para abusar de ellos, explotarlos y dejarlos peor de como estaban?

Lo menos que puede decirse de quien se prevale de la ignorancia de su vecino para engañarlo es que tiene desnivelado el carácter.

Todo comerciante debiera ajustar su conducta a la siguiente máxima de psicología comercial: "Ponte en el lugar de tu parroquiano."

Como anécdota curiosa de superexquisita honradez, vale la pena de transcribir lo que se refiere de Felipe Wurtz, que cuando empezó a negociar por su cuenta, se arrodillaba todas las mañanas ante el libro de Caja como si fuese un devocionario, y rogaba a Dios en oración que no le permitiese anotar ni una entrada que no fuese equitativa.

El ganar dinero honradamente es un tema muy oportuno en nuestras modernas costumbres comerciales. El fundamento de todo intercambio justo es la equivalencia entre lo que se entrega y lo que se recibe. En todo negocio legítimo ambas partes contratantes quedan permanentemente satisfechas; cada cual adquiere lo que desea o necesita.

La historia de los grandes establecimientos comerciales de todo país, demuestra que sus fundadores siempre tuvieron en consideración las circunstancias, cualidades y temperamento de la persona con quien trataban los negocios.

Uno de los comerciantes que más éxito han logrado en el ramo de alimentación dice que se trazó

por norma de conducta no tener ningún cliente descontento, y si alguno se descontentaba hacía lo posible por contentarle, porque estaba seguro de que si se marchaba disgustado se convertiría en un enemigo de su establecimiento. Pero no le movía a ello tan sólo el interés material de no perder un cliente, sino que también intervenía el sentimiento moral de ver lastimada su dignidad de comerciante honrado por la falta de confianza que el descontento del cliente suponía, pues la honradez era la piedra angular sobre que había levantado su negocio.

Los jóvenes demasiado hambrientos de riquezas, que se creen capaces de encaramar un negocio en dos o tres años al pináculo de la prosperidad sin aprendizaje de los enojosos pormenores, tienen la mente tan enfocada en su personal lucro, que con mucha facilidad se olvidan de la otra parte contratante tan humana y sensible como ellos.

Nada tan cruel como el procedimiento seguido por algunos gerentes o administradores de establecimientos comerciales, que es una constante tentación contra la probidad de sus empleados. El juez Crane, de Nueva York, indujo recientemente a un comerciante a que retirara la querella criminal entablada contra un joven dependiente que había hurtado de los estantes un artículo de poco valor. El juez manifestó que el exiguo salario de

aquel muchacho, que sólo ganaba cinco dólares a la semana, era una provocación al hurto, relatando por añadidura el siguiente caso que a él mismo le había sucedido en la época de su temprana juventud, cuando antes de dedicarse a la jurisprudencia estuvo algún tiempo en el comercio. Dijo así:

Había de componérmelas como pudiera con sólo un par de dólares por semana. Mi principal no me prestaba mayor atención que si hubiera sido un perro. Comprendía yo que mis servicios valían al menos cinco dólares semanales y sólo me daban dos. Algunos días me quedaba sin comer. En una ocasión me mandaron a cobrar un cheque de dos mil quinientos dólares, y precisamente era uno de los días en que no había entrado en mi boca ni una miga de pan. Confieso que aquel día sólo me contuvo de escaparme con el dinero, la consideración de que tenía una madre absolutamente convencida de mi honradez. Estuve muy cerca del escollo en que ha naufragado este muchacho.

En este auténtico caso hay una lección para todo aquel que tiene personal a su servicio y exige de ellos la más escrupulosa honradez.

A muchos hombres, y también a veces a los jóvenes, se les depara coyuntura de escoger entre la honrada medianía y la corrompida opulencia.

Esto es más frecuente en las ciudades populosas y una de las más violentas tentaciones de nuestra complicada vida. Si nos contentáramos con la sencillez de nuestros antepasados y fuéramos capaces

de ir con la frente muy alta por no deber ni un céntimo a nadie, no serían tan frecuentes las irregularidades, hurtos y desfalcos. El joven que desde sus primeros pasos prefiere la pobreza a la deshonor tiene en sus manos uno de los más valiosos elementos de éxito.

Durante la guerra de Secesión de los Estados Unidos, un coronel del ejército federal recibió después de la toma de Vicksburg el encargo de apostarse con sus tropas en las avanzadas del frente y prohibir en absoluto el tráfico de algodón procedente de los Estados del Sur. Pero algunos fabricantes del Norte enviaron comisionistas que ofrecieron al coronel cinco mil dólares si consentía en hacer durante unos cuantos días la vista gorda. El coronel increpó ásperamente a los comisionistas diciendo:

—¿Intentáis sobornarme? Marchaos inmediatamente de aquí si no queréis que os fusile.

El coronel afirmó así su integridad. Poco tiempo después llegó otro comisionista ofreciendo diez mil dólares a cambio de la tolerancia del coronel; pero obtuvo la misma respuesta que los anteriores, no saliendo mejor librado un tercero que elevó la oferta hasta veinte mil dólares. Sin embargo, la tentación hizo mella en el ánimo del coronel, y para no caer en ella si se repetía el conato de soborno, se presentó al general en jefe, y después de

referirle lo sucedido, concluyó diciendo: "He pensado pedir la licencia absoluta y marcharme a mi casa. La cosa se va poniendo demasiado fea para mí. Soy capaz de resistir mucho, pero no a todo, porque la naturaleza humana tiene sus límites y me parece que yo he llegado ya a mi límite. Primero me ofrecieron cinco mil dólares, después diez mil y a la tercera vez veinte mil. Resistí las tres embestidas de la tentación, y si llega la cuarta con cincuenta mil dólares en mano, no sé si tendré fuerzas para rechazar el empujón. Así prefiero perder la carrera y marcharme a mi casa antes que perder el honor."

Comprendía el coronel que si colocaba ante su vista la honra y el provecho, arriesgaba perder la honra por la mayor cuantía material del provecho, y en consecuencia creyó que el medio más eficaz de vencer la tentación era evitarla. Conviene advertir que en aquellas circunstancias, el algodón costaba a un dólar la libra.

Puesto que el hombre vive en sociedad, es ley natural la mutua dependencia de los individuos que la componen, pudiendo compararse cada uno de los componentes sociales a una pieza del colosal mecanismo de la humanidad, todas igualmente importantes, cada cual en el servicio que presta, de la propia suerte que en un mecanismo industrial es tan necesario a su perfecto funcionamiento el

gallardo volante como el modesto tornillo. Por lo tanto, en la mutua dependencia de los individuos constituyentes del organismo social ha de haber reciprocidad de trato para que funcione sin rozamientos ni conmociones.

Dice sobre el particular el notable sociólogo norteamericano Minot J. Savage:

Si de repente cesara la producción en todo el mundo sin añadir nada a los acopios hoy existentes, no tardaría mucho tiempo en perecer la humanidad. La diferencia entre la producción y el consumo determina la abundancia o escasez de cada artículo necesario, útil o conveniente para la vida, y el bienestar social requiere que la producción sea siempre mayor que el consumo, a fin de que su diferencia determine la abundancia, sinónima de prosperidad.

Desde luego se comprende que por la misma naturaleza de las cosas, el consumo no puede ser en ningún caso mayor que la producción, porque ¿cómo cabe consumir lo que no se ha producido y que por lo tanto no existe? De aquí que, abundante o escaso, siempre disponga el mundo civilizado de un acopio de productos aprovechables en la vida, y por lo tanto es a mi entender fundamental principio de honradez en los negocios que quienquiera que se proponga substraer para sí la más mínima partícula de este acopio, debe añadir al beneficio común algo que por lo menos equivalga a lo substraído. Si merma el volumen del universal acopio o si subtrae lo que no tiene derecho a substraer, es un ladrón de la riqueza colectiva cualquiera que fuere su categoría social. Condición indispensable de honradez para todo ser humano es prestar de uno u otro modo un servicio equivalente al que de la sociedad recibe. Así quien

aplique sus facultades a la esfera de los negocios ha de basar su honradez profesional en la equivalencia del intercambio.

Nuestro ideal ha de ser la honradez en el comercio, en la política, en la religión, en todas las modalidades de la vida pública y privada. Debemos edificar no sólo nuestros hogares, sino también nuestro orden social, político, económico, religioso, jurídico y pedagógico con materiales empapados de equidad, ajustándolos exactamente para que el edificio perdure y sea un positivo elemento de la ordenación divina. De esta suerte, no sólo contribuiremos al bienestar y la dicha del prójimo, sino que necesariamente lograremos nuestra propia dicha y bienestar, porque no podemos vivir aislados. En todos los instantes de nuestra vida, nuestra comodidad, bienestar, riqueza, salud y paz *dependen* de la general condición del mundo de que somos unidades. Así, pues, no sólo en interés ajeno, sino por el nuestro propio, debemos ser honrados en todas las cosas.

No hace muchos años, cuando ocurrió el más escandaloso desfalco de cuantos registra la historia de la banca norteamericana, se reunieron varios directores de Banco y algunos capitalistas con objeto de tomar las medidas más convenientes para impedir la repetición de semejantes expoliaciones, y declararon por fin que la única protección segura de los clientes y cuentacorrentistas era la honradez personal de los empleados, porque ni aun los más ingeniosos procedimientos de confrontación y resguardo habían podido evitar los desfalcos, con la particularidad de que fueron cometidos por em-

pleados en quienes el director había puesto toda su confianza. Después del desfalco se echó de ver que el empleado infiel había estado especulando en provecho propio a la sombra del Banco o que llevaba un boato de vida incompatible con su sueldo; pero esto mismo demostró la incuria de los consejeros de administración en el cumplimiento de su deber.

En resumidas cuentas, la honradez es la más invulnerable caja de caudales y el más seguro secreto de su invisible cerradura, no sólo en la banca, la industria y el comercio, sino en todas las modalidades de la vida. Podrán idearse varios sistemas de comprobación cuya ingeniosidad y exactitud prometan imposibilitar toda filtración en el manejo de numerario, pero en último término toda protección y seguridad tiene su mayor fianza en la honradez. Por lo tanto, si en vuestra conducta hay algo que se desvíe en el más mínimo grado de la honradez, en el mismo grado seréis enemigos del orden social, y si todos fueran como vosotros no habría sociedad posible.

En cierta ocasión, un pobre muchacho fué a comprar algo en una tienda y le dieron en el cambio una moneda de plata mezclada por equivocación con otras de níquel. Al cabo de un rato, cuando ya estaba lejos de la tienda y no era posible que le reclamasen la devolución, advirtió el mu-

chacho el error del comerciante, pero en vez de aprovecharse de ello, se apresuró a volver a la tienda para cambiar la moneda. A muchos les parecerá de poca importancia esta acción, y sin embargo denota la tónica del carácter de aquel muchacho.

Cuando ponemos a prueba el temperamento moral de un hombre y vemos que es sólido y firme, no vacilamos en otorgarle nuestra confianza, de la propia suerte que el arquitecto confía para su obra en la resistencia de los materiales cuyas muestras pone a prueba.

El señor Hart, una de las más conspicuas personalidades de Boston, dice que en medio siglo de experiencia en los negocios ha podido observar que el noventa por ciento de los hombres que tuvieron éxito feliz en sus empresas se distinguieron por su integridad y que cuantos sólo ambicionaron enriquecerse por cualquier medio se quedaron maltruchos en el camino. Dice a este propósito:

La honradez es una ley natural cuya violación provoca más o menos pronto su castigo. Es una ley tan infalible como la de la gravitación universal, y quien la quebranta podrá diferir por algún tiempo las funestas consecuencias del quebrantamiento, pero a la larga tropezará con la inexorable sanción de la justicia.

Un comerciante tiene algo que alguien necesita y en cambio necesita algo que este otro tiene. Si la transacción se efectúa con escrupulosa honradez, el

beneficio es mutuo. En los contratos entre el capital y el trabajo, la honradez por ambas partes será provechosa a entrambas. El patrón no puede prosperar si no se sujeta a la más severa honradez en sus tratos con los operarios, y el operario, empleado o dependiente tampoco prosperará si no corresponde por su parte al honrado proceder del patrón. La misma regla rige en todos los negocios de la vida.

La integridad es el fundamento de la confianza mutua y uno de los principales factores de la vida optimista. Con la integridad por principio capital de conducta, adelantará un joven a paso seguro, porque como dice Bulwer Lytton, adquiere mucha importancia en el trato social aquel de quien se sabe que merece toda confianza.

Cuando Ingram, el propietario de la revista *Illustrated London News*, era un humilde repartidor de entregas y subscripciones, anduvo una vez diez y seis kilómetros para entregar un periódico a un subscriptor con quien se había comprometido. Prefirió tomarse aquella molestia a faltar a su palabra. Así fué que todos confiaban ciegamente en él y nada le impidió colocarse en primera línea de los periodistas ingleses.

Dice a este punto Stewart:

Para llevar adelante un negocio es indispensable la publicidad, pero entre los múltiples procedimientos de esta novísima rama de la ciencia comercial, es uno de los más eficaces la reputación que de honra-

dos gocen los directores del negocio, pues el más ingenioso y llamativo anuncio es pobre si se le compara con la fama de tener artículos de primera calidad y no engañar jamás a los clientes. Fundad vuestro negocio en la honradez y el éxito coronará vuestra obra.

El célebre ceramista Wedgwood fué en su mocedad modesto operario, pero nunca quedaba satisfecho hasta que hacía cuanto mejor le era posible su trabajo. No consentía que saliese de sus manos una obra chapucera. Si barruntaba que la pieza le iba a salir defectuosa, la rompía diciendo: "Esto no es digno de Josías Wedgwood."

El carácter labra la reputación, y la cerámica de Wedgwood, avalada por su honradez, ha logrado celebridad universal.

Mientras Lincoln ejerció la abogacía, cobró tan pregonera fama de honradez, que todos los clientes estaban convencidos de ganar el pleito si la causa era justa; pero que era perder tiempo el que empleasen en persuadirle a que se encargara de un litigio de mala fe.

Cierto día en que un cliente fué a exponerle el trance en que se hallaba, Lincoln después de escucharlo atentamente se puso a mirar al techo en actitud reflexiva y dando una vuelta en redondo sobre su giratorio sillón, exclamó:

—Legalmente, con arreglo a la letra del código, tiene usted toda la razón y sería muy fácil ganar

la causa; pero desde el punto de vista de la equidad y la justicia no tiene usted ni pizca de razón. Por lo tanto, puede usted encargarle el asunto a otro abogado, porque en conciencia yo no podría defenderle. Mientras se celebrara la vista, estaría yo pensando: "Lincoln, eres un embustero"; y pudiera ocurrir que de tanto pensarlo acabara por decirlo en alta voz.

La integridad de Lincoln era carne de su carne y hueso de sus huesos. Nadie podía tratarle u oírle sin que al punto quedara convencido de su inquebrantable honradez.

En 1837, poco después de haberse ido Jorge Peabody a Londres, sobrevino en los Estados Unidos una tremenda crisis económica. Muchos Bancos se declararon en suspensión de pagos provocando la quiebra de numerosos establecimientos comerciales y dejando a otros en apuradísima situación. El conflicto fué tan grave, que Eduardo Everett dijo que se había paralizado el sistema nervioso de la economía comercial, es decir, el crédito. Probablemente no había a la sazón en Europa ni media docena de financieros que se atrevieran a garantizarle al Banco de Inglaterra la solvencia de los comerciantes norteamericanos. Pero Jorge Peabody fué uno de ellos. Su nombre era ya una fortaleza en el mundo comercial. En aquellas luctuosas circunstancias su integridad fué

un irresistible baluarte contra el pánico. Peabody restauró el crédito del Estado de Maryland y puede decirse que el de toda la nación. Su carácter fué la varilla mágica que transmutó en oro billetes casi sin valor. Los comerciantes de ambos lados del Atlántico obtuvieron de él cuantiosos anticipos a cuenta de las mercancías consignadas a su nombre.

Cuando quebró el editor de las primeras obras de Walter Scott, quien tenía comprometido en el negocio todo su capital por valor de ciento veinte mil esterlinas, que como era natural le reclamaron los acreedores, varios amigos se brindaron a reunir la cantidad suficiente para pagar todas las deudas, pero Walter Scott rechazó con insistencia el ofrecimiento, respondiendo gravemente:

—No, de ningún modo. Esta mi mano derecha se encargará de satisfacer con su trabajo todas las deudas. Si he perdido mi fortuna, quiero al menos conservar sin quebranto la honra.

Tenía ya el insigne padre de la novela histórica 55 años cuando le sobrevino tan tremenda contrariedad, y sin embargo se puso a trabajar con incansable actividad y escribió la *Vida de Napoleón*, que le produjo catorce mil esterlinas, *Cuentos del abuelo*, *Historia de Escocia*, *Vida de Molière* y otras obras de cuyo rendimiento sólo se reservaba lo indispensable para el sustento, invirtiendo lo

demás en la amortización de las deudas. Sobre el particular dice él mismo:

No pude dormir tranquilo hasta que empecé a pagar mis deudas, descargando mi conciencia de aquel peso que me parecía como si estrujara mi honradez. El agradecimiento de mis acreedores aliviaba algún tanto la pesadumbre, y aunque veo ante mí todavía un largo, tedioso y lóbrego camino, sé que conduce a la intachable reputación. Si muero pluma en ristre, como es lo más probable, al menos moriré con honra.

Y murió Walter Scott pobre, pero envuelto en el níveo sudario de la honradez. Pagó a sus acreedores.

Samuel L. Clemens, más conocido por su seudónimo de Mark Twain, nos ofrece también un hermoso ejemplo de honradez, pues como Walter Scott no cejó hasta pagar todas sus deudas. Ha sido Clemens el más fino humorista de nuestra época. Al principio, los lectores se limitaban a reír sus agudezas y donaires, pero después echó de ver la crítica que había en sus escritos arte literario, y más tarde se convencieron todos de que el gran humorista era un espíritu serio que no reía sus propios chistes. Por fin, fué Clemens en el concepto de sus compatriotas uno de los más sorprendentes ejemplos de honradez acrisolada, cualidad que las gentes suelen negar a los caracteres jocosos.

Acaso la más clara prueba de honradez nos la

dan los raros ejemplos de pagar deudas que ya han prescrito legalmente por lo atrasadas. La mayoría de las gentes son honradas por influencia de los códigos, aunque la conciencia tenga también alguna intervención en restituir lo injustamente retenido. Pero muy estimulador es el ejemplo de quien satisface voluntariamente una deuda a que la ley no le obliga.

Recientemente, Bolton Hall, hijo del famoso teólogo norteamericano Dr. Juan Hall, pagó una deuda atrasada de cien mil dólares, movido únicamente por el sentimiento del honor.

La honradez en los negocios, en todas las modalidades y aspectos de la vida, es un firmísimo fundamento. ¿Por qué los millares de comerciantes que perdieron cuanto tenían en el formidable incendio de Chicago pudieron reanudar el negocio y restaurar sus establecimientos sin disponer de un céntimo? Porque la fama de su honradez les valió por una cuenta corriente en los Bancos. Los agentes de información comercial dijeron que eran hombres probos, que siempre habían cumplido puntualmente sus compromisos, distinguiéndose por su laboriosidad y diligencia. Obtuvieron recursos de su carácter para adquirir a crédito mercancías por valor de millares de dólares. Su integridad no ardió con sus almacenes.

En cierta ocasión le preguntaron al director de

un Banco de la ciudad de San Luis, qué opinaba acerca de la conveniencia o desventaja desde el punto de vista bancario, de conceder crédito a los comerciantes e industriales de pequeño negocio. El director respondió: "Hay hombres de tan firme e íntegro carácter, que sin otro aval que su conducta se les podrían prestar millares de dólares, porque tengo la seguridad de que no tomarían de prestado mayor cantidad de la que pudiesen pagar."

Otro banquero de la reunión llevó la cosa todavía más lejos diciendo que preferiría prestar dinero a un pobre honrado que a un rico libertino por muy sólida que fuese su fianza material.

Todos convinieron en que la honradez era la mejor garantía del crédito mercantil y un capital para emprender cualquier negocio, con la particularidad de que es un capital asequible a cuantos se propongan adquirirlo.

Un renombrado comerciante le dijo a un joven que pensaba establecerse por su cuenta:

Habrà por lo menos una docena de industriales que te harán a crédito la instalación del establecimiento porque te conocen y saben quién eres. La pobreza con un carácter como el tuyo es un capital más sólido que cien mil dólares en manos de otro.

Añade un notable negociante:

Todo joven encuentra en el transcurso de sus empeños favorable ocasión de hacer fortuna; mas para

aprovecharla ha de contar con amigos influyentes que le conozcan a fondo y sepan que se puede confiar ciegamente en su capacidad y honradez. Sin embargo, unos amigos así sólo se ganan por medio de un cuidadoso cultivo de la reputación de integridad.

Si un joven se propone dedicarse a un negocio cualquiera es para él de la mayor importancia saber desde un principio que el mundo mercantil está secretamente solidarizado por las agencias de información que no sólo se enteran, sino que registran y archivan los pormenores de cada razón social, con la conducta, carácter, hechos, antecedentes y datos personales de cada uno de los individuos que la componen. Las agencias de información, no contando entre ellas a las que con este título disfrazan sus siniestras extorsiones, están enteradas de todo cuanto ha hecho y las vicisitudes por qué ha pasado un comerciante o industrial desde el punto y hora en que se estableció. Si no se porta honradamente en sus operaciones, se verá entorpecido en su marcha sin saber de dónde ni por dónde le viene el impedimento impediante, porque las agencias comerciales proceden en todo caso con el más profundo sigilo como si fueran delegaciones de vigilancia y seguridad mercantil.

Por la misma razón, si desde un principio la conducta del novel comerciante es correcta y honrada, irá robusteciendo su crédito hasta llegar a ser ilimitado.

Todo negociante, todo profesional tiene en las agencias de información su historial, su biografía que según su comportamiento le favorece o le perjudica. Estas precauciones no son de absoluto resguardo contra los comerciantes de mala fe, pero protegen al comercio honrado contra la estafa y el fraude.

XIV. EL TRIUNFO EN LA DERROTA.



N un discurso pronunciado en Washington, dijo el presidente Teodoro Roosevelt:

Quisiera ver en la mayoría de ciudadanos aquella determinación de ánimo que no se amilana cuando tropieza con el fracaso, como a todos suele sucedernos de cuando en cuando, sino que levantándose de la caída se yergue con renovados bríos y arranca el triunfo de la derrota.

El secreto del éxito de cuantos hombres de provecho para la civilización han existido en toda época, consistió en convertir el fracaso en éxito, la derrota en victoria, como hizo Napoleón en Marengo, donde ya los austriacos marchaban gozosos a Viena vibrando palmas, cuando la llegada del general Desaix invirtió de improviso los términos de la contienda, al exclamar el recién llegado mirando su reloj:

—La batalla está perdida; pero aún hay tiempo de ganar otra.

Y Napoleón acomete de nuevo a los austriacos y de la derrota arranca el triunfo más esplendoroso de su carrera militar.

Yo le diría al joven desanimado:

Acaso hasta ahora todo han sido desengaños y

tropiezos en tu vida. Al volver la vista hacia atrás, tal vez reconozcas que eres un fracasado o que a lo sumo vegetas en la medianía. No tuviste éxito en las empresas donde lo esperabas. Has perdido dinero en vez de ganarlo o te quedaste sin parientes y amigos que hubieran podido protegerte. Te arruinaste en el negocio, te embargaron la finca cuya hipoteca no pudiste cancelar, o caíste gravemente enfermo, imposibilitado de trabajar. Te sientes sin ánimos para nada, como si se hubiesen anulado tus energías, y el año nuevo te ofrece muy desconsoladoras perspectivas. Sin embargo, a pesar de tantos y tan complicados infortunios, si no capitulas con la adversidad y pones buena cara al mal tiempo, te espera la victoria a lo lejos del camino.

Cuando en la campaña de Italia, doce mil soldados del ejército de Napoleón retrocedieron ante el empuje de setenta y cinco mil austriacos, el joven general les dirigió una proclama en la que les decía:

Estoy disgustadísimo con vosotros. No habéis dado pruebas de disciplina ni de valor. Os dejasteis desalojar de unas posiciones donde un puñado de hombres resueltos hubieran detenido a todo un ejército. Ya no sois soldados franceses. En vuestras banderas mandaré estampar esta inscripción: *Ya no pertenecen al ejército de Italia.*

Una comisión de los derrotados veteranos se

presentó al general en jefe, y con lágrimas en los ojos le dijo:

Hemos sufrido una ofuscación. El enemigo era tres veces mayor en número. Probadnos de nuevo. Colocadnos en el sitio más peligroso y entonces veréis si somos o no dignos de continuar perteneciendo al ejército de Italia.

En la próxima batalla pelearon los veteranos en la vanguardia y cumplieron su promesa desbaratando al poderoso ejército austriaco.

De muy apocado ánimo es quien pierde las energías y teme arrostrar las contingencias porque inadvertidamente ha cometido un error, ha dado un traspiés, ha fracasado en el negocio, se arruinó en un desastre económico de carácter general o a consecuencia de otra calamidad imposible de prever.

La prueba más concluyente de viril energía está en la respuesta a esta pregunta: ¿cuánto quedó en vosotros después de perder todo cuanto estaba fuera de vosotros? Si después del fracaso os sentís abatidos, prueba será de que no hay gran cosa de valor en vosotros; pero si con animoso corazón y el rostro vuelto hacia adelante os negáis a rendiros y no perdéis la propia confianza ni consentís en batiros en retirada, demostraréis que lo remanente en vosotros es mayor que vuestra pérdida,

superior a vuestro infortunio y más poderoso que vuestro fracaso.

Dignos de los favores de la fortuna y de las caricias del éxito son los hombres que como Ulises Grant se mantienen firmes en el campo de batalla a pesar de los triunfos de los confederados; hombres como Bernardo de Palisy que echa en el horno hasta la última astilla de su ajuar con la optimista seguridad de que por fin había de fundirse la porcelana; hombres que como Julio César desprecien los funestos presagios y no vacilen en atravesar el Rubicón en cuya opuesta margen aguarda la victoria; hombres como Napoleón que borran de su vocabulario la palabra imposible y que sólo se rinden a los designios de la irresistible providencia de la historia.

Acaso digáis que habéis fracasado muy a menudo y que es inútil tentar de nuevo a la suerte porque os sería imposible vencer. ¡Qué ilusión! No hay fracaso para el hombre de ánimo infatigable. Por muy tardía que os parezca la hora en el reloj de la vida y por repetidas veces que hayáis fracasado, todavía es posible el triunfo.

La transfiguración del avaro Scrooge que en los últimos años de su vida, se liberta del reluciente montón de oro en que estaba sepultado y se convierte en un hombre generoso, magnánimo y liberal, no es ilusorio engendro de la fecunda

imaginación de Dickens. Por el contrario, es trasunto fiel de la realidad, porque de cuando en cuando nos muestra la experiencia de la vida hombres que redimen sus pasados yerros, se resarcen de sus precedentes fracasos, y sacudiendo el estupor del abatimiento levantan de nuevo su frente y prosiguen su marcha confiados en la definitiva victoria.

No puede haber fracaso para quien no ha perdido sus energías y mantiene incólume su carácter, su valor y confianza. Todavía es rey.

Si sois de la madera de los que vencen, si tenéis tesón, constancia y bríos, vuestros infortunios, pérdidas y fracasos os servirán de resaltos para escalar la cumbre, porque precisamente serán un estímulo que sacuda y desperece vuestras fuerzas interiores, que acaso hubieran permanecido latentes y desconocidas de no sobrevenir el fracaso que las actualizó, acrecentando vuestra fortaleza.

Dice Becher:

El infortunio convierte los huesos en pedernal y los músculos en cartílagos que hacen al hombre invencible si aprovecha la recibida lección.

De aquí la utilidad del pesimismo y la razón de su existencia como antecedente del optimismo, porque si el pesimismo grave, reflexivo y sereno, nada tiene de común con el pánico ni con el tedio,

sino que consiste en la juiciosa meditación sobre las causas eficientes del fracaso y la comprobación experimental del consiguiente dolor que aviva la conciencia y la mueve a reaccionar saludablemente.

Los infortunios, tanto individuales como colectivos, no se remedian ni se previene su repetición con fingidas ilusiones ni palabras sonoras ni con máscaras grotescas, sino por medio de la severidad con nosotros mismos, que nos conduzca a la enmienda. El dolor moral no cede a las morfíneas. Es el fermento de una nueva vida, porque el pesimismo racional entrafía siempre las semillas de la vida optimista, cuando a las amargas consideraciones sobre el presente acompañan las fundadas esperanzas en la eficacia de las restauradas fuerzas ocultas en el fondo de nuestro ser hasta que las descubrió el infortunio.

Hay quienes se mantienen alegres, decidores, jubilosos mientras todo les va viento en popa y liquidan con pingües ganancias los balances anuales de su negocio; pero apenas experimentan la más leve rozadura zozobra su ánimo, que sin remedio naufraga al sobrevenir el desastre en que pierden toda su fortuna.

En aquel trance se hunden en los abismos del desaliento su valor, su esperanza y su fe en la posibilidad de empezar de nuevo. Se creen condenados al tormento de Sísifo que cuantas veces

tenía ya el peñasco junto a la cumbre donde había de asentarle, se le escapaba de las manos rodando hasta el abismo, desde donde de nuevo lo había de empujar hacia la cima. La pérdida material se traga su hombría.

En verdad que pocas probabilidades tiene de recobrase quien cae en tan hondo abatimiento; pero en cambio, luce en todo su esplendor la esperanza para quien sin ni siquiera saber estampar su firma tiene tesón, constancia y bríos. Hay esperanza para el lisiado valeroso; hay esperanza para el joven denodado, por muy negro que aparezca el porvenir; pero no hay esperanza para el incapaz de levantarse de la caída y que desmayado a la vista de la contrariedad entrega las armas y se rinde a discreción del infortunio.

Abandonadlo y dejadlo perder todo si no os cabe otro remedio, pero no perdáis nunca la confianza en vosotros mismos ni las energías dimanantes de esta confianza. No permitáis que se desvanezca vuestra virilidad, porque es la perla preciosa de superior valía a todo lo demás y tan necesaria como el aliento.

Debe el hombre sobreponerse de tal manera al fracaso material, que lo considere como un incidente molesto, sí, pero de poca importancia entre las vicisitudes de su vida. En la verdadera hombría hay algo que se sobrepone al éxito y al fracaso,

sino que consiste en la juiciosa meditación sobre las causas eficientes del fracaso y la comprobación experimental del consiguiente dolor que aviva la conciencia y la mueve a reaccionar saludablemente.

Los infortunios, tanto individuales como colectivos, no se remedian ni se previene su repetición con fingidas ilusiones ni palabras sonoras ni con máscaras grotescas, sino por medio de la severidad con nosotros mismos, que nos conduzca a la enmienda. El dolor moral no cede a las morfina. Es el fermento de una nueva vida, porque el pesimismo racional entraña siempre las semillas de la vida optimista, cuando a las amargas consideraciones sobre el presente acompañan las fundadas esperanzas en la eficacia de las restauradas fuerzas ocultas en el fondo de nuestro ser hasta que las descubrió el infortunio.

Hay quienes se mantienen alegres, decidores, jubilosos mientras todo les va viento en popa y liquidan con pingües ganancias los balances anuales de su negocio; pero apenas experimentan la más leve rozadura zozobra su ánimo, que sin remedio naufraga al sobrevenir el desastre en que pierden toda su fortuna.

En aquel trance se hunden en los abismos del desaliento su valor, su esperanza y su fe en la posibilidad de empezar de nuevo. Se creen condenados al tormento de Sísifo que cuantas veces

tenía ya el peñasco junto a la cumbre donde había de asentarlo, se le escapaba de las manos rodando hasta el abismo, desde donde de nuevo lo había de empujar hacia la cima. La pérdida material se traga su hombría.

En verdad que pocas probabilidades tiene de recobrase quien cae en tan hondo abatimiento; pero en cambio, luce en todo su esplendor la esperanza para quien sin ni siquiera saber estampar su firma tiene tesón, constancia y bríos. Hay esperanza para el lisiado valeroso; hay esperanza para el joven denodado, por muy negro que aparezca el porvenir; pero no hay esperanza para el incapaz de levantarse de la caída y que desmayado a la vista de la contrariedad entrega las armas y se rinde a discreción del infortunio.

Abandonadlo y dejadlo perder todo si no os cabe otro remedio, pero no perdáis nunca la confianza en vosotros mismos ni las energías dimanantes de esta confianza. No permitáis que se desvanezca vuestra virilidad, porque es la perla preciosa de superior valía a todo lo demás y tan necesaria como el aliento.

Debe el hombre sobreponerse de tal manera al fracaso material, que lo considere como un incidente molesto, sí, pero de poca importancia entre las vicisitudes de su vida. En la verdadera hombría hay algo que se sobrepone al éxito y al fracaso,

a la dicha y a la desgracia, al elogio y al vituperio, a la gloria y a la ignominia. Es la ecuanimidad resultante del conocimiento del verdadero objeto de la vida. Por muy acerbos que sean las contrariedades y por mucho que en él se cebe la desgracia, el hombre realmente magnánimo se muestra superior al infortunio. Nunca pierde el equilibrio. En medio de las tormentas y dificultades en que sucumbiría un abúlico, conserva la serenidad de ánimo, la tranquila confianza, la imperturbable calma que domina tan por completo las circunstancias que ningún poder tienen sobre él. Como el poderoso rey de las selvas en medio de la desatada furia de los elementos, permanece inmovible ante las mudanzas y estragos del tiempo.

Una vez hube de pasar por los parajes devastados el día anterior por un formidable ciclón, que había descuajado los árboles débiles o de podrida raíz. Únicamente los de robusta fibra, recia raigambre y sana medula habían resistido la tremenda prueba. En la población por donde pasé había derrumbado el ciclón todas las casas menos unas cuantas de profundos y firmes cimientos. Así también cuando se desata el ciclón del pánico financiero, se derrumban las casas comerciales de endeble capital o dirigidas por hombres de carácter débil y escasa experiencia. Sólo se salvan de la

catástrofe los que han acumulado en el transcurso de su vida mercantil poderosas fuerzas de reserva. Los obstáculos paralizan al débil y enardecen al fuerte.

Dice Wendell Phillips que el fracaso es para los hombres de templado ánimo el puente tendido sobre el abismo. Muchos acabaron por lograr el triunfo final, sólo porque se repusieron con repetidos esfuerzos de anteriores fracasos. Si no hubiesen fracasado, no obtuvieran seguramente la victoria definitiva. Hay en el fracaso algo que estimula los bríos de un hombre de corazón, que quizá se hubiese satisfecho con una mortecina medianía a no ser por el estimulante del fracaso que lo movió a reduplicar sus esfuerzos, y le hizo sentir por vez primera quizá la valía de sus fuerzas ocultas.

Muchos hay que no se conocen verdaderamente a sí mismos hasta que les da en rostro el infortunio y ven cara a cara la ruina. No saben cómo movilizar sus fuerzas de reserva hasta que los sobrecoge un abrumador desastre o el desvanecimiento de sus esperanzas y el naufragio de su dicha y de su hogar los coloca en el verdadero centro de su ser.

Algunos jóvenes que nunca hicieron gran cosa, al verse víctimas de una terrible desgracia, sacaron fuerzas de flaqueza para luchar denodadamente contra la adversidad en términos de que

jamás se hubieran conceptuado capaces porque desconocían toda la intensidad de sus fuerzas interiores. Lo desesperado de su situación los excitó a obrar con energía que ni siquiera sospechaban en la época de su cómoda y descansada vida.

A veces, una señorita criada en la molicie y el regalo, que nunca conoció la educación propia de la vida práctica, se ve reducida de pronto a sus propias fuerzas por quebrantos de fortuna o desgracias de familia, y en vez de recibir el apoyo y mimo de benévolos parientes, no tiene más remedio que trabajar para mantener a su madre impedida y a sus hermanos menores. Pero esta crisis, que en un principio parece irresistible, actualiza sus latentes energías, descubre sus fuerzas ocultas y le da una independencia de acción y una intensidad de personal esfuerzo de que nadie la hubiese creído capaz y que aun a ella misma sorprende.

Hay en nuestra naturaleza un algo, una energía divina que no podemos describir ni explicar, que parece extraña a las ordinarias facultades anímicas, y sin embargo subyace mucho más profundamente que cualquiera de las cualidades visibles, para surgir en nuestro auxilio en las tremendas vicisitudes y supremas crisis de la vida.

En las catástrofes ferroviarias y en los siniestros marítimos, cuando la muerte nos roza con sus alas y el peligro es inminente, vemos que hombres

de ordinario tímidos y abúlicos, y a veces débiles mujeres, extraen de las intimidades de su ser gigantescas fuerzas para salvar la vida.

En los incendios y en las inundaciones hay hombres y mujeres que pierden la serenidad y aun se desmayan ante el peligro; pero hay también hombres, mujeres y aun niños que sin darse cuenta de lo que hacen llevan a cabo heroicas hazañas de salvamento, comparables a las de Hércules, que les hubieran parecido imposibles en circunstancias normales. El mágico estímulo de la contingencia les descubrió todo un mundo interior hasta entonces desconocido.

Estas fuerzas ocultas en lo profundo de nuestro ser, como las aguas subterráneas en el árido desierto, brotan al toque del infortunio, cual de la peña brotaron las aguas al golpe de la mágica vara de Moisés. En las ordinarias vicisitudes de la vida no nos cuidamos de actualizarlas, pero cuando las alumbra el infortunio estampan en la humanidad el sello de la divinidad.

El hombre que utiliza todos los recursos que le otorgó Naturaleza no puede fracasar. Fuera incomprensible que la más perfecta criatura de este mundo estuviese en su verdadero carácter a merced de los accidentes que hacen y deshacen fortunas. No hay tal. El hombre consciente de su verdadero poder, dueño de sí mismo, de resuelto pro-

pósito e inquebrantable voluntad no se entrega nunca a discreción del fatalismo. No existe el fracaso para el hombre que se levanta cada vez que cae, que resalta como pelota de goma, que persevera cuando otros desisten, que sigue adelante cuando los demás retroceden.

Muchas veces sobreviene en la vida una crisis que por lo al parecer terrible nos parece que va a arruinarnos si no logramos vencer el obstáculo que la determinó. Tememos la violencia del choque y el temor aumenta a medida que nos acercamos al punto culminante de la crisis.

El autor de la presente obra se ha encontrado más de una vez en situación tan crítica que le parecía como si todo lo hubiese perdido; y sin embargo, algo independiente de su voluntad le allanó el camino y resolvió el problema que parecía irresoluble. La tormenta cuyo fragor amenazaba naufragio, pasó de largo, volvió a lucir el sol y todo quedó nuevamente tranquilo y sereno.

Si miramos a lo lejos, nos parecen las dificultades muy graves y amenazadoras; pero al acercarnos encontramos casi siempre un camino expedito, amplio, con gentes dispuestas a auxiliarnos en caso de necesidad.

Cuando echamos una mirada retrospectiva a nuestra vida, ¡cuán pocos incidentes y accidentes de los que temíamos tuvieron realidad! Muchos

nos amenazaron; pero de un modo u otro se arreglaron las cosas sin darnos cuenta del arreglo. Malgastamos energías, acortamos nuestra juventud y nos amargamos inútilmente la existencia al barruntar tribulaciones y afligirnos anticipadamente por calamidades que nunca llegaron a sobrevenir. ¿Por qué hemos de estropear así nuestra dicha y nuestra eficiencia?

Extraño es que sabiendo que mientras obedecemos la ley eterna que rige nuestra vida nada malo puede sucedernos, aunque a primera vista lo parezca, no aprendamos a confiar con absoluta resignación en el imperio de la ley.

Lo que nos toca es ir realzando de día en día nuestro nivel físico, intelectual y moral. Juzgar de los hombres y de las cosas tan rectamente como nos sea posible con la seguridad de que si cumplimos fielmente con nuestro deber, lograremos invertir en éxito el fracaso.

XV. CONSERVACIÓN DE LA ENERGÍA.



De lo expuesto en los precedentes capítulos se infiere como conclusión que la vida optimista o el optimismo en la vida depende de las armónicas cualidades del carácter y por natural correspondencia, la vida pesimista o el pesimismo en la vida dimana de las cualidades siniestras. Sin embargo, ni unas ni otras están fatalmente determinadas por un agente externo, sino que la fuerza de la voluntad bien aplicada y acertadamente dirigida puede establecer con ayuda de la constancia las cualidades armónicas y eliminar las discordantes, o por mejor decir, fortalecer las primeras e invertir en ellas las contrarias.

La fuerza de voluntad recibe también el nombre de energía y es comparable a la pólvora que impulsa el proyectil. Si el cartucho no tiene bastante pólvora, no dará la bala en el blanco, por exacta que sea la puntería y certero el tirador. Si el hombre no es lo bastante enérgico, no dará en el blanco de sus aspiraciones, esto es, no logrará el éxito por excelente que sea su propósito.

La mayor parte de los hombres fracasan en sus empeños más que por nada por falta de energía, de esa pólvora inmaterial que impele la actividad y le

traza una trayectoria a través de todo linaje de obstáculos. Por mucho talento, capacidad y disposición que tenga un joven, por muy afable, cortés, sagaz y simpático que sea, no realizará gran cosa en el mundo si carece de energía, de la pólvora del éxito.

Aparte de la honradez, ninguna otra cualidad es tan necesaria en nuestro tiempo como la energía. Todos creen en ella, aun quienes de ella carecen y su falta deploran. Por doquiera oímos decir: "Dadnos hombres que *hagan* algo; hombres de empuje, con hierro en la sangre y nervios de acero."

La habilidad nada vale sin la fuerza que la pone en acción. Los propósitos y las resoluciones, por óptimos que sean, no sirven de nada sin la energía necesaria para llevarlos a cabo. El empuje de la voluntad desembaraza el camino y las gentes se apartan a uno y otro lado para abrir paso al hombre enérgico.

Un mediano talento con poderosa energía hará mayores y mejores cosas que un poderoso talento de voluntad desmayada. Si disparáramos una vela de sebo con suficiente velocidad, podría atravesar una tabla de madera de dos centímetros de espesor.

Por doquiera vemos gallardos jóvenes y airosas muchachas que esterilizan su habilidad y permanecen estacionados por falta de fuerza de voluntad.

Si pudiéramos poner en su interior una porción de la inmaterial pólvora del éxito, lograrían sobresalir en la modalidad de acción correspondiente a sus aptitudes, pero sin ella están fracasados. Tienen todas las cualidades requeridas por el éxito menos la que a todas vitaliza. El fusil más delicadamente fabricado sería en absoluto inútil sin la pólvora que lanzase el proyectil al blanco.

Las gentes admiran al hombre enérgico. Si en su camino encuentra vientos contrarios, hace como la flexible caña, que se encorva pero no se descuaja. Ponedle obstáculos y los desbaratará. Es casi imposible derribarlo. Echadle la zancadilla, y aunque tambalee, instantáneamente volverá a quedar a pie firme. Sepultadlo en el lodo y al punto resurgirá para limpiarse y seguir andando.

El sendero de la vida está alfombrado con los destrozos de quienes fracasaron por falta de esta fuerza impelente, de quienes se detienen en el momento de tropezar con un obstáculo. No tienen fuerzas para saltar por encima o desbaratarlo. El genio del éxito no intervino en la formación de su cuerpo ni en la infusión de su espíritu. Su sangre carece del hierro de la energía, de la fuerza del vencimiento.

La naturaleza ha acumulado en todo joven normalmente constituido un depósito de energía mental y física de grandísima utilidad para la forma-

ción del carácter y el logro del éxito y de la dicha. La generalidad de las gentes tienen de la economía el restringido concepto que contrae su significado al ahorro de dinero, aunque esta es acaso la menos importante de sus acepciones.

Malgastar dinero no es tan perjudicial como el desperdicio de las energías vitales cuyo menoscabo daña gravemente nuestro supremo bienestar. Hay quienes llegan en su afán de economías a los más lejanos extremos de la avaricia y en cambio dilapidan horriblemente su energía mental, moral y física.

Tremenda cosa es que un joven de familia multimillonaria dilapide mil dólares en una noche de orgía; pero ¿qué decir de la pérdida de vitalidad, de la debilitación de fuerzas y el inútil consumo de energía personal que hubiera podido emplear en nobles tareas de pensamiento y acción? ¿Qué es la pérdida de dinero comparada con la desmoralización dimanante de tales excesos? ¿Qué valen mil dólares comparados con una dina de la inapreciable energía vital? El dinero perdido puede recuperarse, mientras que la vitalidad disipada no sólo no se recobra, sino que resulta mil veces peor que perdida porque desmoraliza el carácter y socava los cimientos de cuanto algo vale en la vida.

Por otra parte, hay quienes por inexperiencia o apatía, sin mal deseo, malgastan tiempo y desapro-

vechan ocasiones favorables, tan sólo porque se ocupan en cosas inferiores pudiendo emplearse en otras superiores. Leen un libro frívolo o inmoral cuando en el mismo tiempo y sin mayor trabajo podrían leer otro edificante e instructivo. Pierden el tiempo con malas compañías cuando fácil les fuera aprovecharlo con buenos amigos. Malgastan hora tras hora en hacer las cosas a medias, de un modo chapucero, a lo poco más o menos, para luego emplear otras tantas en la enmienda de su chapucería por no haberlas hecho despacio y bien la vez primera.

Gran porción de vitalidad moral y mental se pierde al consentir en pensamientos viciosos que deterioran el carácter. Cada menudencia de tedio, ansiedad, enfado, iracundia, desaliento, melancolía, preocupación y temor son vampiros de la vitalidad, peor que inútiles, pues nos incapacitan para toda labor creadora y constructiva al substraernos la energía que hace posible tal labor.

Sobre todo el miedo, el temor es la más siniestra disposición de ánimo en que arriesga colocarse un joven cuando malgasta sus energías, porque toda acción delictuosa o contraria a la ley moral de la vida, aunque no tenga sanción en los códigos humanos, levanta un remordimiento de conciencia del que espontáneamente deriva el temor de las consecuencias de la mala acción cometida. De aquí

que si el hombre persiste en su tortuosa conducta y aun no se le ha encallecido la conciencia, ande continuamente temeroso de que le sobrevengan males, como natural engendro de los por él establecidos con su delictuoso proceder. Así teme el fracaso, la miseria, la enfermedad, el ridículo, el vituperio, la muerte, y la extorsión que con estos múltiples temores produce en su ánimo consume infructuosamente buena parte de sus energías.

También el que un tiempo anduvo por los vericuetos del vicio y de ellos retrajo su pie para encaminarse por el recto sendero, perderá algo de su vitalidad cada vez que hable de sus pasados errores y deslices, cada vez que se preocupe de la posibilidad del fracaso, de la contingencia de las tribulaciones y de las veleidades de la suerte.

Quien triunfar anhele ha de volver la espalda al pasado y volar con la dinamita del arrepentimiento los puentes que deje atrás. Ha de ponerse de espaldas a la sombra y de frente a la luz. Toda acción deshonorosa, aunque en secreto cometida, es un terrible vampiro de vitalidad. Cada pensamiento, deseo o acto impuro es carcoma de la virtud y socavador del éxito.

Todo cuanto perturba y atribula la vida, desgasta la vitalidad. Todo cuanto destempla el sistema nervioso menoscaba nuestra eficiencia. Lo que en el trato de gentes se llaman rozamientos y

en psicología vulgar incompatibilidad de carácter, es un mortal enemigo de la dicha y el éxito, porque desgasta los delicados soportes del mecanismo de la vida sin allegar bien alguno. Nuestro principal deber es eliminar de la vida todo rozamiento, lubricar todas las facultades y obstruir todas las ranuras y hendiduras por donde pudiera gotear nuestra energía.

Si comparamos el organismo humano animado por la energía espiritual con un mecanismo accionado por el vapor, podremos completar el símil diciendo que son muy numerosas las máquinas humanas cuyos ejes rechinan por falta de lubricante y cuyas desajustadas válvulas dejan escapar el vapor con silbidos de desesperación. Es porque esta delicada, viviente y palpitante máquina está llena de la suciedad del tedio y los sutilísimos coginetes agrietados por la ansiedad.

Por doquiera vemos un deplorable desperdicio de energía que se filtra por las rendijas de la pereza o de la disipación. La maravillosa máquina humana, tan admirablemente construída, tan delicadamente ajustada y dispuesta para durar al menos un siglo, solemos verla tirada en el montón de desechos antes de que su dueño haya llegado al promedio de su vida. Sin duda que tuvo sumo cuidado con su cronómetro, poniéndolo a la hora, limpiándolo periódicamente y regulándolo de

modo que sólo discrepase en un segundo cada mes; y sin embargo, abusa diariamente de su viva máquina cuya valía es incomparablemente mayor con la circunstancia de que no puede sustituirla por otra. Ni por asomo expondrá al aire húmedo la delicada máquina de su reloj ni la colocará junto a una dinamo, y no obstante abusa de mil maneras de su organismo corporal. Con accesos de envidia, malhumor, odio y disipación, lo estropea, retuerce y estruja hasta que no es capaz de cumplir ni una décima parte de la obra para que fué destinado.

Pero la energía vital no puede conservarse sin el dominio de las emociones que a su vez requiere por antecedente el dominio del pensamiento. Dice Pascal que en el pensamiento tiene su raíz la dignidad del hombre, cuyo primordial deber es por lo tanto pensar rectamente. Parece algo especulativa esta afirmación; y sin embargo, nuestras palabras y acciones no son otra cosa que la expresión de un pensamiento. A menos que aprendamos a pensar rectamente será un fracaso nuestra vida, porque en vez de ser digna, hermosa y feliz como el Creador quiso que fuera, será ruín, desgraciada, hosca y estéril.

La primera condición para aprovechar cuantas posibilidades nos ofrece la vida es la salud, aquella copiosa vitalidad y vigor de mente y cuerpo que infunde alegría en el vivir. Y la salud depende de

la rectitud de pensamiento. Toda célula, todo órgano y función del cuerpo están poderosamente influídos por la índole de nuestros pensamientos. No hay principio más firmemente establecido que el de que experimentamos la reacción de nuestros pensamientos para acrecentar nuestra fuerza y vitalidad si son puros y armónicos o para disminuirlas y menoscabarlas si discordantes e impuros.

Para gozar de cabal salud corporal es indispensable poseer una mente gozosa, saludable y optimista. El amor, la paz, el júbilo, el gozo, la amabilidad, el altruismo, el contento y la serenidad son los mentales atributos que al poner en armonía todas las funciones corporales determinan la salud. Quien con firme voluntad se lo proponga, puede exteriorizar en sí estos atributos por medio de la persistencia en el recto pensar.

Dice Carlyle:

Yo he visto en el semblante y mirada de un hombre relámpagos cuyo fulgor alumbraba una región superior a la terrena.

En esta región superior viviríamos continuamente si domináramos nuestras emociones hasta alcanzar la paz y serenidad que aseguran la salud y la dicha. No es fácil tarea sobreponerse a los sinistros pensamientos. Las emociones morbosas, el tedio, la ansiedad, el mal humor, la inquietud,

el temor, todos los menudos trasgos de la mente que sin cesar procuran hundirnos en bajas esferas, sólo pueden vencerse a copia de constante vigilancia y vehemente persistencia.

Los malos pensamientos son indicio de flaqueza; denotan una especie de locura, porque quien siniestramente piensa está desgarrando de continuo sus cuerpos físico y mental, al paso que quien con rectitud piensa es el único pensador sano, el más dichoso y el más apto para el éxito. Conoce mucho mejor cómo evitar los tropiezos con los adversos pensamientos que determinan destructoras condiciones.

Todos sabemos cuán desastrosos son los efectos del mal pensar. Sabemos por experiencia que nos lisan mental y físicamente. Los médicos están bien convencidos de que la cólera emponzoña la sangre, y que el temor, la ansiedad, el mal humor y todas las demás emociones discordantes interrumpen o perturban el normal funcionamiento del organismo. También afirman que la inquietud o la aprensión por un recelado desastre, arriesgan provocar la parálisis si duran largo tiempo.

Está fuera de duda que los pensamientos de una mujer encinta no sólo la afectan a ella, sino asimismo al feto, hasta el punto de que en el cuerpo de la criatura se reproducen los síntomas y condiciones de que sufre la madre. El egoísmo, la en-

vidia y los celos habituales acaban por engendrar graves perturbaciones del hígado y ciertas modalidades de dispepsia. La falta de disciplina individual y la propensión a las pasiones violentas destemplan el sistema nervioso, debilitan la voluntad y ocasionan graves desórdenes.

El tedio es uno de los más acérrimos enemigos de la raza humana. Doquiera va abre profundos surcos en los que siembra las diabólicas semillas de la melancolía y el abatimiento. Interrumpe o retarda el proceso de la digestión y la asimilación hasta que el agotado cerebro y las estrujadas células nerviosas exteriorizan su protesta en diversas clases de enfermedad que suelen acabar en la locura si no en la muerte.

Cualquiera que sea la índole de un mal pensamiento deja indelebles cicatrices en cuerpo y mente. Afecta con igual intensidad al carácter y a las perspectivas materiales. Cada vez que refunfuñáis o criticáis; cada vez que os descomponéis; cada vez que hacéis algo ruín y despreciable, sufrís una pérdida irreparable. Perdéis algo de energía, de estimación propia, de la constructiva y elevadora fuerza del carácter. Además, la conciencia que de esta pérdida tenéis propende a acrecentar vuestra flaqueza.

Todo negociante echará de ver si bien lo observa, que cada vez que cede a la ira, que se en-

ciende en furor y se pone fuera de sí porque las cosas no salen a medida de su capricho, no sólo quebranta su salud, sino que también estropea su negocio. Se hace repulsivo y repele las condiciones del éxito.

Quien desee hacer cuanto de mejor esté a su alcance, debe mantenerse en armónica disposición mental. Si quiere alcanzar el mayor éxito posible en correspondencia a sus aptitudes ha de pensar rectamente. No puede pensar discorde y establecer sus negocios en condiciones armoniosas. Los malos pensamientos carcomerán y socavarán las expectativas de su vida.

Muchos que en un principio prosperaron, cayeron en la ruina por no haber aprendido a disciplinar sostenidamente sus pensamientos. Dieron paso a las preocupaciones, empezaron a entediarse, a ponerse de mal humor y encontrar defectos en cuantos les rodeaban. Se acostumbraron a ser tan reparones que nada les parecía bien hecho y nadie acertaba a complacerles. Sus antiguos dependientes los abandonaron; los clientes se retrajeron; los negocios flaquearon y los acreedores pusieron en duda su probidad comercial, dando todo ello por resultado la quiebra del negocio.

Podemos dominar nuestras emociones; podemos ser como queramos ser; podemos obrar en nosotros maravillosas mudanzas de carácter, sentimientos y

costumbres por la fuerza de afirmativos y creadores pensamientos; podemos convertirnos en imanes que atraigan las condiciones anheladas, en vez de ser fuerzas repelentes.

Dice Pascal:

El hombre vulgar es de tal complexión psíquica que a fuerza de repetirle que está loco llega a creerlo, y a fuerza de creerlo se vuelve de veras loco.

Análogamente hay muchos que por lamentarse día tras día de sus defectos sin hacer nada para la enmienda, los agravan. Al representárselos sin cesar en la mente los arraigan con mayor firmeza. Nos será imposible llegar a ser lo que anhelemos ser mientras mantengamos pensamientos contrarios a nuestro anhelo. El único medio de vencer las siniestras condiciones es alimentar constantemente pensamientos de dicha, auxilio, amor y optimismo.

Cuando un médico asiste a un enfermo que presenta síntomas de intoxicación, su primera providencia es recetarle un antídoto. Así, cuando sufrimos las torturas morales de un mal pensamiento reflejado en una siniestra pasión, es porque tenemos envenenada la mente y el único remedio en este caso es el antídoto de los buenos pensamientos. Si estalla una lámpara de petróleo no trataremos de apagar la llama echando más petróleo, sino recurriendo a un extintor de incendios. Así cuan-

do nos inflama la pasión o nos abrasan el ánimo los fuegos del odio, la envidia o la venganza, no se extinguirán las llamas añadiendo más odio, envidia o venganza. Un pensamiento de paz y amor es el natural antídoto de toda emoción de cólera, venganza y hostilidad.

Quien sea propenso a la tristeza, al malhumor y a la misantropía; quien tenga el funesto hábito de enojarse por las más menudas contrariedades, o tenga en su carácter cualquier otro defecto que obstaculice su prosperidad, no ha de hacer otra cosa que pensar persistentemente en la opuesta virtud y practicarla grado por grado hasta que adquiera fuerza y vigor de establecido hábito.

Cuando os creáis desdichados y en desavenencia con todo el mundo, tened por cierto que agravareis tan morbosos sentimientos si persistís en alimentarlos. Colocaos en la actitud mental diametralmente opuesta a la que os deprime y por natural consecuencia transmutaréis en placenteras vuestras siniestras emociones.

La imaginación, cuando no se la confunde con la fantasía, sino que se la considera, como realmente es, una exaltación del pensamiento, influye muchísimo en las variaciones de la actitud mental. Si nos vemos poseídos de una pasión violenta, lograremos ir la debilitando poco a poco hasta vencerla, imaginándonos o sea reproduciendo la ima-

gen mental de las funestas consecuencias que nos acarrearía la satisfacción de nuestros morbosos apetitos. Al propio tiempo, hacemos bien en acompañar dicha imagen mental con la reflexión de que nuestros deseos concupiscentes, nuestras emociones siniestras no constituyen parte esencial de nuestra individual, son superposiciones transitorias de nuestro verdadero ser, como lo demuestra la experiencia de la vida por el innegable hecho de que hoy nos deja indiferentes o nos repugna lo que ayer nos apasionaba, y así no podemos asegurar si mañana nos repugnará también lo que hoy parece deleitarnos. Esto demuestra lo ilusorio de las emociones levantadas por el incentivo de nuestra inferior naturaleza. No pertenecen a nuestro verdadero ser y no quiso ni quiere el Creador que nos dejemos dominar por tan falaces halagos.

Hemos de evocar persistentemente los felices días y las dichosas experiencias de nuestra vida, cuando por carencia de racionales deseos estábamos libres de las inquietudes, zozobras y ansiedades nacidas de tumultuosas concupiscencias.

La música, la pintura, los deportes, las excursiones y jiras campestres, las sanas lecturas, los viajes instructivos son eficacísimos medios de mitigar la violencia de una pasión y de aliviar las enfermedades del ánimo. Sobre todo la música, entendiendo por tal las composiciones de insignes

maestros como Bach, Beethoven, Mozart, Schumann, Chopin, Grieg, Wagner, Schubert, Verdi, etcétera y no las frivolidades de organillo, es inestimable medicina para las dolencias del ánimo, pues despierta suavísimas emociones que nos transportan a un nivel muy superior a los bajos fondos de la materialidad.

Parecida influencia ejercen en el ánimo las buenas lecturas. Un pasaje conmovedor de un libro cuyas páginas sean otras tantas voces de aliento y esperanza despertará en el ánimo del lector emociones de índole opuesta por lo placenteras y armónicas a las emociones siniestras que antes de la lectura le captaban la voluntad.

Sin embargo, sucede con las medicinas morales lo mismo que con las de farmacopea. Es necesario graduar la dosis en cantidad y tiempo para que remedien la dolencia. Por lo tanto, en el orden moral conviene mantener el recuerdo de la placentera emoción experimentada y eliminar los pensamientos de fracaso por la representación de los éxitos anteriormente logrados. Llamad en vuestro auxilio a la esperanza: imaginaos un brillante y victorioso porvenir. Rodeaos de felices pensamientos durante algunos minutos y os sorprenderá ver cómo se desvanecen los fatídicos espectros que os acosaban. Son incompatibles con la luz, y así la luz, el júbilo, el gozo y la armonía serán vuestros más

poderosos protectores, porque en donde están no pueden prevalecer la discordia, la lobrete y la enfermedad.

Todo cuanto deprime el ánimo y levanta violentas pasiones debilita la energía mental. Cada vez que cedemos a un morboso pensamiento menoscabamos nuestras posibilidades de éxito. Todo pensamiento siniestro es negativo, y la mente sólo puede crear cuando es positiva y afirmativa.

XVI. EL DOMINIO DE SÍ MISMO.



ASTA que no logremos disciplinar nuestras emociones y gobernar nuestros pensamientos como un general gobierna su ejército, no podremos hacer nuestra mejor obra. Debemos ser dueños de nuestros pensamientos so pena de esclavizarnos a su tiranía. Nadie es verdaderamente libre mientras sirve de juguete a sus emociones. Solamente es libre quien afirma su dominio a despecho de sus mentales enemigos.

Difícil le será lograr el éxito y la dicha a quien cada mañana ha de reparar en sus emociones por ver si le permitirán o no hacer buena labor durante el día; quien al levantarse ha de consultar su termómetro mental para ver si sube o baja su valor, y dice para sí que podrá trabajar provechosamente en aquel día con tal de no tropezar con alguna contrariedad que le haga perder el equilibrio. La duda le esclaviza y predispone al recelado fracaso.

En cambio, muy diferente es la perspectiva de quien cada mañana tiene la absoluta confianza de que durante el día llevará a cabo viriles obras, las mejores de que sea capaz. ¡Cuán soberanamente se conduce quien sabe que puede colaborar en el plan del supremo Trabajador y no tiene la más mínima

duda, temor ni ansiedad sobre lo que debe y puede realizar. Se ve dueño de sí mismo y sabe con seguridad que ninguna condición interna o externa podrá entorpecerle en su labor. Ha entrado en sus señoriales dominios.

Entre la febril precipitación de la vida moderna que disemina la actividad en multitud de atenciones secundarias con olvido de las primordiales, que dislacera los negocios con la acerba porfía por el rápido lucro, que impide trabajar con la meditación y el reflexivo esfuerzo requeridos por las obras fructíferas y nos fuerza a hacerlo todo de prisa y de mala manera desdeñando los positivos goces de la vida, entre este torbellino de la pasión por la actualidad tan efímera como las olas cuya aparatosa enormidad se desvanece al chocar contra el peñasco, hay algunas almas serenas y tranquilas que nos admiran por la sosegada energía e imperturbable seguridad con que caminan en pos de su ideal a paso tan rítmicamente majestuoso como el movimiento de los astros. Han aprendido a pensar rectamente. Han descubierto y dominado el secreto de la vida triunfal.

Un campesino de la Grecia antigua, aficionado a la apicultura, pero no muy experto en esta industria rural, tuvo la extraña ocurrencia de arrancarles las alas a sus abejas para que así no se fatigaran en volar al monte Himeto y pudieran fabri-

car la miel en la misma colmena. Como es natural, el dulce fruto no pareció por parte alguna, porque desaladas no eran los laboriosos himenópteros dueños de sí mismos. Les faltaba el medio de satisfacer su peculiar instinto que los mueve a libar el polen de lejanas flores.

Dice Ruskin:

No hemos venido a este mundo a hacer cosa alguna en que no infundamos todas las energías de nuestro ser.

Y añade Felipe Brooks:

¿Qué es vivir? Quien dueño de sí mismo sabe lo que hace y cómo hacerlo, exclama: ¡Esto es vivir! Consideremos que aun en las obras al parecer más insignificantes es preciso que el hombre esté en posesión de todas sus facultades al emprenderlas. Es indispensable que se armonice con su obra. La duda, el recelo, la tristeza, el desaliento, el temor podrán asediar al alma intentando aturdira con su siniestro vocerío; pero cuando el hombre se aplica a la acción constructora con pleno dominio de sí mismo, todas aquellas alimañas huyen gruñendo a esconderse en sus cubiles. El hombre es entonces hombre verdadero. Su labor enciende el fuego del entusiasmo que sin abrasar calienta y sin ofuscar alumbra.

Por otra parte, aconseja Stuart Mill:

Sencilla y llana regla de conducta, eternamente en vigencia, es que el hombre examine su interior y compulse sus propias fuerzas con las circunstancias externas, hasta hallar lo mejor que sea capaz de hacer y hacerlo sin vacilaciones.

La corona de laurel que ornaba la frente del vencedor en los antiguos juegos olímpicos no tenía valor intrínseco, sino que simbolizaba el esfuerzo realizado en la porfía. Así nuestra recompensa en la carrera de la vida está en el dominio propio que al fin de ella adquirimos, no en el fruto material que cosechamos. Por muy apetecible que este fruto sea, nada vale en comparación de la gloria inherente al esfuerzo realizado para obtenerlo. El privilegio de seguir pacientemente la carrera de la vida es tan honroso como el de alcanzar el premio. Así dice Emerson: "Atiende bien a tu obra y no quedará sin recompensa."

Y añade Longfellow:

Los cuidados y ocupaciones de cada día a que las gentes vulgares llaman inquietudes, molestias y quebraderos de cabeza, son las pesas y contrapesas del reloj del tiempo, que dan exacta oscilación al péndulo y regulado movimiento a las manecillas; pero cuando las pesas dejan de recibir la acción de las ruedas, el péndulo no oscila, las manecillas no se mueven y el reloj se para.

Así lo que diputamos por enojosas y pesadas obligaciones cotidianas, las pesas del reloj de nuestra vida, son precisamente las que ponen en ejercicio nuestras facultades y gradualmente las fortalecen hasta que las poseemos en su máxima intensidad, que equivale a ser dueños de nosotros mismos.

La ocupación profesional de un hombre es el medio más eficaz de su perfeccionamiento, porque endurece sus músculos, afina sus nervios, vigoriza su cuerpo, aguza su mente, afirma su criterio, despierta su ingenio, actualiza sus energías, le hace sentir que es hombre y que debe portarse en todo y por todo como hombre.

El multimillonario podrá legar a sus hijos inmensos caudales; pero ¿le será posible legarles el dominio de sí mismos? ¿podrá transferirles la disciplina, la experiencia, las facultades que le capacitaron para adquirir los caudales? No podrá transmitirles el placer del triunfo, el gozo que sólo se halla en el éxito de la propia obra, el orgullo legítimo de la honrosa adquisición ni el carácter que estableció hábitos de exactitud, método, laboriosidad, paciencia, honradez, cortesía y diligencia. No podrá transmitirles la aptitud, sagacidad, previsión y prudencia subyacentes en sus riquezas, que significan gran cosa para él y nada en realidad para sus herederos. Para él representan gozo, prosperidad, experiencia, disciplina y carácter. Para sus herederos una tentación, un incentivo, un peligro y acaso la desgracia si no son dueños de ellos mismos. Para él fueron alas; para sus herederos serán peso muerto. Para él fueron el explaye de todas sus facultades y el pleno dominio propio; para sus herederos tal vez signifiquen inacción,

letargia, apatía, debilidad e ignorancia. Quien deja una inmensa fortuna a sus hijos, pero nada más que la fortuna material, los priva del más poderoso estímulo de perfeccionamiento individual, del estímulo de la necesidad que espoleó a los grandes hombres en todas las épocas de la historia; les pone en la mano una muleta en vez de un bastón; los priva del único incentivo para elevarse, enaltecerse, dignificarse y ser dueños de su cuerpo, mente y alma, sin lo que no cabe verdadera dicha ni carácter firme ni positivo éxito. Se desvanecerá su entusiasmo, se disiparán sus energías, y faltas de estímulo desmayarán sus aspiraciones. No serán dueños de ellos mismos porque carecen de lo único que puede llevarlos a este dominio: el hábito del trabajo fructífero.

Porque el trabajo es la virtud primera y el supremo maestro de la raza humana. Así dice Farrar:

El trabajo es la más valiosa herencia que puede adquirir el hombre. Es el más poderoso tónico moral y la más eficaz medicina mental. La naturaleza nos lo enseña. El agua estancada se corrompe. El agua corriente y viva es pura. La tierra que pisamos, el aire que respiramos serían insalubres sin las agitadoras fuerzas de vientos y mares. En las regiones tropicales donde la pródiga exuberancia del suelo provee de abundantes medios de vida, el hombre cae en laxitud enervante; pero despliega todas sus energías y alcanza el dominio de sí mismo allí donde ha de luchar contra las formidables fuerzas de la naturaleza por el pan cotidiano.

Y añade Carlos Kingsley:

Agradeced a Dios todas las mañanas al levantáros que hayáis de hacer aquel día algo tanto si os place como si no, porque viéndoos obligados a la obra y a realizarla cumplidamente, educiréis la templanza, la diligencia, la fuerza de voluntad, el contento y cien otras virtudes que os darán el dominio propio y que jamás poseerá el ocioso.

Por otra parte, dice a este propósito el célebre profesor Virchow:

Siempre que me vi sobrecogido de abatimiento y depresión moral, hallé el remedio en el hábito del trabajo que no me abandonó ni en los días de mayor infortunio. El hábito del trabajo científico me ha parecido siempre un recreo después de fatigosos e inútiles esfuerzos en asuntos políticos y sociales.

Citemos también la opinión de Matthews:

Una de las más valiosas compensaciones del trabajo intenso es que sirve de *vis medicatrix*, de salutar fuerza, de soberano remedio de las enfermedades físicas y morales. ¡Cuán a menudo el interés y entusiasmo por una labor han extirpado el aguijón de punzantes tribulaciones! Contra la hipocondría, el tedio y el fastidio es el trabajo una cota de malla. Un combatiente, en pleno ardimiento de su valor y en lo más recio de la pelea, no siente la herida. Un orador, en el éxtasis de su ignea elocuencia, no se acuerda del reumatismo o de la gota que en estado normal le mortifican. Así cuando con entero dominio de nuestro ser nos entregamos a una labor, no pueden entrar malos pensamientos ni asaltarnos morbo-

sas emociones, porque la ocupación es completa. En cambio, la ociosidad significa vacío, y donde hay vacío, quedan las puertas del alma de par en par y se precipitan en nuestro interior castillo los demonios del descontento, el fastidio y la melancolía, no en aisladas cuadrillas, sino en batallones compactos, que una vez dentro es difícil desalojarlos.

Añadamos unos cuantos períodos del sabio de Chelsea, del insigne Carlyle:

El trabajo es perpetuamente santo y noble. Es la fuente de toda perfección. Nadie puede mejorarse ni llegar a ser dueño de sí mismo sin el trabajo, sin este fuego purificador que abrasa las ponzoñosas y corruptoras influencias que castran la virilidad del alma.

El trabajo es la maravillosa medicina de cuantas enfermedades y miserias asedian al género humano. Hay en el trabajo una perenne nobleza y santidad. Si el hombre no fuese por lo común tan olvidadizo de su alta vocación, tendría siempre una esperanza en el trabajo honrado y entusiasta. En la ociosidad no hay más que perpetua desesperación. Todo trabajo legítimo es sagrado. En toda labor, aunque sea manual, mientras honrada, hay algo divino. El trabajo es tan dilatado como la tierra y tiene su cúspide en el cielo.

Trabajar es orar. Quien comprenda esto bien, comprenderá la profecía de todo el porvenir. Es el pos-trer evangelio en que los demás se compendian.

A dos hombres venero. Al artesano manual que conquista la tierra con su fecunda labor y al artífice espiritual que trabaja por dar al mundo el Pan de Vida.

Desde luego que el artesano incluye todos los

oficios en que las fuerzas físicas prevalecen sobre las mentales aunque no las excluyan, y el artífice espiritual abarca las profesiones liberales, los artistas, científicos y poetas que alimentan el alma de la humanidad. Pero unos y otros vigorizan con su actividad las facultades cuyo ejercicio los lleva al dominio de su verdadero ser.

Este supremo señorío que capacita al hombre para desplegar en máxima intensidad todas sus facultades, es ciertamente una de las últimas etapas de la cultura individual; pero es el primer paso en el camino de la perfección y a todos nos es posible darlo.

Cuando aprendamos la última lección que nos capacite para dar este primer paso, tendremos tanto cuidado en no albergar en nuestra mente pensamientos de odio, envidia, temor, tedio, hostilidad y antipatía como cuidaríamos de no hospedar en nuestra casa a ladrones y asesinos.

Millares de gentes que nunca han sido capaces de hacer gran cosa, podrían realizar gigantescas obras si lograran dominar sus pensamientos y emociones.

Pero adquirido este dominio y acrecentada con ello la energía anímica es preciso actualizarla por medio de la resolución, porque de nada sirve una mente equilibrada y una voluntad recia si este equilibrio y recidumbre no se concretan en acto.

La víspera de la horrenda erupción volcánica de Montecalvo, en la Martinica, estaba cargando mercancías en el puerto de San Pedro el buque italiano *Orsalina*, cuyo capitán Marino Leboffe se alarmó de tal suerte por el cariz que tomaba el volcán, que resolvió suspender la carga y hacerse inmediatamente a la mar. Los armadores del buque protestaron de esta decisión, amenazando al capitán con denunciarlo a las autoridades si persistía en salir del puerto con el buque a medio cargar. Pero el capitán se mantuvo inflexible y al decirle los armadores que eran pueriles sus temores, pues el volcán de Montecalvo no señalaba ningún peligro, respondió firmemente:

Yo no sé nada respecto al volcán de Montecalvo; pero si el Vesubio presentara el cariz que veo en vuestro volcán, zarparía acto seguido de Nápoles como al punto voy a zarpar de aquí.

Ni ruegos ni amenazas hicieron desistir al capitán de su resolución con tan lógico fundamento tomada, y veinticuatro horas después, los armadores y los dos empleados de aduanas que habían querido detener al capitán Leboffe perecían víctimas de la terrible erupción del volcán, mientras que el *Orsalina* navegaba felizmente con rumbo a Francia. La firme voluntad y la inquebrantable decisión salvaron la vida de los tripulantes, mientras

que si el capitán vacila y cede a los ruegos o se intimida ante las amenazas hubieran muerto todos en la tremenda catástrofe.

Hoy día hay mucha demanda de hombres fuertes, vigorosos, positivos, que no sólo disciplinen su mente, sino que obren con firmeza, y una vez consideradas todas las circunstancias y condiciones del asunto sobre el cual se han de decidir, se decidan de una vez sin pensar más en el objeto de su decisión. Un hombre así suele tener excelente habilidad de ejecución. No sólo es capaz de trazar un programa, sino también de llevarlo a cabo. No sólo puede decidirse sobre tal o cual norma de conducta, sino además cumplidamente ejecutarla.

Detrás de la esfera de un reloj hay oculto un muelle que acciona las ruedas cuyo giro mueve las manecillas que señalan exactamente la hora. Así tras las obras de toda gran empresa, al frente de todo establecimiento de importancia está oculto a la pública mirada un hombre de firme carácter, de férreo tesón, que mueve las ruedas y engranajes del negocio y regula su marcha con cronométrica precisión. No hay quien modifique o altere su motora actividad. Su decisión es absoluta, determinada, final. Otros pueden exponer sus personales puntos de vista, dar consejos, insinuar inconvenientes o representar ventajas; pero una vez escuchados todos, él es quien traza el programa y vigila

que se lleve a cabo. Es la fuerza predominante. Todo debe orientarse hacia él y todo el personal debe recibir sus órdenes. Si se detiene, vacila o deja de actuar, el establecimiento queda como reloj parado por habérsele roto el muelle real. No falta pieza alguna del mecanismo y cada cual está bien ajustada en su sitio, pero se ha desvanecido la fuerza y ninguna se mueve. La mano de hierro, la enérgica decisión que estaba tras todo ello ha cesado de prestar su impulso.

El espléndido establecimiento organizado por el talento, la energía y la decisión de A. T. Stewart se desmoronó en cuanto el insigne comerciante dejó de dirigirlo. El famoso periódico *New York Ledger* en que Roberto Bonner había convertido el insignificante folículo *Merchant Ledger*, con sus audaces y originales procedimientos, empezó a decaer apenas cesó de inspirarlo la poderosa mente que lo había concebido.

Por cada millar de espíritus subalternos hay uno de resolución sobrada para dirigir y gobernar con máxima autoridad derivada de su prestigio. Muy fácil es andar por caminos trillados, seguir los pasos de quien guía por desconocido sendero; mas se necesitan bríos, valor, músculos y nervios para ser original, resuelto, decisivo, permanecer firme sobre los propios pies y confiar enteramente en el propio criterio.

Nunca tendrá autoridad y mando ni prestigio individual ni será jefe y caudillo de hombres quien propenda a vacilar, y dé infinitas vueltas a un asunto sin acabar de resolverse. No son de esta madera los caudillos de hombres, porque aunque les falte alguna otra cualidad son dueños de su mente, saben lo que necesitan y a lograrlo se encaminan en derechura. Pueden equivocarse y aun tropezar y caer en el camino, pero al punto se levantan y siguen adelante. El lema de su conducta es vencer a todo trance en la demanda.

Quien resueltamente se decide no está libre de errores. Sin embargo, si en ellos incurre los reconoce desde luego y se enmienda mucho más pronto que el tímido y vacilante, tan receloso de equivocarse que no se atreve a emprender cosa alguna. Los que aguardan la seguridad absoluta y permanecen a orillas de la corriente esperando que alguien los empuje, nunca llegarán a la opuesta margen.

Una de las mayores lástimas de este mundo es el hombre que siempre tiembla pendiente de la balanza, que nunca sabe por donde ir al encontrar una bifurcación en su camino, que es presa de contrapuestas opiniones y escuchando al último que le habla no siente en sí la fuerza de resolución. Mucho perjudica al crédito personal el maldito defecto de la inestabilidad de convicciones, de mu-

dar de opinión como de camisa y dejarse llevar por el criterio ajeno.

Gran número de gentes parece como si tuvieran invencible horror a las definitivas decisiones. No se atreven a echar sobre sus hombros responsabilidad alguna porque no saben a dónde los llevará.

Se figuran que si hoy se deciden acerca de un asunto, acaso mañana sobrevenga algo mejor que los mueva a lamentar su decisión. Estos habituales titubeantes pierden tan por completo la confianza en sí mismos que no se atreven a resolver ningún asunto de importancia, y muchos de ellos estropean su porvenir por alimentar el funesto hábito de la indecisión.

Conozco a uno de estos tales que nunca da por resuelta ninguna cuestión grave si le es posible esquivar la resolución. Todo lo deja en espera de nuevas y más concluyentes pruebas. No cierra las cartas hasta el último momento por si acaso necesita alterar o añadir algo a su contenido. A veces le he visto rasgar el sobre de una carta con el sello ya estampado y a punto de echarla al correo, para cambiar algo que se le ocurrió a última hora. Otras veces hubo de telegrafiar al destinatario de una carta rogándole que la devolviera sin abrirla. Aunque es sumamente laborioso, de agradable carácter y excelente amigo de sus amigos, tiene la poca envidiable fama de caprichoso, variable en sus opi-

niones, incierto en sus juicios, propenso a dar mil inútiles vueltas a cuanto tiene entre manos y rehacer lo ya hecho, de suerte que nunca logró aquistarse la confianza de los negociantes de claro y seguro discernimiento. Todos cuantos le conocen deploran esta su flaqueza, pero no le confían asunto alguno de importancia.

Otra víctima de la indecisión a quien conozco es una señora de carácter en todos los demás aspectos admirable. Siempre que desea comprar algo recorre una tras otra todas las tiendas de la ciudad, y va de sección en sección y de mostrador en mostrador, haciendo que le enseñen los géneros y revolviéndolos de cabo a rabo para examinarlos desde todos los puntos de vista sin saber a punto fijo lo que desea ni lo que necesita. Quiere siempre algo distinto de lo que le enseñan tanto en forma como en calidad y color. No está segura de lo que mejor le conviene. Se probará todos los sombreros que en escaparates y armarios tengan las modistas de todo el distrito, mirará toda clase de telas en tiendas y almacenes, abrumará de preguntas a los dependientes. Quiere algo que sea de abrigo, pero no muy pesado ni muy caliente. Desea algo que tan bien le sirva para un día cálido como para otro frío; algo igualmente apropiado para playa y montaña, para iglesia y teatro. En una palabra, lo imposible. Por lo general, después de corretear

toda una tarde de tienda en tienda se vuelve a casa sin haber comprado ni una hilacha, y cuando compra algo, le queda la duda de si acertó o no en la adquisición y si sería mejor cambiarlo, para lo cual pide el parecer de todas sus amigas y conocidas. Nunca queda satisfecha.

Tales vacilaciones, perplejidades e inconstancias mentales son funestas para el perfeccionamiento del carácter. Nadie que esté así entorpecido puede tener firmeza de voluntad, porque son defectos que lastiman la confianza en el criterio propio y menoscaban toda eficacia mental.

Vuestro discernimiento ha de morar en las intimidades de vuestra naturaleza, como las aguas tranquilas en las profundidades del mar, lejos del alcance de las oleadas de emoción pasional. En todo negocio grave, de extrema importancia, se requiere un criterio independiente de toda influencia menos la de la justicia.

Una de las tragedias de la vida es ver malogrado un talento esclarecido, una aptitud extraordinaria con facultades excepcionales por alguna debilidad fácil de extirpar. Millares de individuos vegetan hoy en la medianía con sobrada envergadura para remontarse a las cumbres de la excelencia, si no fuese porque, como vulgarmente se dice, tienen la flaqueza de no saber decidirse en definitiva.

Nunca tenderá un puente el ingeniero que después de construirlo se entretenga en dudar de si ha elegido o no el sitio más apropiado para asentar los pilares. Debe decidirse y poner manos al tendido sin temor de los obstáculos con que pueda tropezar y con que tal vez no tropiece. Así le sucede a quien se propone perfeccionar su carácter. Debe decidir resueltamente lo que ha de hacer y encaminarse sin vacilar a realizarlo, de suerte que su decisión no le consienta volver la vista atrás ni desviarse de su camino.

Millares de jóvenes de robusta salud, finos modales y despejado entendimiento no se atreven a volar el puente por donde acaban de pasar al campamento de la vida. Aunque les parezca que van por buen camino, necesitan tener la retirada segura en caso de derrota. No se conforman con la idea de cortarse las comunicaciones e imposibilitar todo intento de retirada. Les falta la energía para decidir definitivamente qué camino han de tomar.

Estos jóvenes arriesgan malograr su vida por su vacilación. Si tuvieran el valor de quemar las naves, concentrarían toda su energía en un punto determinado y acrecentarían inmensamente sus posibilidades de éxito, porque no les quedaría otro remedio que vencer o morir. Entonces todos sus recursos anímicos acudirían a auxiliarlos, oponiendo a los obstáculos un formidable baluarte que les

aseguraría la victoria. Pero mientras burbujee la duda en su mente y tengan franca la retirada no serán muy esplendorosas sus hazañas.

Si la indecisión corre por vuestras venas, levantaos y extrangulad a tan insidioso enemigo de vuestro éxito antes de que os mine la energía y malogre vuestra vida. No esperéis a mañana. Comenzad ahora mismo. Resolveos a fortalecer la cualidad opuesta por la constante práctica de una firme resolución. Por insignificante que os parezca la cosa sobre la cual habéis de decidiros, la forma de un sombrero, el color de una corbata, la hechura de traje, el dibujo de una tela, no vaciléis. Reflexionad con toda la lucidez posible sobre las circunstancias del caso; comparad el pro y el contra desde todos los puntos de vista; recurrid al sentido común y al sano criterio antes de llegar a una conclusión, pero cuando lleguéis decidíos finalmente y no volváis a poner el asunto en tela de juicio. Sed firmes y positivos. Declarad cerrado el escrutinio.

Persistid en esta norma de conducta hasta que arraigue en vuestro ánimo el hábito de firme decisión y os sorprenderá ver que os favorece doblemente acrecentando la confianza propia y la de los demás en vosotros. Sin duda que al principio incurriréis en algunos errores; pero de sobra los compensará la fortaleza y seguridad que iréis ga-

nando en vuestro propio criterio. De lo contrario, quedaréis como desarboladas naves a merced de las tormentas que os zarandearán con incesante riesgo de naufragio en el mar de la vida.

Es posible triunfar aunque los demás no crean en vosotros y todo el mundo vaya en contra vuestra; pero imposible os será el éxito feliz si no creéis en vosotros mismos. No os atormentéis por lo pasado ni os preocupéis mohinamente del porvenir, sino aprovechaos de la lección que os da la hora presente. La fe acrecienta la confianza, afirma el convencimiento y reduplica la habilidad. La fe no vacila ni conjetura. Va derecha por su camino y no la descorazonan las dificultades porque tras ellas columbra la meta de sus nobles aspiraciones.

Pero no vaya a creerse que con todo lo dicho encomiamos la fatuidad y el engreimiento a que tan propensa es la juventud torcidamente educada. Muy al contrario, conviene advertir que para llegar al grado de discernimiento requerido por una acertada resolución en los casos graves de la vida es preciso haber pasado antes por las etapas de educación integral en que el joven aprenda a dominar sus pensamientos y gobernar sus emociones a fin de no perder ni una dina de sus energías anímicas. Sin esta *condición indispensable* se desviarán las fuerzas internas en sentido opuesto al éxito de la vida, vigorizando las malas cualidades y debili-

tando las buenas, de suerte que toda la energía que debiera actualizarse en perseverancia se invierta en terquedad, la firmeza en obstinación, la confianza en engreimiento, la estimación propia en altanería y la constancia en veleidad. Un joven así no ha de esperar el placentero gozo de la vida optimista ni tampoco serán muchas sus probabilidades de abrirse honroso paso en el mundo.

Todo cuanto queda expuesto en esta obra entraña la honrada, leal y sincera finalidad de precaver a la juventud principalmente contra los naturales riesgos de esta edad de la vida en que como las yemas primaverales al empuje de la savia brotan las emociones al impulso de la ardorosa sangre que amenaza estallar en violenta pasión sin el freno de la experiencia. Nuestro propósito ha sido enseñar a los jóvenes que para confiar en sus propias fuerzas es de todo punto necesario vigorizarlas hasta darles su máxima intensidad y que durante el proceso de vigorización deben desconfiar de sí mismos y confiar en los prudentes consejos de padres, maestros y consiliarios, porque todavía no poseen plenamente el básico elemento de la confianza propia que consiste en la integral y armónica educación de su trina naturaleza física, mental y espiritual.

Por último, nadie espere alcanzar el superior nivel de su individualidad sin esfuerzo y sacrificio,

sin penalidades y privaciones que más tarde se transmutarán en satisfacción y opulencia. El esfuerzo y el sacrificio son requisitos indispensables del éxito y los antecedentes obligados de la vida optimista. Sin esfuerzo y sacrificio no es posible el perfeccionamiento individual, porque sólo con sacrificio y esfuerzo, con la abstención de todo placer consuntivo, mediante la austeridad de vida que evitando la misantropía refrigere el ánimo en las salutíferas aguas de la resignación es posible desbaratar los obstáculos, vencer las contrariedades y disipar las sombras que intercepten y oscurezcan el triple sendero de la verdad, la belleza y el bien que confluyen en la amena planicie de la vida optimista.

FIN



IMPRESO EN COLOMBIA
www.1aimpresosgraficos.com

**FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ**